
ALF. REGALDIE
APOCALIPSIS ATOMICA
JOSÉ LUIS
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Table of Contents

Annotation

El coronel Cris a duras penas sí lograba contener la ansiedad que sentía. Junto a él se hallaba su capitán ayudante, la bella y escultural Luisa Barrena. Mantenían ambos la vista fija en una de las pantallas detectoras en la cual se reflejaba la silueta de una 'lenteja', adentrada hacía ya un buen rato en el campo visual, y que avanzaba velozmente al encuentro del Neptuno, el superdestructor sideral, avanzadilla de la Patrulla volante de los terrestres en lucha con los 'destructores de mundos' en la lejana galaxia.

Apocalipsis atómica

Alf Regaldie

Apocalipsis atómica

Luchadores del Espacio, 31

Alf. Regaldie

APOCALIPSIS ATOMICA

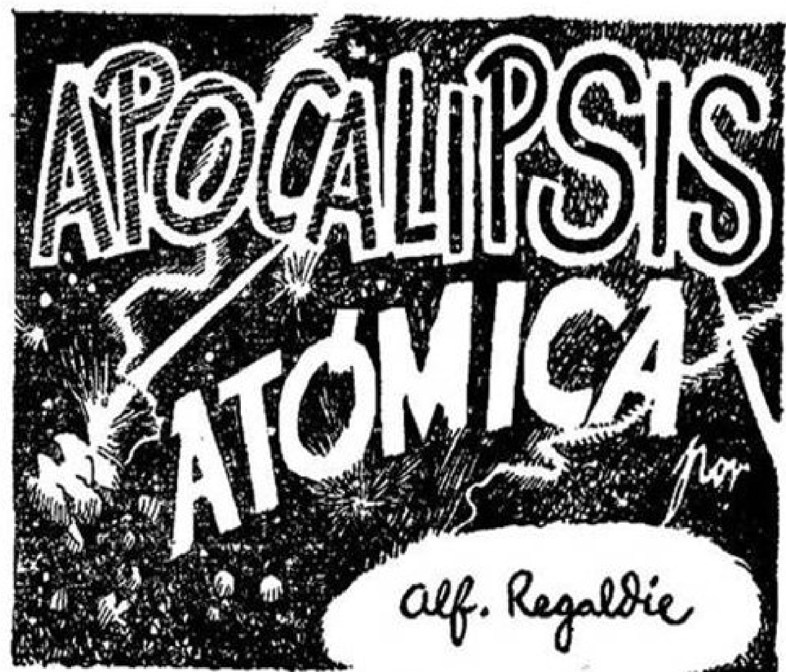
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

Profesor Añúa.— Científico español.
Coronel Cris.— De la Oficina de Servicios Estratégicos.
Carmela Garrido.— Sargento de la O.S.E.
Luisa Barrena.— Capitán de la O.S.E.
Teniente Bordón.— De la O.S.E.
Comandante Barcia.— De la O.S.E.
Gran Drago.— Jefe de los «Destructores de mundos».
Gra.— Jefe de los hombres vegetales de Acrón.

CAPÍTULO I


APOCALIPSIS
ATÓMICA
por
Alf. Regaldie

CAPÍTULO I

LA GRAN BATALLA

El coronel Cris a duras penas sí lograba contener la ansiedad que sentía. Junto a él se hallaba su capitán ayudante, la bella y escultural Luisa Barrena. Mantenían ambos la vista fija en una de las pantallas detectoras en la cual se reflejaba la silueta de una «lenteja», adentrada hacía ya un buen rato en el campo visual, y que avanzaba velozmente al encuentro del *Neptuno*, el superdestructor sideral, avanzadilla de la Patrulla volante de los terrestres en lucha con los «destructores de mundos» en la lejana galaxia.

La «lenteja» iba al mando del teniente Bordón y regresaba después de cumplir una difícil misión sobre Acrón, el planeta enigma, donde los «destructores de mundos» tenían su principal base y donde residía su Gran Consejo Central del Gobierno y el Gran Drago, jefe supremo de la belicosa raza de extraños seres, auténtica amenaza de la humanidad, contra la que le animaba un odio ancestral, irrazonado.

Luisa Barrena conocía los motivos de la ansiedad del coronel Cris y se sentía por ello un tanto molesta y un mucho vejada, Y tal malestar no era capaz de disimularlo por completo, por lo que en la cabina de mando donde ambos se hallaban existía una molesta tensión. En la mente de ambos había presente un nombre y una figura femenina que, sin embargo, ninguno de los dos, por diferentes causas, querían pronunciar.

Y fue Luisa la que rompió la tensión:

—¿Habrán logrado dar con el paradero del profesor Añúa? —interrogó.

—Temo que no. Han regresado demasiado pronto y el teniente Bordón no se habrá querido entretener —respondió Cris—; pero ¿para qué perder el tiempo en conjeturas si ahora mismo los tenemos aquí? ¡Vamos a cubierta!

Trasladáronse a cubierta y Cris se situó detrás de uno de los telescopios electrónicos, localizando en medio de las sombras de los espacios siderales las luces de posición del rotoavión que se acercaba dejando su leve estela de gases que se convertía en ligeramente luminosa al vibrar en resonancia con las ondas electromagnéticas de «Azur», el sol del sistema planetario dentro del cual se hallaban.

El rotoavión, tras identificarse, pidió entrada en el superdestructor, pudiéndose observar a continuación como se abría la compuerta exterior del compartimiento estanco, cuya abertura quedó totalmente iluminada por una línea formada de gases. Por el mismo

procedimiento el rotoavión, que llegó a situarse sobre el destructor, quedó totalmente iluminado por su parte exterior, quedando invisibles sus tripulantes, quienes, sin embargo, podían ver cuanto sucedía en el exterior. Por unos momentos el rotoavión se cernió en el espacio seguidamente descendió lentamente hasta introducirse en el compartimiento que el destructor le brindaba abierto. Cerróse entonces automáticamente la compuerta exterior, abriéndose seguidamente la interior. El rotoavión maniobró a tal punto con precisión matemática sus diversas salidas de gases y el final del descenso se realizó con toda justeza, posándose la aeronave en la cubierta del superdestructor, adhiriéndose su tren de aterrizaje al suelo con las pequeñas ventosas de que estaba dotado, logrando así absoluta inmovilidad.

Cris y Luisa Barrena corrieron al encuentro de los expedicionarios que, apenas el rotoavión inmovilizado, se apresuraron a su vez a abrir la carlinga, asomando seguidamente sus escafandras, de las que se dieron prisa a despojarse.

Sin embargo, en las distancias abarcadas por los detectores, el *Neptuno* volaba con todas sus luces encendidas y daba la sensación de una gigantesca luciérnaga abriéndose paso en la densa oscuridad de la noche eterna.

El primero en saltar de la recién llegada aeronave fue el teniente Bordón, quien se colocó en actitud de firme ante su jefe, saludándole reglamentariamente.

—La misión ha sido cumplidamente lograda, señor; si bien hemos de lamentar una baja.

Cris buscó febrilmente entre los recién llegados a Carmela Garrido, pero ninguno de los rostros que iban emergiendo por la descubierta carlinga era el de su ex-prometida. Tampoco el profesor Añúa se hallaba entre los recién llegados.

—Se trata de la sargento Carmen Garrido, señor; su aparato personal se averió y hubo de tomar tierra en Acrón. No pudimos hacer nada por ella y ni siquiera sabemos si vive. Luchó heroicamente hasta última hora cubriéndonos la retirada y atrayendo sobre sí la atención de la aviación de los «destructores de mundos», facilitando nuestra retirada. Posteriormente volvimos, tratando de localizarla, pero sin resultado alguno. Sin embargo, vimos los restos de su aparato, si bien no logramos llegar hasta ellos.

—Debieron asegurarse si estaba entre ellos o si había alguna posibilidad de que se hallase con vida.

—He realizado en ese sentido lo más elemental, pero al no lograr un resultado, hube de cesar las pesquisas. No podía poner en peligro el resultado de una misión que tanto había costado. Pero si me lo permite, señor, estoy dispuesto a volver a Acrón una vez le haya

entregado los resultados de nuestro trabajo y le haya informado.

—Lo estudiaré, teniente. No podemos poner en peligro el resultado de nuestra misión por salvar a un compañero.

En el interior de Cris mantenían enconada lucha los más encontrados sentimientos. Se sintió poseído de profunda amargura y hubo de dar preferencia al del deber.

—El mismo amargo deber me impidió lanzarles en pos del profesor Añúa para arrancarlo de manos de esos bárbaros. Supongo que tampoco habrán logrado saber nada de él.

—Nada en absoluto, señor. Me dedique de lleno desde el primer momento al logro de nuestro objetivo y el azar no nos favoreció en ese sentido. Luego juzgue prudente regresar cuanto antes.

—Me parece bien, teniente.

Los tripulantes de la «lenteja» permanecían formados en una fila y Cris recorrió los rostros de todos ellos con la vista, uno por uno. Se les notaba cansados y ordenó romper filas.

—Que vayan a descansar y usted sígame, teniente.

Los avisadores electrónicos dieron la alarma en tal momento y automáticamente las luces de a bordo se apagaron, entrando en funciones las de rayos infrarrojos, para las cuales todos los tripulantes poseían las gafas especiales necesarias.

El coronel Cris, Luisa Barrena y Bordón corrieron hacia la cabina de mando y maniobraron las pantallas de los detectores; pero el objeto que había provocado la alarma no se hallaba aún en el radio de las pantallas y los tres terrestres se mantuvieron a la expectativa ante ellas.

Poco después, el telegrafista de guardia se dirigía al coronel Cris:

—Son las aeronaves capitaneadas por el capitán Monterroble, señor. Se han identificado. Dice el capitán que el objetivo ha sido cubierto sin novedad.

—Está bien. Gracias. Puede retirarse.

El teniente Bordón dirigió una mirada en que se leía la intriga de que se hallaba poseído y el coronel Cris y la capitán Barrena cambiaron entre si una mirada de inteligencia.

—¿Le ha extrañado que la alarma dada por la presencia de aeronaves en el espacio se haya producido antes de que éstas hayan penetrado en el campo de nuestros detectores sónicos y de radar?

—Así es, señor.

—Es cierto. Tales realizaciones han llegado a nosotros después de la partida de ustedes. Se trata de un logro de nuestros aliados de Bradiland, del planeta «D-7». Con el auxilio de nuestros técnicos han logrado unos detectores electrónicos. Son de reducidas dimensiones y pueden situarse en el espacio de forma similar a la de las minas «Añúa», manteniéndose en continuo movimiento, pero sin abandonar

la trayectoria que les hayan señalado. Esta trayectoria puede ser corta o larga, según conveniencia, y los aparatos la describen continuamente. Tienen gran radio de acción y recogen cualquier ruido, vibración o desplazamiento que se produzca en el espacio a miles de kilómetros, y tan pronto como las reciben las retransmiten a sus centrales correspondientes, señalando automáticamente la causa de la alarma. Hemos tendido una red bastante extensa de tales aparatos cubriendo un amplio espacio y así las aeronaves de los «destructores de mundos» no podrán salir de sus bases ni alejarse demasiado de ellas sin que nosotros nos enteremos. El capitán Monterroble regresa después de tender tal red y al poner en marcha nuestras centrales receptoras han sido a ellos a los primeros que han delatado.

—¡Eso es magnífico! ¡Nos abre unas grandes posibilidades!

—Así es. Nos permitirá despreocuparnos de los dos planetas que corren peligro para ir acorralando al enemigo común hacia sus propias madrigueras, sin temor de que pueda infiltrársenos y atacar a nuestros aliados cuando nosotros estemos lejos, sin tiempo de poder acudir en su auxilio. Pero no es esto sólo. Se han logrado unos proyectiles que, una vez lanzados al espacio, se dirigen por sí mismos, a fantásticas velocidades, en busca de su propio blanco. Según el dispositivo que se les adose, buscarán una caldera, una masa líquida o los tubos de escape de gases de las aeronaves. El inconveniente que de momento ofrecen tales proyectiles son las instalaciones que se necesitan para lanzarlos y que impide que los podamos utilizar desde las aeronaves. Ni aun nuestra isla base *Numancia* podría permitir una de tales instalaciones. Así los planetas se podrán defender por sí de cualquier ataque al que intenten someterlos.

—¿Se han probado ya tales proyectiles?

—Si, aunque no contra el enemigo, sino contra aeronaves sin tripulación, teledirigidas. El 95 por 100 de los proyectiles hicieron blanco sin que se pudiesen destruir antes de llegar a ellos más que el 5 por 100 restante, pese a los medios que se pusieron en juego. Creo que estamos ante un arma de verdadera eficacia. El planeta «D-7» tiene ya instalaciones y proyectiles suficientes para su defensa y en cuanto a «D-3», se están ultimando las primeras instalaciones, distribuidas estratégicamente para tener defendido todo el planeta y se ha iniciado la construcción de proyectiles. No es todo lo que se necesita para vencer a los «destructores», pero indudablemente, estamos en el buen camino.

Al ser reconocidas las aeronaves que habían motivado la alarma como propias, automáticamente había vuelto a funcionar en el interior del superdestructor la luz normal y no mucho después el grupo de aeronaves dirigidas por el capitán Monterroble hacían su entrada en el

superdestructor.

Mientras tales cosas se producían, el coronel Cris, acompañado de la capitán ayudante, escuchaba el informe que de palabra le iba dando el teniente Bordón a tiempo que se realizaba una detenida proyección de los planos que por procedimientos ultrasónicos se habían logrado en Acrón, así como de las mediciones, tanto superficiales como internas, que se habían realizado por el mismo procedimiento y por medio de la electronia.

El coronel Cris sintióse altamente satisfecho y absorbido en el estudio de tales planos y datos y llegó a olvidar a su ex-prometida y al profesor Añúa; pero tan pronto como el primer estudio hubo terminado volvió a pensar en las posibilidades que le ofrecía un desplazamiento personal en el que, además, haría una ampliación de los datos traídos por el teniente Bordón; Luisa Barrena, conocedora de sus impulsos, le observaba y le salió al encuentro:

—Coronel, si realiza lo que está pensando, pido ir con usted.

—¿Es usted bruja, capitán Barrena? ¿En que estoy pensando?

—No me tengo por tal, pero le conozco. Está usted pensando en desplazarse personalmente a Acrón. Antes no lo hubiera hecho, pero ahora nuestros aliados podrán defenderse por si solos.

—Exacto. No es necesario que continúe.

El coronel Cris se dirigió entonces al teniente Bordón.

—No crea que desconfío de la autenticidad de sus trabajos ni de la rigurosidad con que los han realizado; pero tengo ganas de realizar mi aportación personal. Hasta ahora las circunstancias han mandado en mí, pero ahora…

El coronel Cris se sintió interrumpido por una nueva alarma dada por los avisadores electrónicos. Las lámparas de tipo normal se apagaron de nuevo, entrando en función automáticamente las infrarrojas.

El coronel Cris se puso en contacto inmediatamente por medio del «visófono» con la central correspondiente a los detectores electrónicos, la cual había sido recién instalada. En el «visófono» fueron apareciendo determinadas señales luminosas que el coronel interpretó rápidamente y su jovial gesto se transformó radicalmente, tornándose grave.

—Los «destructores» se han lanzado de nuevo al espacio, pero en esta ocasión realizan el más colosal desplazamiento de su historia, con toda seguridad. No cabe duda que pretenden aplastarnos, ya que según los detectores electrónicos, pasan de cinco millones las unidades que se encuentran en el espacio al alcance de la detección.

Al escuchar la aterradora cifra, Luisa Barrena y el teniente Bordón palidecieron ligeramente y sintieron que la boca se les quedaba seca, sin gota de saliva que les permitiese hablar. Al fin, exclamó el

teniente;

—¡Más de cinco millones! ¿Es posible? ¿No se habrán equivocado los detectores?

—Temo que no, teniente. Las pruebas realizadas con ellos fueron concluyentes y no se dio un solo error.

—¿No puede darse el caso de que al rebasar una determinada cantidad no puedan controlar sus impulsos y caigan en el error?

—Sí, puede suceder; pero se necesitan cantidades de muchos más órdenes para trastornarlos. Ni aun los billones lograrían desorganizarlos. Y cabría que se pudiese haber averiado uno de los aparatos, pero no todos y en la central receptora coinciden todos. De no ser así, lo señalaría también.

—¡Más de cinco millones! Es algo abrumador. ¿Cómo podremos hacerles frente? No concibo que se pueda reunir tal cantidad de aparatos.

—Pues sí se concibe. Tenga en cuenta, teniente, que los «destructores» dominaban siete planetas y que sólo les hemos destrozado uno y arrebatado otro, que es «D-3». Les quedan cinco aún, de los cuales sólo conocemos a Acrón. Desconocemos la capacidad industrial que pueden tener, pero no es nada difícil que posean esos cinco millones de aparatos y otros tantos de reserva. Si entre los diversos países de la Tierra poseen más de tres millones de aparatos, ¿por qué no pueden los «destructores», con sus cinco planetas, poseer diez millones y aun más, si se lo proponen?

—Pero esto significa el final de «D-3» y de «D-7». Esto significa que nos tendremos que dejar destrozar o batirnos en retirada. Es prematuro para que en ninguno de los dos planetas posean proyectiles suficientes para parar el golpe.

—Así es, teniente; pero no debemos desesperarnos ni pensar que está todo perdido. Si los ultrasonidos resultasen eficaces en los espacios siderales, no habría duda. La batalla se podría dar por ganada; pero desgraciadamente necesitan de la atmósfera para su transmisión. Por otra parte, atraerlos hacia la atmósfera de alguno de los planetas es tanto como condenar a éste a muerte, ya que no vacilarían en «secarlo» con uno de sus torpedos superatómicos.

—¿Por que no probar con los nuevos gases explosivos, coronel? —intervino la capitán Barrena.

—Están sin experimentar y seria arriesgar demasiado. Si fallan, no tendremos ocasión de reaccionar para presentar otro plan de batalla. Sin embargo, hay que decidir algo rápidamente.

Jamás, desde el día que partieran de Ganímedes, había visto Luisa Barrena vacilar al coronel Cris como en aquel momento. Los segundos, los minutos transcurrían con angustiosa rapidez y el enemigo se aproximaba inexorablemente. Los avisadores electrónicos señalaban

continuamente su progresión, haciéndolo en el tono metálico, monótono, que les era propio.

—¿Y por qué no? Son los audaces los que empujan la Historia y a nosotros nos toca empujarla en estos momentos —se respondió a sí mismo el coronel.

A continuación se dirigió al «visófono», pidiendo por él comunicación directa con el comandante Barcia, en la isla base. Sin una vacilación le anunció el peligro que corrían y le dio órdenes. Debía advertir rápidamente a los dirigentes de Bradiland para que se dispusieran a la defensa del planeta en caso de necesidad. En cuanto a él, con las unidades a sus órdenes, debía acudir en defensa de planeta «D-3». Transportaría, tanto en la *Numancia* como en el superdestructor *Hércules*, el máximo de minas atómicas «Añúa» y cubriría la periferia de la atmósfera del planeta con ellas.

—Es de todo punto necesario que ni uno sólo de los aparatos de los «destructores» ni de sus torpedos logren penetrar en la atmósfera del planeta. Nosotros vamos a tratar de contenerlos mucho antes de llegar allí, pero dada su aplastante superioridad numérica, podrían muy bien escapársenos algunos grupos. Deben ustedes hallarse prevenidos.

A medida que iba dando instrucciones, sentíase más seguro de sí y comenzó a tener confianza en poder dominar la grave situación. El capitán Monterroble se había añadido al grupo formado por Cris, Luisa Barrena y el teniente Bordón y se dirigió a su jefe.

—Parece que hemos terminado el tendido oportunamente.

—Y tan oportunamente. Ahora deseo que cada uno de ustedes supervise las operaciones parciales del lanzamiento de los torpedos de gases. Usted, capitán Barrena, permanecerá aquí, a mi lado. Dirigirá los torpedos a una velocidad no inferior a los 300.000 kilómetros por minuto. Si logra mantener el torpedo a tal velocidad sin que se destroce en el espacio, será punto menos que imposible que lo destrocen los enemigos y tendremos grandes posibilidades de triunfar. Y ahora, cada uno a su puesto y suerte.

Salieron los dos oficiales de la cabina del coronel y éste se dirigió a las pantallas de los detectores haciéndolas funcionar. Las gigantescas masas de aviones de los «destructores de mundos» comenzaban a penetrar ya en el campo de visión de las pantallas y Cris pudo darse cuenta que avanzaban en grandes grupos, estratégicamente divididos, y aun dentro de los inmensos grupos las aeronaves no llevaban una formación cerrada como les habían visto efectuar en otras ocasiones.

Las formaciones enemigas ocupaban amplios y diferentes planos en el espacio y el joven coronel fue haciendo ver a la capitán Barrena tales particularidades .

El coronel hubo de atender la llamada del capitán Monterroble,

cuya imagen apareció en uno de los «visófonos».

—Todo está dispuesto para el lanzamiento de los torpedos, señor. Cargados los seis tubos.

—Está bien,gracias.

Cris dirigió una mirada a las pantallas detectoras para asegurarse que las formaciones enemigas no habían sufrido variación y se dirigió de nuevo a Monterroble.

—Disponga las escuadrillas para salir en caso de necesidad. El teniente Bordón deberá pasar al departamento de detectores e informarme del menor cambio que observe en las formaciones enemigas.

—Sí, señor.

Dirigióse entonces Cris al control remoto de los torpedos y se dispuso a ser él quien los dirigiera.

—Atención, capitán Barrena. Hágase cargo del control de velocidades y vaya aumentándolas paulatinamente hasta llegar al límite máximo que le he indicado. Cualquier entorpecimiento que note deberá comunicármelo, nos vamos a jugar a cara o cruz el resultado del pugilato que vamos manteniendo con los «destructores».

—Me doy perfecta cuenta, señor.

La voz del teniente Bordón llegó desde el departamento de detectores dando la dirección y velocidad de las formaciones enemigas, así como altura y extensión que ocupaban las diversas capas en que se descomponían. Comprobados los datos rápidamente, el coronel dio la orden de fuego.

—¡Tubos uno, tres y cinco, fuego!

Los tres torpedos salieron disparados a espantosa velocidad, que fueron aumentando gradualmente, siguiéndolos el coronel en su marcha por uno de los gráficos móviles que se mantenía ante su vista. Luisa Barrena, en el control de velocidades, iba dando los aumentos de éstas a su jefe, añadiendo a continuación el ya clásico: «Sin novedad». Todo ello se realizaba rápidamente y llegó el último dato.

—¡300.000! ¡Se notan ciertas vibraciones!

—Está bien. Si aumentan, avise. Mantenga velocidad. Voy a dar salida a los gases.

El coronel fijó mentalmente el lugar donde habían iniciado los torpedos su labor de sembrar el espacio de gases fuertemente explosivos y dirigió los artefactos al encuentro de las formaciones enemigas, haciéndolos penetrar y maniobrar entre ellas.

—¡Aumentan las vibraciones a dos, coma, siete!

—No tiene importancia mientras no lleguen a cinco. Es el resultado de las maniobras —respondió el coronel.

Luego se dirigió por el «visófono» al capitán Monterroble:

—Capitán, disponga lanzamiento de masas de neutrones y

antiprotones que nos protejan de los rayos enemigos.

Cortó el coronel la emisión de gases de los torpedos y alejó a éstos del supuesto radio de acción de los mismos. Era el momento cumbre de la operación. Si fallaba, podían darse punto menos que por perdidos ya que las aeronaves de los destructores entraban en lugar donde los tenían a tiro de sus armas, sin contar que, dado su número, velocidad y disposición, podrían envolverlos con gran facilidad.

Cris, con el dominio de nervios que le caracterizaba, sintiendo la responsabilidad del momento, pulsó el disparador de ondas que debían inflamar los gases, haciéndolos explotar. Fueron décimas de segundo de verdadera angustia durante las que percibió la sensación de que envejecía rápidamente. De improviso se produjo una imponente llamarada que iluminó el espacio y Cris exhaló un suspiro de alivio.

Febrilmente continuó su labor de dirigir los tres torpedos que se hallaban en el aire por entre las formaciones enemigas. De nuevo se había iniciado la emisión de gases explosivos, sembrando el espacio en los lugares en que la formación enemiga más próxima debía entrar y rápidamente los dirigió por entre ellos. Los aparatos «destructores» parecían un tanto desorientados y Cris, después de rodear un amplio sector con los torpedos, tornó a cortar la emisión, sacando a los torpedos de la zona peligrosa. Sabíase el coronel español dueño de la situación y tornó a pulsar el emisor de ondas, produciendo la nueva explosión de gases.

El teniente Bordón había ido señalando los diversos movimientos y reacciones que se iban operando en la formación enemiga, señalando también los espantosos claros que se habían producido en ella.

—¡Han desaparecido casi dos quintas partes de los efectivos, señor! Pero en este momento comienzan a disgregarse en el espacio.

—¡No importa! ¡Los destrozaremos de todas formas! ¡Tubos número dos, número cuatro y número seis, fuego! ¡Vuelvan a cargar los tubos! ¡Controlen las operaciones!

Cris se iba sintiendo dominado por una extraña excitación y estaba dispuesto a poner en juego todo el material de torpedos lanzagases de que disponía con tal de que no pudiese escapar un solo enemigo. Con verdadera saña fue rodeando los grupos enemigos, sincronizando con ayuda de los aparatos medidores de a bordo y la colaboración de sus oficiales, los movimientos de los torpedos con los desplazamientos en masa de las aeronaves destructoras, cerrándolas en una envoltura de gases, imposibilitándoles para la huída.

Todo ello a la velocidad fantástica de los torpedos, sin dar casi tiempo a los enemigos, envueltos en las incesantes llamaradas, a darse cuenta de lo que sucedía.

Uno de los torpedos, alcanzado por la explosión de los gases que acababa de lanzar, explotó, produciendo una llamarada intensa, de perfiles violentos, agresivos, alcanzando en ella al núcleo más numeroso de aparatos «destructores» que quedaba.

Fue el final de la batalla, ya que los restos que permanecían aún en el espacio iniciaron la fuga disparando un tanto a ciegas sus armas de rayos eléctricos contra los torpedos que, bien dirigidos, se lanzaron a una feroz persecución.

El superdestructor *Neptuno*, que al enfrentarse con las formaciones de «destructores» había virado para mantener las distancias, tornó a maniobrar, lanzándose en seguimiento de los fugitivos.

Algunos de los aparatos enemigos, por acciones aisladas, lograron eludir la sañuda persecución al salirse del radio de acción en que los torpedos se desenvolvían y el coronel Cris estuvo a punto de lanzar al capitán Monterroble, con las veloces «golondrinas», en su persecución, pero luego desistió.

—Dejémosles ir. Que lleven al Gran Drago la noticia de su derrota. Tal vez le dé un ataque de furor y se muera.

Las últimas aeronaves «destructoras» que habían sido envueltas en los gases explosivos se extinguieron y el coronel, satisfecho de la victoria, estrecho con efusión la mano de Luisa Barrena.

—Esta victoria se debe en mucho a usted, capitán. Sinceramente, yo no terminaba de decidirme por el ensayo de la nueva arma. Si hubiese fallado, habría resultado espantoso.

Cris meditó unos instantes y tornó a hablar:

—Encárguese de recoger los torpedos, pero vaya reduciendo la velocidad de los mismos muy paulatinamente para evitar un accidente. Que le ayude el teniente Bordón. Comuniquen el resultado la batalla al comandante Barcia para que a su vez lo comunique a Bradiland en «D-7» y a «D-3». Revisen también la cadena de detectores electrónicos recién montada. No tendría nada de particular que en la batalla hubiesen desaparecido algunos, ya que parte de ella se desarrolló en las proximidades de la línea que formaban. Los que hayan desaparecido deberán ser sustituidos inmediatamente. Dé cita a Barcia en el punto R-25 de la carta 7. Quiero reunirme con todo el Estado Mayor para estudiar la nueva situación que se nos plantea y estudiar las posibilidades de que una pequeña expedición trate de localizar al profesor Añúa y a la sargento Garrido.

Luisa Barrena, que después de la victoria habíase mostrado satisfecha en grado extremo, sintió que su dicha se nublaba, pero se dispuso a obedecer.

CAPÍTULO II

PRISIONEROS

Luisa Barrena, situada junto a Cris, aunque a respetuosa distancia, observaba a su jefe inclinando tras el telescopio electrónico del superdestructor *Neptuno*. Le notaba excitado y comprendió las causas. Debía haber descubierto ya al planeta Acrón, envuelto en luz y en suaves neblinas, destellando sus extrañas coloraciones tal como el teniendo Bordón, uno de los pocos afortunados que lo habían visto, se lo había descrito.

Luisa recordó en tal ocasión las palabras del coronel al dirigirse a su Estado Mayor, reunido en la vasta sala de oficiales de la *Numancia*.

—Nuestra acción resultaría sumamente sencilla si poseyéramos la mentalidad monstruosa de nuestros enemigos los «destructores de mundos». Nos bastaría con arrasar Acrón, llevando nuestros destrozos hasta sus mismas entrañas y saltar luego sobre los restantes planetas que tienen bajo su absoluto dominio. Pero nosotros no podemos actuar como esos desalmados. Debemos pensar que tales monstruos tienen millones y millones de seres esclavizados a los cuales debemos libertar y conducir a sus mundos de origen y debemos pensar también que en Acrón se hallan dos de los nuestros: el profesor Añúa y la sargento Carmela Garrido.

Recordaba Luisa Barrena que al pronunciar el coronel Cris el nombre de su ex-prometida había en su expresión una sentida vibración emocional. La mujer aborreció a su rival, que nunca le había resultado simpática.

El coronel había continuado:

—Poseemos datos suficientes para destrozar las más importantes industrias de nuestros enemigos en Acrón, pero esto podría significar la muerte de los nuestros y de miles y miles de esclavos y nosotros no podemos hacer eso. Por eso he decidido que un reducido equipo nuestro, que dirigiré personalmente, se lance sobre Acrón. Su misión será descubrir el paradero de nuestros dos compañeros y, a ser posible, libertarlos. Nuestra exploración nos permitirá conocer la verdadera situación de los esclavos y forjar los planes para libertarlos, destrozar el poder de sus dominadores y que haya el menor número posible de víctimas de los seres que tenemos el deber de salvar.

El comandante Barcia y otros oficiales habían tratado de oponerse a que fuese el coronel quien dirigiese personalmente la expedición, pero Cris se había obstinado, imponiendo su criterio en tal sentido y señalando a cada cual una misión específica para controlar los

movimientos que se pudiesen producir en el planeta, vigilar las comunicaciones de este con el exterior y evitar que pudiese llegar un efectivo auxilio desde los otros planetas que tenían dominados.

—Se han de mantener bien vigiladas las rutas aéreas y nuestras estaciones de absorción de ondas deben impedir a toda costa que salga ningún mensaje de Acrón. Poseemos su código secreto y podemos incluso responder a sus mensajes para mantenerlos engañados la mayor cantidad posible de tiempo.

Llegaban a tal altura los recuerdos de Luisa Barrena cuando Cris apartó su vista del telescopio y se dirigió a ella:

—Ya nos hallamos sobre Acrón. Observado a esta distancia y con este telescopio, resulta un espectáculo inenarrable. No sabría con qué compararlo, tan bellos y luminosos son sus colores que aparecen suavemente difuminados por la neblina que los cubre. Pero es mejor que observe usted misma mientras yo tomo las últimas disposiciones para nuestra Salida.

No muchos minutos más tarde despegaba un rotoavión de la pista del *Neptuno*, el cual debía conducir a los tres expedicionarios que componían la partida, hasta la zona de luz, límite de la masa atmosférica del planeta.

Una vez en ella, Cris, Luisa Barrena y el teniente Bordón, ocuparon sus aviones personales o «ataúdes» según eran conocidos en el lenguaje de los expedicionarios, y se lanzaron al espacio, empleando los dispositivos de que tales aparatos se hallaban dotados para evitar la detección por los medios conocidos.

Había sido elegida para tomar contacto con la superficie del planeta una de las zonas medias, no demasiado poblada y donde tampoco existían industrias que se pudiesen considerar de capital importancia, presumiendo los terrestres que por tal causa, estarían menos vigiladas y llegarían a poder mezclarse entre los «destructores de mundos» sin ser notados, ya que los tres expedicionarios llevaban trajes metálicos de los que usaban sus enemigos, así como el mismo tipo de escafandra y habían procurado una caracterización adecuada para que la única parte visible de sus rostros, los ojos, les diesen la mayor semejanza posible con los de aquellos a los que deseaban parecerse.

Los tres expedicionarios habían aprendido a expresarse en el idioma de los «destructores» por medio de señales luminosas, tal como éstos hacían y exteriormente no llevaban armas ni signo alguno que los pudiese diferenciar y por el que pudiesen resultar identificados.

Imaginaban, sin embargo, que deberían luchar con un grave inconveniente. Desconocían la organización de sus enemigos en Acrón e ignoraban por tanto como debían incorporarse a ellos, como debían producirse. Entre unas masas de gentes tan disciplinadas, agrupados

sus componentes en unidades regulares, bien controlados, posiblemente serían prontamente notados y descubiertos a menos que procurasen no dejarse ver sino en determinadas circunstancias.

El comandante Barcia había llegado a calificar la empresa de descabellada y Cris reconocía que no le faltaba razón, pero sentíase obligado a rescatar a Carmela y al profesor y conociendo lo difícil y arriesgado de la empresa, no había querido confiarla a nadie.

Una vez en el suelo del planeta, los tres terrestres abandonaron sus aviones personales, poniéndose en contacto por radio teléfono con la tripulación del rotoavión que los había lanzado. Estos, una vez recibida la orden tomaron por su cuenta a los tres aviones, conduciéndolos por control remoto hasta la aeronave. Los tres expedicionarios quedaban entregados a sus propios recursos, pero templados en la lucha, conducidos en parte por sus propias pasiones, animados por la fe de vencer, emprendieron la marcha orientando sus pasos hacia la aglomeración ciudadana más próxima. Hallábase ésta en dirección este y los terrestres no tardaron en asistir, antes de llegar a los arrabales de la ciudad a una de las más bellas salidas de sol que podían imaginar, en un paisaje de fantasía, en un mundo que parecía constituido de bellos corales y de elementos igualmente resplandecientes pero de diversos colores y formas. Sin embargo, en todo el paisaje no existía una sola nota vegetal, al menos, tal como los terrestres la conocían y concebían.

Algunas agrupaciones que parecían vegetales, al aproximarse ellos, se disgregaban y escapaban corriendo, arrastrándose por el suelo, demostrando su cualidad de reptiles, unos reptiles de apariencia vítrea que, al huir, iban lanzando pequeñas descargas eléctricas.

Los tres terrestres contemplaron con el ánimo en suspenso tal fenómeno al verlo por primera vez.

—¡Extraño mundo! Estaban unidas como las hojas de una palmera y ante nuestra presencia, se separan y huyen. ¿Se han fijado en las pequeñas descargas eléctricas que lanzaban? Debemos vivir prevenidos contra tal fenómeno. Es muy posible que no sólo se produzca en este tipo de seres animados, sino en otros más corpulentos. No existen aquí rastros de vida vegetal y no comprendo como podrán alimentar a los muchos esclavos que deben tener en sus factorías. Ellos están acostumbrados a alimentarse con productos sintéticos, pero es difícil que las otras razas que han traído aquí se hayan podido adaptar.

Al fondo, frente a sí, tenían los terrestres la ciudad con sus enormes edificios en forma de huevos truncados, sin que apareciesen a la vista ventana ni hueco alguno por los cuales penetrar en ellos.

—¡Es inconcebible! No me cabe la menor duda de que estos son sus edificios, pero no comprendo como pueden entrar y salir de ellos.

—Tal vez tengan las entradas por debajo de la superficie. En nuestro camino nos hemos cruzado con algunas cuevas.

—No lo creo.

—En las observaciones que nosotros realizamos, —intervino el teniente Bordón—, y que no pudimos precisar por la distancia a que nos debíamos mantener durante el día, recibimos la sensación de que la entrada en estos edificios se realiza precisamente por las cúpulas. Estas, aunque por la distancia que se hallan del suelo parecen formar un cuerpo con el resto del edificio, se desplazan dejando amplias aberturas, estoy seguro.

No se veía a nadie en la extraña ciudad y sin embargo, los terrestres tenían la sensación desagradable de que eran constantemente observados. Y fue inútil que aguardaran a que el día avanzase para ver que las calles se animaran, porque tal fenómeno no se produjo.

—En realidad —manifestó Luisa Barrena valiéndose de sus señales luminosas— no creo que a estos huecos que quedan entre edificio y edificio pueda llamárseles calles.

El silencio, la quietud de la ciudad, tenía algo de inquietante, dando la sensación de que se trataba de una ciudad muerta o cuyos habitantes temiesen manifestarse a la luz del magnífico sol que lucía, arrancando destellos a las pulidas cúpulas.

Una formación de aeronaves, de modelos ya conocidos por los terrestres pasó sobre la ciudad e instantes después se abría una de las cúpulas que tenían ante la vista y salía por ella un extraño aparato volador, desconocido para los terrestres. Su vuelo era vertical por un sistema muy semejante al de los helicópteros terrestres, pero tan pronto hubo salido del edificio, cambió el helicóptero de posición y el aparato se lanzó a un raudo vuelo horizontal, desapareciendo prontamente de la vista de los terrestres.

Poco después salía por otra de las cúpulas abiertas un grupo de «destructores», dotados todos ellos de helicópteros de tipo personal que llevaban adosados a la espalda y que les permitía mantener vuelos bastantes regulares, cubriendo a buenas velocidades distancias relativamente largas. Los terrestres conocían los vehículos de reducido peso, y envidiaron no poseer uno por cabeza para tales momentos.

La desconfianza que había nacido en ellos al notar desierta la ciudad, había desaparecido al percibir que nadie se fijaba en ellos, ni los del vehículo volador, ni los helicópteros personales, a pesar de tener la seguridad de que habían sido vistos por unos y por otros, seguramente los habían considerado como cosa normal y no tardarían en ver grupos de infantes como ellos mismos.

Pero en esto último se equivocaron, ya que cruzaron la ciudad de parte a parte sin hallar uno tan sólo.

Al otro lado de la ciudad descubrieron los terrestres una especie de campo de aviación, pero cuyas instalaciones principales eran subterráneas. Tanto los aviones como los extraños aparatos voladores que habían visto, salían de unas a especie de aberturas practicadas en el suelo y cuyo piso descendía en rampa hacia el interior de la tierra.

Los terrestres se dirigieron a uno de los puntos por donde salían los vehículos voladores de tipo mixto y lograron penetrar en el subterráneo sin que nadie se les opusiera.

Un destructor les salió al encuentro al llegar al punto de partida de los extraños aparatos y les interrogó a tiempo que uno de tales vehículos aparecía sobre la plataforma de una especie de montacargas:

—¿Cuál es vuestro destino?

Los tres terrestres se miraron sorprendidos sin saber que responder. No esperaban hallar tantas facilidades, antes bien, habían imaginado que tendrían que emplear la fuerza bruta para apoderarse de uno de los vehículos voladores o penetrar en el mundo subterráneo y pensaban para ello desintegrar el primer «destructor» que se le opusiese. Comprendió Cris que no debía mostrar la más mínima vacilación y respondió prontamente con el nombre de la única localidad de que tenía referencias, la capital de Acrón, residencia del Gran Drago; sus centros luminosos expresaron:

—Kramia.

El «destructor» que realizaba el servicio se mostró altamente deferente con los tres terrestres, tal que si reconociera en ellos una muy superior jerarquía y les saludó marcialmente al presentar es el vehículo aéreo y luego, cuando ellos penetraron en la carlinga que se cerró automáticamente sobre sus cabezas.

Los tres terrestres se contemplaron con aire de perplejidad y Cris estudió con la vista el mecanismo de dirección y arranque de vuelo, dispuesto a empuñarlos sin vacilación alguna aunque se estrellasen; pero no hubo necesidad de que realizase tal cosa ya que el vehículo se puso en movimiento automáticamente, saliendo del subterráneo para, inmediatamente se halló al aire libre, elevarse en vuelo vertical. Y no se habría llegado a elevar trescientos metros cuando el dispositivo de tracción de vuelo cambió de posición y el aparato emprendió el vuelo horizontal.

Los tres terrestres no pudieron evitar pensar que en tal momento se hallaban, en realidad, prisioneros.

* * *

No hacía un cuarto de hora que los terrestres habían puesto pie sobre la superficie de Acrón, cuando los servicios de policía de los «destructores» los habían descubierto desde sus invisibles

observatorios. Constituía un hecho completamente anormal que los «destructores» anduviesen campo a traviesa por la superficie del planeta y más anormal aún que marchasen a pie, tratándose de jerarquías de bastante relieve dentro del ejército, según se desprendía de las insignias que lucían sus trajes metálicos.

Los observadores sospecharon inmediatamente y comunicaron con sus jefes quienes, a su vez, recurrieron al escalón superior. Rodando la sospecha de escalón en escalón, pero aumentada con precisos informes que demostraban en qué acciones de guerra habían caído los primitivos dueños de los trajes metálicos que los terrestres lucían, llegó la noticia hasta el propio Gran Drago.

—¡Terrestres! —exclamó el Gran Drago al conocer la noticia—. Tales audacias sólo ellos son capaces de tenerlas. ¡Que nadie les ataque! ¡Que nadie les moleste! Debe hacerse el vacío en torno a ellos pero no deben hallar dificultades a sus deseos. Tratarán de penetrar entre nosotros y entonces los conduciréis con habilidad hasta mí. Vendrán a rescatar a los otros dos terrestres y debemos aprovechar a éstos para dar caza a los otros. Se les deberá vigilar estrechamente pero sin que lleguen a sospechar, antes bien, se les hará creer que son efectivamente el comodoro «J-366.237» y los coroneles «H-665.233» y «H-793.288». Es casi seguro que serán portadores de armas atómicas y debemos evitar por todos los medios que las puedan emplear contra nosotros, pero también que las destrocen, como pasó con las del profesor Añúa. Necesitamos que las armas de tal tipo que lleven pasen a manos de nuestros científicos para que puedan conocer rápidamente el proceso de acumulación de la energía atómica y su regulación para emplearla debidamente controlada, según las necesidades de cada caso. Únicamente si logramos tal cosa podremos vencer a los terrestres y continuar adelante en nuestra misión de destrozar a todos los odiosos seres con figura humana que existen sobre los planetas del Universo. Nuestra misión histórica depende de este momento. La espantosa derrota que nos han infligido debe quedar borrada en estas próximas acciones que se avecinan. Comuniquen rápidamente para que estén dispuestos en aquellos lugares por donde pasen, dando las instrucciones con claridad para que no haya errores, que castigaré severamente. Yo seguiré desde aquí, paso a paso, por medio de la radiovisión, todos los movimientos de los extranjeros y sabré quién es el que incurre en error con ellos. Nada más. Podéis iros.

El Gran Drago se quedó solo con sus secretarios y éstos se apresuraron a situar ante la vista del jefe supremo de los destructores la pantalla de radiovisión, conectándola con los receptores correspondientes a la zona por donde los tres terrestres caminaban. Cuando éstos aparecieron en la pantalla hallábanse próximos a la ciudad y desde tal momento fueron seguidos por la mirada maliciosa y

curiosa del Gran Drago. Y éste acentuó su burlona expresión cuando vio a los tres terrestres encerrarse dentro del auto volador, como ellos lo llamaban.

—¡Ahora sí que están verdaderamente prisioneros! Ellos despertarán de su audaz sueño cuando se vean inmovilizados ante mí. Pero debo reconocer que son magníficamente valientes, tal vez como ninguno de los míos. Si yo tuviera gente de esta a mis órdenes estaría ya todo totalmente arrasado. Nuestra gran misión habría sido cumplida.

Sin añadir comentario alguno más, les siguió durante el viaje y luego, una vez dentro del edificio que les servía de residencia.

El Presidente Adjunto del Gran Consejo Central de Gobierno acudió a recibir a los terrestres y el Gran Drago observó desde su sitio cómo les recibía. Demostraba verdadero interés el Presidente en que no sucediese en aquella ocasión un accidente similar al ocurrido a la llegada de Añúa y consideró su presencia necesaria, recibiendo a los supuestos jefes «destructores» con el mayor agasajo.

Al fin, los tres terrestres se hallaron ante el Gran Drago, el cual se había despojado de la escafandra quedando de relieve sus duras e impresionantes facciones. Para causar una mayor sensación a los que consideraba ya como sus prisioneros se dirigió a ellos de palabra, procurando dar extrañas vibraciones a su impersonal voz, producto del recién ideado mecanismo:

—Celebro verte de nuevo, comodoro, y a vosotros también, coroneles. Precisamente, después de las irreparables pérdidas sufridas, necesitamos como nunca gente decidida y capaz como vosotros. Confío en que durante el tiempo que habéis estado entre los hombres de la Tierra habréis tenido ocasión de conocer muchos de sus puntos flacos y que conoceréis la forma en que les podremos atacar para volcar la lucha a nuestro favor.

El Gran Drago parecía gozarse de la confusión que sus palabras podían causar entre los extranjeros y esperó su respuesta con atenta expresión con la que se podía adivinar un fondo de cruel ironía.

Pero el coronel Cris no se inmutó y le respondió:

—No es fácil descubrir los secretos de esos extraños seres. Saben guardarlos celosamente. Hemos aprendido, en cambio, algo de sus tácticas, pero en tal orden es poco lo que pueden enseñarnos. Nuestras derrotas se deben más a la calidad de sus armas y a su valor personal que a otra cosa.

—Es decepcionante. Yo esperaba que trajeseis alguna de sus armas atómicas para que nuestros científicos las pudiesen estudiar, pero veo que no es así. Habéis tenido miedo.

El gesto del Gran Drago era agresivo, duro, dando la sensación de que trataba de amedrentar a los extranjeros.

—Nada de miedo, magnífico Gran Drago. En todo caso, falta de ocasión. Para nosotros resulta tan difícil mezclarnos entre ellos para sorprender sus secretos como a ellos mezclarse entre nosotros. Si tuviésemos miedo nos hubiésemos quedado allí mientras vosotros lucháis.

—Es cierto. Olvidad lo que os he dicho en ese sentido. Pero estamos intrigados por escuchar el relato de vuestras aventuras. Son pocos de los nuestros los que han vuelto una vez han quedado entre ellos. Nos separan de vuestro anterior destino en «Star II» muchos millones de kilómetros y nos agradará saber cómo habéis podido llegar hasta aquí.

—Volando. Nuestra astucia les ha vencido y logramos escondernos en uno de sus aparatos,

—¿Y dónde habéis dejado los aparatos?

—Ellos son terriblemente audaces y se posaron en nuestro planeta. Fue el momento que nosotros aprovechamos para salir mientras ellos tomaban unas fotografías y ciertas medidas. Por cierto, quería preguntarte si es que nuestro servicio de vigilancia se ha quedado ciego. Lo estábamos viendo y no podíamos comprender cómo un aparato enemigo podía posarse en tierra mientras otros cuatro permanecían vigilantes en el aire sin que ninguno de los nuestros saliera a combatirles.

El considerable cinismo de los extranjeros estuvo a punto de hacer estallar al jefe de los «destructores»; pero aún supo contenerse y responder:

—Si eso es cierto, haré ejecutar a los responsables.

—Pues debes comenzar cuanto antes, para que sirva de ejemplo, de lo contrario, cualquier día se nos presentarían aquí las flotas terrestres y nos arrasarían antes de que nuestros vigilantes den la primera señal de alarma.

La tormenta estaba a punto de estallar y Cris se dio cuenta de ello. Ignoraba qué sucedía, pero sí percibió que era algo anormal y que se les miraba con hostilidad por parte de todos los reunidos.

Pero estaba preparado a tal evento y advirtió a sus compañeros de expedición por medio de un leve movimiento.

—¡Impostores! ¡Apresadlos!

La voz del Gran Drago iba cargada de violencias y sorprendió a todos los reunidos, incluso al propio jefe de los «destructores».

Se produjo un rápido movimiento por parte de los terrestres y el restallido de varias armas eléctricas dirigidas contra ellos, pero que no les causaron efecto alguno por la protección de sus trajes. Y rápidamente aparecieron en las manos de los tres sendas pistolas desintegradoras que dirigieron sus amenazadoras bocas contra los reunidos.

Los tres terrestres formaron una especie de triángulo con sus espaldas y así dominaron por completo a los reunidos en el salón. El coronel Cris permaneció frente al Gran Drago dirigiendo la boca de fuego de su arma principalmente contra él.

—No creas que es fácil apresarnos, Gran Drago. Si deseas vivir, di a toda esta gente que te rodea que no intente el menor movimiento. Mi primer disparo iría contra ti y cuenta que no suelo errar ninguno.

Se produjo un momento de silencio y estupor, apreciándose sin embargo el furioso destellar de los centros de expresión de los «destructores» y Cris les tornó a conminar:

—¡Cállense! Será inútil que intenten ponerse de acuerdo. Y tú escúchame, Gran Drago. Vengo dispuesto a llevarme a dos de los míos que tienes aquí prisioneros. Si os portáis bien no os sucederá nada. Es como si fuera una tregua para luego continuar la lucha.

—¿Te refieres al profesor Añúa y a una muchacha? Pues has dado el golpe en vano, porque hace bastantes días que no están prisioneros aquí. Ellos lograron fugarse. Fue muy hábil el profesor Añúa y logró burlarnos. Pero no logrará escapar de donde se haya escondido ni tú lograrás tampoco salir de aquí.

Cris comprendió que el Gran Drago había estado ganando tiempo y que iba a suceder algo y disparó; pero en el mismo momento el sillón situado en una especie de trono donde el Gran Drago se hallaba desaparecía, hundiéndose, y uno de los «destructores» que escoltaban al jefe supremo saltaba a cubrir con su cuerpo el de aquél. El «destructor» quedó desintegrado, permaneciendo en el aire una pequeña nubecilla que luego se fue desvaneciendo y cuando los terrestres quisieron repeler la agresión de que habían sido objeto sintieron que quedaban inmovilizados a causa de unos poderosos electroimanes que habían descendido sobre ellos, apresándolos, sujetándolos. Pese a sus esfuerzos, ni Cris ni ninguno de sus dos acompañantes pudieron librarse y tornaron a producirse violentos fogonazos disparados por las armas eléctricas de los «destructores, que fueron contestados por las descargas de rayos desintegradores disparados por los terrestres. Fue una lucha breve, feroz, en que varios «destructores» quedaron desintegrados, sin que los terrestres sufrieran daño alguno. Sin embargo, sintieron que las armas atómicas que tan buen resultado les daban les eran arrebatadas de las manos por sendos disparos eléctricos, con lo fueron reducidos a la impotencia.

El sillón ocupado por el Gran Drago tornó a emerger en el trono y el déspota se dirigió en tono violento a los terrestres.

—¿Creísteis que podríais sorprendernos? Ignoráis todavía demasiadas cosas de nosotros para ello. Y lo malo es que no vais a tener ocasión para aprenderlas.

—En eso te doy la razón, Gran Drago, porque si antes de dos

horas no hemos cruzado unas determinadas señales con nuestras escuadras que se hallan en el espacio, el planeta Acrón será totalmente arrasado. No quedará piedra sobre piedra de vuestra industria ni de vuestros edificios y os destrozarán aunque os escondáis en subterráneos que vosotros creéis inaccesibles. Nada podrá contener el furor ni el poder destructor de los hombres de la Tierra. La derrota que sufrió vuestra colosal escuadra aérea de más de cinco millones de unidades será como un juego de niños con lo que os puede ocurrir.

El coronel Cris se expresó de viva voz para que resultase más impresionante, pero sin olvidar de expresarse, al mismo tiempo, en el lenguaje luminoso de los «destructores» para que todos los presentes le entendieran.

No dejaron de causar impresión en el Gran Drago las palabras del coronel Cris, pero se sobrepuso y le respondió:

—Tus escuadras no harán eso mientras tengan la posibilidad de arrancaros de aquí con vida y nosotros nos cuidaremos de alimentar esa esperanza. Nos pondremos en contacto con ellos y trataremos de un canje de prisioneros puesto que vosotros tenéis algunos nuestros de bastante categoría. Y en ese tira y afloja se pasarán los días hasta que nuestros científicos logren, gracias a esas armas vuestras que yacen en el suelo, el control de la energía atómica. Entonces lucharemos con armamento igual y os destrozaremos, os aplastaremos.

La sonrisa de Cris al escuchar al Gran Drago se torno burlona, casi insultante.

—Eres estúpido, Gran Drago, ¿Crees que nuestros hombres de ciencia se duermen en los laureles? Llevan mucha ventaja a los vuestros y es difícil que los alcancéis. Esas armas que tú consideras como una meta, entre nosotros están ya anticuadas. ¿Crees que con la vulgar energía atómica, por muy controlada que estuviese, hubiésemos podido destrozaros más de cinco millones de unidades, lo más florido de vuestras fuerzas aéreas, en un tiempo no muy superior a los dos minutos? Piensa, si eres capaz de ello, y responde luego. No podréis jamás con nosotros por mucho que vuestros científicos corran, pues los nuestros, a la mucha ventaja que les llevan suman el que la amplitud de sus conocimientos les permite marchar a mucha más velocidad, con lo que la distancia aumenta a nuestro favor. Voy a permitirme darte un consejo, Gran Drago. Deponed vuestra actitud de irrazonada violencia y retiraos lejos, a los puntos de partida que conservéis. Conozco el motivo de vuestra actitud y por mucha razón que tuvieseis para aniquilar a los que pretendieron sojuzgaros, habéis rebasado los limites que humanamente se pueden admitir.

—¡Bah! Palabras y solo palabras. Nos saldremos con la nuestra y os barreremos de la faz de todos los planetas del Universo. Os odiamos porque sois no sólo crueles, sino débiles, y debéis desaparecer. Sólo los

fuertes tenemos derecho a subsistir.

El Gran Drago se exaltaba a medida que hablaba y Cris comprendió que era totalmente inútil tratar de hacerle razonar.

—Como quieras. Pero camináis hacia vuestra total destrucción. Nosotros también sabemos ser implacables y no tardarás mucho en saberlo. Me habían dicho que eras inteligente, pero se equivocaron los que te juzgaron, porque si lo fueras, aprovecharías la gran ocasión que te brindo. Sé que vuestra industria es capaz, pero no podrán construir tantos aparatos como nosotros os destrozaremos con la última arma que hemos probado, porque el desastre de vuestra formidable flota se produjo en una simple prueba.

Aquello era más de lo que el Gran Drago podía resistir y señalando con gesto imperativo a los prisioneros, gritó:

—¡Quitadlos de mi vista! Les despojaréis de las escafandras y los situareis en la vecindad de las serpientes eléctricas para que no les dejen descansar un momento.

Ante la perspectiva que aguardaba a los terrestres, el Gran Drago se sintió satisfecho, suavizándose un tanto.

—Tampoco has demostrado tú demasiada inteligencia, terrestre, al venir a entregarte a nosotros de la forma que lo has hecho. Pero sobre esto y otras cosas tendrás ocasión de reflexionar en las largas horas de insomnio que te aguardan junto a tus compañeros, sufriendo el ataque constante de nuestras serpientes y viendo cómo vuestra piel se llena de pústulas por el envenenamiento lento, pero inevitable, de vuestra sangre al tener que respirar nuestro intoxicado aire y beber nuestra no menos intoxicada agua, ¡Vamos, fuera!

Los terrestres fueron desarmados por completo, viéndose despojados de sus pistolas eléctricas y sus guanteletes que despedían energía del mismo tipo, así como de las escafandras, comenzando a notar rápidamente las molestias que les producía el aire del planeta que llevaba en disolución gases metálicos fuertemente dañinos para la naturaleza de los terrestres.

Con bastante brusquedad fueron arrojados a un calabozo, el mismo en el que estuvieron el profesor Añúa y la sargento Carmela Garrido. Una vez en él los terrestres se refugiaron en el rincón contrario al que su carcelero les había lanzado y el coronel guiñó un ojo a sus subordinados.

—Mucho cuidado con lo que se habla —bisbiseó al oído de ambos —. Tengo la convicción de que somos estrechamente vigilados y escuchados. Sólo quiero que no pierdan la fe en nuestra victoria. Aunque les resulte increíble, éste es uno de los resultados que tenía previsto y vine preparado para él. Procuren descansar lo mejor posible hasta que se olviden un poco de nosotros. Es posible que sea cierto lo de que Añúa y la sargento Garrido han logrado fugarse.

No llevaban demasiado rato en el calabozo cuando las primeras serpientes hicieron su aparición y se dirigieron hacia donde los terrestres se hallaban.

CAPÍTULO III

FUGA AUDAZ

Como anteriormente había sucedido al profesor Añúa y a la sargento Garrido, los terrestres hubieron de mantener una agotadora lucha contra las serpientes, las cuales no lograron inmovilizarles gracias a la energía desplegada y si bien no sufrieron daño alguno, ya que no fueron alcanzados por una sola descarga de las disparadas por los reptiles, quedaron rendidos, sintiendo tras la dura prueba gran necesidad de beber agua. Pero Cris comprendió que era esta precisamente la idea que habían llevado los «destructores» al lanzarles los reptiles y se impuso a sus dos subordinados.

—Nada de beber agua. Resistiremos la sed. Es precisamente lo que ellos buscan para que nuestro envenenamiento se produzca con mayor rapidez y podernos manejar a su antojo lo más pronto posible. Seguramente emplearon los mismos métodos con el profesor y con la sargento Garrido y me agradaría saber qué es lo que lograron de ellos.

—No sé si podré resistirlo —murmuró la capitán Barrena dirigiendo una codiciosa mirada al surtidor de agua que el carcelero había hecho manar en uno de los extremos del calabozo.

—Es preciso que resista, capitán; se lo ordeno. No podemos caer como tontos en la primera trampa que nos tienden. Descanse y no sentirá tanta sed.

En uno de los laterales del calabozo asomó la escafandra del carcelero y tras ella sus ojos, cuya burlona expresión estuvo a punto de hacer estallar en furor al coronel; pero supo contenerse al dirigirse a él en su propio lenguaje:

—Ríe a gusto, ahora que puedes, porque te queda muy poco tiempo de reír. Un gran desastre no tardará en caer sobre vosotros y este planeta sobre el que os asentáis quedará totalmente arrasado. Vuestro poder quedará destrozado por las proas de mis aeronaves que continuarán derrotando a las vuestras allá donde las hallen y vosotros quedaréis esclavos por toda vuestra vida para reparar el mal que habéis hecho. Si, seréis esclavos de los que vosotros habéis esclavizado, lo cual es un castigo bastante peor que si se os matara.

En tal momento se produjeron unas lejanas explosiones que hicieron retemblar la tierra y la expresión burlona del carcelero desapareció para dejar paso a la intranquilidad, una intranquilidad manifiesta que Cris se dispuso a aprovechar.

—¿Oyes eso? Es mi gente que comienza a destrozaros. No tenéis solución posible. Vuestro Gran Drago os arrastra a la perdición.

La alusión al Gran Drago era lo que mejor podía hacer saltar a los fanáticos «destructores», según el coronel había imaginado, y el carcelero no se pudo contener, respondiendo violentamente a la provocación de Cris.

—¡El Gran Drago es un gran jefe y os aplastará a todos!

—El Gran Drago es un despreciable gusano —respondió Cris despectivamente.

Aquello era más de lo que el carcelero podía resistir y tras asegurarse de que no era observado por ninguno de sus superiores, abrió por medio de un mecanismo oculto el hueco que servía de entrada al calabozo de los terrestres y empuñando con pulso firme su pistola eléctrica penetró en el calabozo, apuntando con su arma a la cabeza del coronel español.

—¡Miserable! ¡Proclamas ahora mismo que nuestro Gran Drago es un gran jefe y que es invencible o te mato como a una alimaña!

Los dispositivos luminosos del «destructor» destellaban con inusitada rapidez, haciendo patente el gran nerviosismo que dominaba a su dueño y el español temió por unos instantes que había ido demasiado lejos en su provocación, por lo que empleó una estratagema para desviar la atención de su enemigo, volviéndose con gesto de asombro hacia la entrada del calabozo que había quedado abierta. Y el «destructor» picó el anzuelo, volviéndose a su vez con expresión de alarma, comprendiendo inmediatamente que había sido burlado; pero cuando quiso rehacerse de su error era ya tarde, pues Cris le había apresado el brazo que esgrimía el arma y le obligaba a soltar esta con un hábil movimiento de lucha.

Apresuróse entonces Cris a aplicarle a su carcelero una nueva llave de lucha, obligándole a arrodillarse mientras los huesos de los brazos, al serle retorcidos dolorosamente, comenzaban a crujir amenazando con romperse.

Habíase producido todo con impresionante rapidez, dentro del mayor silencio y el coronel conminó finalmente al carcelero.

—¿Te rindes?

—¡Matadme! ¡No os servirá de nada!

—Eres tonto de lo que imaginaba, porque no te mataré, pero te romperé algunos huesos y tendrás que venir con nosotros de todas formas. ¿Estás dispuesto a servirnos?

—¡No!

—Tú lo has querido.

Coincidiendo con las palabras del coronel se escuchó el crujido de los huesos del carcelero, acompañado de un doloroso trompetilleo, y cuando Cris soltó su presa, el «destructor» se desplomó en el suelo vencido por el dolor.

Pero los terrestres no estaban para blanduras y Cris, secundado

por el teniente Bordón, obligó a levantarse al vencido.

—¡Vamos! Necesitamos salir de aquí y tú serás nuestro guía. Al menor error que sufras en nuestro perjuicio, te romperé otro hueso. No pienses en que te mataré: es un final demasiado rápido y bueno para vosotros.

Luisa Barrena se había repuesto y Cris antes de ponerse en marcha, repartió pastillas alimenticias, vitaminas y un extracto ácido para evitar la sed.

—Tómense esto rápidamente. Es casi seguro que tendremos que luchar de firme antes de llegar a reunirnos con el profesor Añúa y la sargento Garrido y rescatarlos.

Luego se dirigió el coronel al vencido carcelero.

—Vas a sacarnos de aquí y llevarnos hasta un lugar donde podamos apoderarnos de uno de esos vehículos voladores que nos permitan salir de este edificio.

—Será imposible. Tan pronto vean que voy junto a vosotros, entrarán en sospechas y os será imposible moverse. Además, no tenéis escafandra y tan pronto como salgáis de aquí...

—Tú tienes nuestras escafandras. He visto muy bien que las guardabas. En cuanto a lo otro, no me preocupa. Uno de nosotros irá delante y dos detrás. Tú irás entre los dos grupos y cuidado con que intentes escaparte. Y procura no poner más obstáculos a nuestra actuación. Tú sabes dónde están los dos terrestres que llegaron antes que nosotros ¿no os eso?

El «destructor» no se atrevía a hablar y sus ojos expresaron una especie de terror supersticioso que hizo sonreír a Cris:

—Sí, lo sabes, y ya lo dirás a su tiempo. Ahora es lo otro lo que urge.

El «destructor» daba la sensación de que no podía resistir el dolor y el coronel español, compadecido, le dio un calmante que el otro absorbió por su extraña trompetilla.

Seguidamente los terrestres recobraron sus escafandras y los cuatro seres abandonaron el calabozo, ascendiendo a otra planta de un edificio. El inmenso edificio que horas antes rebosaba gentes se hallaba en tal ocasión semidesierto y no les fue difícil a los terrestres y a sus acompañantes llegar hasta el punto de salida de los vehículos aéreos, en uno de los últimos pisos de la edificación.

La jerarquía que representaban los terrestres estaba fuera de toda duda para los servidores al cargo de los vehículos aéreos, quienes no tardaron en disponer de uno para ponerlo al servicio de los tres jefes.

Cris hizo que subieran delante la capitán Barrena y el teniente Bordón y a continuación indicó al «destructor» que debía hacerlo él.

—Vamos. Quiero que te encargues tú mismo de los mandos. Yo me encuentro cansado.

Hábilmente cubría así Cris las apariencias para que los «destructores» que le habían servido el aparato no llegaran a sospechar de ellos y una vez dentro del vehículo se dispuso a observar a su prisionero. Este, valiéndose de la mano que le quedaba útil, puso en marcha el vehículo, que se elevó verticalmente, dirigiéndolo luego hacia la abertura de salida que se había abierto en la cúpula del edificio.

Una vez fuera de él, dieron los terrestres un suspiro de alivio y Cris se dirigió a su prisionero.

—Dirígenos ahora hacia algún lugar donde podamos hablar y que quede lo más cerca posible de donde se hallan los terrestres. Si lo pensaras bien, debías ponerte incondicionalmente a nuestro servicio. Si vuelves al lado del Gran Drago, el no perdonará jamás tu debilidad y te hará ejecutar. Con nosotros, estarás bien tratado, conocerás cosas que jamás han pasado por tu imaginación y serás un ser libre, no un esclavo como ahora.

—Mi futuro no tiene importancia. Me he visto obligado a ceder de momento, pero no por eso me convertirá en un traidor a los míos. No quiero entender el lenguaje que me hablas y te advierto que he conocido más cosas de las que imaginas. Mundos que tú no conoces y formas de vivir mejores que la que tú me ofreces. Pero nada me hará ceder. Yo no soy un simple carcelero, soy algo más. Pertenezco a una de las clases escogidas de mi pueblo y tan pronto como cumpla el castigo que me fue impuesto, volveré al lugar que me corresponde.

—¿A pesar de la defección de hoy?

—Esto ha sido obligado por las circunstancias y nuestro Gran Drago lo comprenderá.

El «destructor de mundos» se encerró en tal momento en un severo mutismo, no respondiendo a las sucesivas preguntas del terrestre que intentaba explorar en su ánimo a tiempo que no le perdía de vista, estudiando la gama de reacciones que se producían en el extraño ser.

La aglomeración urbana había quedado atrás y de improviso la aeronave entró en violento picado, dando la sensación el «destructor de mundos», por su expresión y sus movimientos, que había perdido el dominio de la misma.

—¡Hay avería! ¡No puedo controlar la aeronave y nos estrellamos sin remisión!

Había angustia en la expresión del «destructor» mientras el aparato, que, había entrado en barrena, descendía vertiginoso.

Pero Cris no se dejó engañar y dio una rápida orden al teniente Bondón, el cual sujeto rápidamente al destructor, impidiéndole todo movimiento mientras Cris, inclinándose sobre él, se hacía cargo de los mandos, tratando de enderezar la aeronave. Sin embargo, los mandos

parecían hallarse agarrotados, negándose a obedecer y el español, resuelto a todo, arrancó al «destructor» de su asiento arrojándolo violentamente contra la parte contraria de la carlinga y pasando él a ocupar el asiento frente a los mandos.

La capitán Barrena y el teniente Bordón habían saltado sobre el «destructor» impidiéndole todo movimiento, situándole en lugar apropiado para aprovechar su peso en favor de la nivelación del aparato.

Sólo un milagro les podía salvar, pues ya estaban próximos a la superficie del planeta y el «destructor» les retó:

—¡Es inútil! No tiene solución. Yo me estrello pero me llevo conmigo a los seres que más he llegado a odiar en mi vida.

Pero casi coincidiendo con sus palabras, Cris, que había estudiado los mandos del aparato, había logrado enderezarlo con el espacio justo para librarse de la catástrofe, si bien recibieron aún un leve encontronazo que por poco les derriba.

Un triple suspiro de alivio escapó de los pechos de los tres terrestres y Cris, luego que hubo logrado enderezar el aparato, se dirigió a Luisa Barrena.

—Haga el favor de acercarse unos instantes, capitán. Se hará cargo de los mandos del aparato. Le bastará con sus conocimientos y una sencilla explicación que yo le dé.

Instruida Luisa Barrena, se hizo cargo del aparato. En la lejanía se perfiló una formación de aviones la cual se acercó rauda, pasando sobre el vehículo aéreo ocupado por los terrestres y Cris les siguió con la vista hasta que hubieron desaparecido en el horizonte.

—Manténgase al mínimo de velocidad, sin alejarse demasiado de estos lugares y vigile bien el espacio. No tardarán en descubrir nuestra fuga si no lo han hecho ya e inmediatamente sabrán en que vehículo viajamos. Caso de alarma, descienda lo más rápidamente posible buscando una zona más abrupta. Allí tendremos mejor defensa que en parte alguna e incluso les podremos dar una sorpresa. Las cosas se han sucedido con demasiada rapidez y no he tenido ocasión de referirles algo. Pero ahora, voy a lo que más interesa. Tenga presente lo que le he dicho.

Se dirigió entonces Cris al «destructor de mundos» que se hallaba bajo la vigilancia del teniente Bordón. El extraño personaje, al ver avanzar a Cris, experimentó un vivo sobresalto si bien trató de disimularlo forzando una expresión de indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Vamos, teniente. Arránquele la escafandra a nuestro prisionero. Me agradará verle la cara.

—Imposible, señor. Ya lo he intentado, pero la lleva soldada al resto de las vestiduras metálicas. Aunque pertenece a una casta

superior, le corresponde llevar la escafandra soldada mientras le dure el castigo.

—Está bien. De todas formas, no lo pasará muy bien si no responde prontamente.

Cris tomó el miembro roto del «destructor», sin hacer caso del gesto de dolor de éste e interrogó:

—¿Dónde se hallan los dos terrestres? No trates de mentir ni de ganar tiempo. No sería extraño que hubiesen descubierto nuestra fuga y voy a ser implacable contigo. Responde.

—Lo ignoro —respondió el «destructor».

Pero Cris no podía admitir dilaciones y sin responder retorció el miembro roto del prisionero, produciéndole un vivo dolor, obligándole a exhalar un agudo trompetilleo:

—¡Basta, por favor! ¡Hablaré!

—Decídete. El dolor te ha convertido en un ser educado, inclusive. Es la primera vez que oigo a uno de los vuestros la palabra «favor». Creí que la teníais borrada del diccionario como las palabras: «compasión», «piedad» y otras de esa índole.

—Los dos terrestres que vinieron antes que vosotros se refugiaron en el mundo subterráneo de los hombres vegetales. Pero dudo que podáis entrar en él y no creo que ellos vivan.

—¿Quiénes son los hombres vegetales?

—Los indígenas de este planeta. Unos seres bárbaros, primitivos. A muchos de ellos, los sometimos y trabajan en nuestras industrias, pero otros muchos se refugiaron en el mundo subterráneo y no se ha logrado dominarlos pese a los muchos esfuerzos que se han realizado para ello. Tantas expediciones como se han realizado en su contra, han sido diezmadas sin haber logrado resultado positivo alguno.

—¿Dónde está ese mundo subterráneo?

—Corre por debajo de la superficie del planeta a una profundidad que va desde los 8 ó 10 metros hasta los 200 aproximadamente.

—¿Por dónde podemos intentar entrar?

—Por cualquiera de las muchas grutas que existen y que comunican directamente con él. La mayoría de las entradas son bastante angostas y no permiten el paso más que de seres de nuestra corpulencia o un poco más y la mayoría de tales pasos están defendidos por alimañas, por monstruos y por los propios hombres vegetales que se mantienen en constante vigilancia, dominando las entradas desde lugares estratégicos que se hallan generalmente en sombra.

—Muy interesante.

—Mucho, Si lográis penetrar encontraréis que es mucho más interesante aún; pero tened cuidado porque los hombres vegetales no vacilan en comerse un ser como vosotros o como nosotros. Estos

vehículos como el que nos conduce, han sido ideados precisamente para tratar de invadir el mundo subterráneo y terminar con la terrible amenaza que suponen los hombres vegetales. Mientras ellos permanezcan allí libres, nosotros luchamos con la espalda descubierta, Ahora se están librando allí duras batallas. No sé si lograreis entrar, ya que las entradas están en su mayor parte ocupadas por nuestras fuerzas.

—Entraremos. Suelo conseguir siempre lo que me propongo. ¿Dónde se hallan las entradas del mundo subterráneo?

—En las estribaciones, de esas cordilleras. Existen infinidad de ellas aunque algunas no son practicables.

—Está bien. Guía hacia alguna de ellas.

—¡Coronel! ¡Grupo enemigo a la vista!

Tomó Cris sus gemelos de campaña y los dirigió hacia el punto del horizonte señalado por la capitán Barrena.

—¡Son bastantes! Es posible que no vengan contra nosotros, pero es posible que sí. Descienda y cíñase lo más posible a las estribaciones de esas cordilleras. Ellas serán nuestra mejor defensa.

El pequeño vehículo descendió volando a pocos metros de la barrera montañosa, rozando en muchas ocasiones las agudas crestas.

Desde el aire divisaron los terrestres algunas concentraciones de fuerzas que se movían entre las brillantes rocas y el prisionero confirmó las suposiciones que ellos habían hecho.

—Sí. Todos esos lugares son entradas al mundo subterráneo donde se lucha. El propio Gran Drago está dirigiendo las operaciones y no seria extraño que se hallase en una de esas entradas.

—Aparte de los hombres vegetales, ¿tenéis otros esclavos en este planeta?

—Tenemos, aunque no en cantidad excesiva. No pueden resistir el aire y el agua de este planeta y mueren lentamente envenenados, con el cuerpo lleno de pústulas. Como hubierais muerto vosotros de no lograr fugaros. Por eso, aquí sólo vienen los más rebeldes.

—¿No les proporcionáis caretas ni agua filtrada?

—¿Crees que vale la pena preocuparse por miserables esclavos de los que disponemos en grandes cantidades?

—Sois crueles, pero llegaréis a pagar tal crueldad. No tardaréis en ser vosotros esclavos de los que habéis esclavizado.

—No lo creas. Moriremos antes. En nuestra especie no existen las debilidades que existen en la vuestra.

—En eso, como en muchas cosas, estáis equivocados. Os habéis forjado esa creencia porque hasta ahora habéis arrollado todos los obstáculos que encontrabais a vuestro paso y no habéis tenido necesidad de poner a prueba vuestras cualidades de resistencia. Cuando seáis vosotros los arrollados, habrá de los vuestros que

preferirá morir, pero otros desearán salvarse porque la esperanza es lo último que suele abandonar al que tiene vida.

Los aviones descubiertos en el horizonte, se habían ido aproximando en tanto y en el vehículo de los terrestres nació una cierta inquietud al notar que, una vez rebasados, volvían hacia atrás y volaban en torno a ellos trazando círculos cada vez más cerrados, dando la sensación de que estaban tratando de identificarles.

Cris descubrió un gesto burlón en los ojos de su prisionero y se dirigió a él:

—Es inútil que se alegre. No podrán con nosotros. Tome, teniente Bordón. Tan pronto descubra alguna concavidad libre de enemigos, dirija hacia ella a la capitán Barrena.

Al hablar así, habla entregado Cris a Bordón un pequeño aparato de ultrasonidos por medio del cual, desde el aire, se podían localizar los lugares huecos y los diversos accidentes del terreno no apreciables a simple vista, tales como corrientes subterráneas, yacimientos, etc.

El joven teniente se apresuró a emitir las sensibles ondas ultrasonoras, observando atentamente el indicador del aparato y mientras la capitán Barrena procuraba ceñirse al máximo a las desigualdades que presentaba el terreno, el coronel Cris se despojó rápidamente de la escafandra y del traje metálico de los «destructores». Inmediatamente debajo de él apareció una funda flexible, perfectamente adaptada al cuerpo y se despojó también de ella, volviendo a vestir el traje metálico.

—Esta es la sorpresa que les reservaba —manifestó el coronel dirigiéndose a sus subordinados, extrayendo a continuación de la funda una serie de piezas, las cuales montó rápidamente. Se trataba de tres subfusiles desintegradores, fácilmente manejables y que ocupaban un reducido espacio.

—¡Formidable, coronel! A mí no me había pasado tal cosa por la imaginación —exclamó el teniente Bordón.

—Porque usted no podía imaginar como iba a llevar yo la operación; pero estoy seguro de que hubiera hecho lo mismo de tener usted la responsabilidad —respondió el coronel.

En tal momento llegó la conminación para que se entregaran, lanzada desde las aeronaves que se mantenían volando en torno a ellos y recogidas en la pantalla luminosa del vehículo aéreo.

—Nos conminan a la rendición, coronel —manifestó la capitán Barrena con acento sereno.

—Contésteles que bien, que estamos dispuestos a ello, que estamos buscando un lugar apropiado para tomar tierra.

Obedeció la capitán Barrena transcribiendo el mensaje y mientras tanto, el coronel apremio al teniente Bordón.

—¿Qué ocurre por ahí, teniente?

—Todavía nada, señor.

El coronel observó el terreno sobre el cual volaban y lo halló totalmente despejado de fuerzas «destructoras».

—Es posible que no haya entrada alguna por aquí. No se ve contingente enemigo alguno.

—Señor. Ordenan que nos separemos de esta zona. Me ordenan que tome rumbo oeste —interrumpió la capitán Barrena.

—Responda que tenemos avería, que los mandos no obedecen. Hay que ganar tiempo a toda costa. Y si se acercan demasiado, peor para ellos.

El coronel empuñó con mano firme uno de los subfusiles atómicos, entregando otro a Luisa Barrena y el tercero al teniente Bordón.

Se vivían en la aeronave momentos de ansiedad y el coronel tornó a interrogar:

—¿Qué hay, teniente?

—Nada aún, señor. Todo macizo. Ahora registra una corriente de agua a unos quince metros de profundidad.

—¡Estrechan el cerco los aviones, señor! ¡Dos salen del círculo y se acercan a nosotros! —exclamó Luisa Barrena.

El propio Cris descifró en la pantalla luminosa una nueva intimación a tiempo que dos de los aparatos se acercaban.

—¡Cíñase lo más posible al terreno, capitán! —pidió el coronel.

—Imposible, señor, No nos hemos estrellado ya dos o tres veces por verdadero milagro.

Los dos aviones de los «destructores» se hallaban a menos de cincuenta metros del vehículo ocupado por los terrestres y Cris por medio de sus gemelos vio perfectamente los gesticulantes ademanes de los pilotos enemigos, los cuales, para atemorizarles, les dirigieron un disparo eléctrico que estalló a pocos metros del pequeño aparato, arrancando un trozo de brillante roca. Parecían divertidos los «destructores» después del amenazador gesto, pero la respuesta de Cris fue casi fulminante, haciendo alzar la carlinga para disparar dos veces consecutivas sendos haces de rayos desintegradores.

Los dos aparatos se desvanecieron en el aire por obra de magia y el coronel, temiendo lo que podía suceder, ordenó:

—¡A tierra, pronto!

Obedeció la capitán Barrena, dejando caer el aparato en una depresión y varios disparos de rayos eléctricos levantaron una verdadera tempestad de rocas y tierras en torno al lugar recién abandonado.

El prisionero observaba la lucha con la mayor ansiedad reflejada en sus grandes ojos. En aquellos momentos, vencido como se hallaba por el dolor, deseaba la derrota de sus enemigos mortales los

terrestres, pero temía, al propio tiempo, ya que ella podía significar su muerte.

Una expresión de alegría se reflejó en los ojos del teniente Bordón:

—¡Al fin, coronel!

—¡A tierra, capitán! —tronó de nuevo la voz de Cris.

Una nueva serie de disparos eléctricos habían estallado peligrosamente cerca del aparato, el cual debió su salvación a la protección que le ofrecía la depresión en que había penetrado.

El teniente Bordón se acercó a Luisa Barrena, pidiéndole plaza.

—Permítame, capitán, Voy a tratar de llegar hasta la misma boca de la cueva detectada.

Cedió Barrena su puesto ante los mandos del aparato y se colocó, subfusil en mano, junto al coronel.

—Parece que temen acercarse.

—Si, pero no debemos confiarnos.

Uno de los aparatos se había situado sobre el vehículo ocupado por los terrestres y se lanzaba en picado.

—¡Dese prisa, teniente, o nos destrozan!

Tanto Barrena como el coronel se dispusieron a hacer frente al nuevo ataque y dispararon sendos haces de rayos desintegradores a tiempo que les cegaba una poderosa explosión. El aparato de los destructores quedó desintegrado en el aire, pero el ocupado por los terrestres sufrió una fuerte sacudida, siendo violentamente lanzado, pareciendo inminente que se iba a estrellar.

Las manos firmes de Bordón lograron salvar el mal momento y en rápido viraje se lanzó casi a ciegas hacia la boca de la gruta señalada por el detector. Apenas si habían entrado en ella cuando una nueva serie de disparos eléctricos estallaron en la misma boca, destrozando parte de ella, cargando el aire de fuertes emanaciones.

—¡Vamos adelante! —ordenó Cris.

Bordón, en tanto, había cambiado los dispositivos de avance y el aparato se mantenía casi suspendido en el aire, progresando lentamente en la oscuridad de la cueva, sirviéndole como guía el sensible aparato de ondas ultrasónicas.

—Creo que ha pasado el peligro mayor, señor. Ahora debemos mirar hacia adelante. Parece que la cueva esta se cierra. Temo que no ofrezca lugar suficiente para que pase el aparato...

El prisionero sonrió burlonamente.

—No podrá pasar el aparato ni siquiera ninguno de nosotros. Han caído ustedes en una ratonera y no tardarán en estar cercados. Han logrado entrar, pero veremos si logran salir. ¿Por que creen que no hay aquí fuerzas nuestras? No pensarán que desconocíamos esta cueva.

Pero el coronel Cris no prestó la menor atención a las palabras del prisionero y se dirigió a su subordinado.

—Continúe progresando hasta que llegue el momento en que materialmente no podamos seguir adelante. Despacio. Ya que hemos salvado el aparato, hemos de evitar que se destroce en un choque tonto. No sé en qué condiciones estarán nuestros amigos ahí dentro, ni siquiera si viven; pero debemos conservar los medios de llegar rápidamente a ellos y luego, de poder sacarlos y salir nosotros, aunque contraríe a nuestro prisionero.

CAPÍTULO IV

EN EL MUNDO SUBTERRÁNEO

Gra, jefe de los hombres vegetales del mundo subterráneo de Acrón, se dirigió al profesor Añúa. En el simiesco rostro de aquel primitivo ser se adivinaba una profunda expresión de desaliento.

—Yo te comprendo perfectamente, extranjero; pero mis hombres comienzan a cansarse de esta lucha. Están soliviantados porque el Gran Drago ha enviado a algunos de los nuestros que él mantiene esclavizados para decirles a los míos que si nos ataca es porque estás tú aquí. Que si te entregamos cesará la lucha y nos dejará en paz.

—Eso es una impostura de él. Siempre os atacó y si últimamente no lo hacía era porque preparaba esos nuevos vehículos de tipo acorazado con los que ataca.

—Yo lo comprendo así, pero la mayoría de mi gente se deja arrastrar del último que les habla o del que regala sus apetitos o les señala la postura más cómoda. Mis hombres se sienten molestos, además, porque no les dejas comer la carne de sus enemigos.

—Esa es una fea costumbre que debe quedar desterrada.

—Ya lo sé. Pero corres peligro de que algún día no lejano se coman la carne tuya y la de esa muchacha que te acompaña. Yo siento de verdad que te vayas, pero mi deber de amigo es recomendarte que lo hagas cuanto antes.

—¿Quieres que os deje solos ante un enemigo que tan pronto yo desaparezca caerá sobre vosotros sin que nada pueda impedírselo y que os esclavizará? ¿Eres tú el que me lo pide?

—Mi deseo es que no te vayas, porque sé lo que ocurrirá; pero mi gente...

—Reúne a los jefes del poblado cuanto antes. Yo les hablaré y si no me escuchan, entonces me marcharé.

Carmela Garrido, notablemente enflaquecida por la lucha casi continua que debían mantener contra los «destructores» y por las privaciones que a causa de tal lucha debía soportar, penetró en aquel momento donde el profesor había quedado solo.

—¿Qué sucede, querido?

—Comienzan a estar cansados de la lucha y de la disciplina que les imponemos. Acompáñame. Gra los ha debido reunir y voy a hablarles.

El profesor Añúa, acompañado por Carmela, pasó a una vasta sala, centro del grupo de viviendas en que habían montado su Cuartel General y en la que, a petición de Gra, se iban reuniendo los jefes de

poblado de los hombres vegetales. A medida que iban llegando, el profesor Añúa iba estudiando sus expresiones una por una, tratando de adivinar a quién podía tener a su lado y a quién en contra. Algunos de ellos no se atrevieron a mirarle de frente y fueron a sentarse juntos en un rincón apartado mientras otros buscaban los lugares preferentes.

Finalmente llegó Gra con los últimos y fue a reunirse directamente con el profesor, que se había situado en una pequeña plataforma frente a los reunidos.

La prueba de confianza y el apoyo que para Añúa significaba el que Gra se situase a su lado, conmovió al terrestre, que le dirigió una sonrisa de agradecimiento. Seguidamente, Añúa, situando a uno de sus lados a Carmela y al otro a Gra, se dirigió a los reunidos:

—Sé que muchos de los vuestros comienzan a estar cansados de esta lucha y que nuestro enemigo común, el Gran Drago de los «destructores de mundos», aprovecha este cansancio para quebrar vuestra voluntad y la de vuestros hombres con palabras falaces. Ellos no comprenden que tan pronto yo desaparezca de vuestro lado, las fuerzas de nuestros enemigos, que ahora van siendo contenidas, se desbordarán y después de destrozaros convertirán en sus esclavos a aquellos de vosotros que queden con vida, como han hecho ya con muchos de vuestros congéneres en estos últimos años. El Gran Drago trata de apartaros de mí para que le resultéis una presa fácil y busca aún más; que me entreguéis en sus manos para librarse de un enemigo al que teme y luego reírse de vosotros y destrozaros. El Gran Drago y su raza de monstruos os arrojaron de la faz del planeta hace muchos años, obligándoos a encerraros aquí, esclavizando a aquellos de vosotros que logró capturar y luego ha luchado continuamente por destrozaros, cosa que no ha logrado por vuestra entereza. Pero ahora ha perfeccionado sus medios de lucha y se dispone a liquidaros como enemigo; sin embargo, ha tropezado conmigo, que estoy a vuestro lado y esto le lleva a envenenar nuestras relaciones por medio de esos traidores que ha enviado a vuestras filas. ¿Cómo podéis escuchar a unos seres que no sólo se han sometido, sino que trabajan para el enemigo hasta cuando podrían volverse contra él? ¿No comprendéis que vosotros que les escucháis seríais sus primeras víctimas? Ellos también explotan que yo trate de elevar vuestra condición de hombres con ciertas prohibiciones, pero decidme; ¿Acaso ellos comen la carne de sus semejantes? ¿Toleran que vosotros la comáis? ¡No! Sin embargo, ahora aprovechan esta debilidad vuestra para que me aborrezcáis, pero voy a deciros una cosa: Yo no les temo a ellos ni os temo a vosotros. Yo he sido enviado de un lugar muy lejano y muy elevado para salvaros y cumpliré con mi deber a vuestro pesar. Yo tengo la misión de destrozar a vuestros enemigos y a aquellos de vosotros que les apoyen, y lo haré. Mi poder está por encima de todos

y no cederé, aunque lo más cómodo para mi sería marcharme y desde el aire reírme de vuestra tontería cuando esos monstruos en acecho se cebaran en vosotros, degollándoos y esclavizándoos. Y ahora, el que no esté conforme, que lo diga de cara, que no haga como las brujas que murmuran por la espalda.

Uno de los hombres vegetales se alzó.

—Desde que no comemos la carne de nuestros enemigos estamos más débiles y por eso nos van haciendo retroceder.

—¡Eso es falso! —respondió Añúa—. Nos hacen retroceder porque emplean mejor armamento que antes, más adecuado para luchar aquí, y si estáis más débiles es porque se lucha mucho y no se puede comer lo que se debiera. Por eso mismo hemos de poner todo nuestro empeño para aplastarlos cuanto antes.

Otro de los reunidos se levantó:

—¡Es imposible luchar en estas condiciones! ¡Van destrozando nuestro mundo, nuestros poblados, nuestras cosechas! Nuestras mujeres e hijos son aplastados sin compasión.

—¡Muy bien! —tornó a responder Añúa—. ¿Y creéis que si cesáis de luchar lo vais a pasar mejor? Lo único que os sucederá es que caeréis bastante más rápidamente y que, con vuestra caída habréis perdido todas las posibilidades que hoy tenéis de recobrar vuestro planeta. Debéis saber, además, que no estáis solos en esta lucha contra esas legiones de monstruos. Seres de otro mundo les atacan y les han vencido varias veces en el espacio y ahora se acercan dispuestos a darles la batalla aquí. Si vosotros sois capaces de resistir, facilitaréis tal victoria y pronto podréis volver a la superficie de vuestro planeta, a ser dueños de lo que os corresponde por derecho propio. Cerrad los oídos a los que os hablen de otra forma porque esos buscan vuestra perdición, se hallan de acuerdo con el enemigo. A esos debéis taparles la boca y traerlos la mí, que yo se como se les debe tratar. Los que os hablen de cruzaros del brazos, podéis estar seguros que se hallan de acuerdo con nuestros enemigos. Yo os aseguro que la suerte de esta lucha cambiará muy pronto a nuestro favor, pero si así no fuera, más vale mil veces morir aplastados, luchando por lo que es vuestro, que entregaros en rebaño a los que no os han tenido ni os tendrán jamás compasión.

La arenga de Añúa, dicha en convincente tono, logró prender en la mayoría de los presentes en cuyos ojos brillo el entusiasmo y la fe. Fueron los menos los que se mostraron reservados y Gra, que no perdía de vista a sus hombres ni las reacciones que se producían en cada cual, señalo hacia el grupo que primeramente había llamado la atención del profesor.

—Ahora lo comprendo todo, extranjero. Fíjate en aquéllos. Es la camarilla de Bradia y él mismo está entre ellos. No se han atrevido a

hablar ninguno, pero son los que socavan. Bradia desea ocupar mi puesto y aprovecha estos momentos de dificultad y trata de explotar mi lealtad para contigo.

—No te preocupes demasiado, Gra. Eso ha ocurrido siempre y en todas las sociedades. Pero nosotros venceremos y ellos, automáticamente, quedarán hundidos. No obstante, convendrá no perderlos de vista.

Al quedarse solos Carmela y el profesor Añúa, la primera exclamó con entusiasmo:

—¡Has estado magnífico! ¡Salvo a este grupito que ha señalado Gra, has logrado dominarlos y convencerlos! ¡Muchos de ellos salían verdaderamente entusiasmados!

—Lo malo es que tal entusiasmo se fundirá tan pronto suframos algún revés en la lucha o solamente con que unos cuantos disparos acertados de nuestros enemigos logren unos desprendimientos y sepulten a un montón de estos seres. Y esto sin contar con la labor de zapa de los traidores. Pero no es esto lo que más me preocupa, sino la suerte de nuestros compañeros. ¿Qué puede estar haciendo el coronel Cris? Hace ya muchos días que el grupo del teniente Bordón, del que formabas parte, se llevó los informes que necesitaban para atacar Acrón. He intentado comunicar con ellos varias veces y no lo he logrado.

—No te extrañe. Los «destructores» nos vigilan de cerca y ellos poseen medios para absorber las ondas, interceptando nuestras comunicaciones. Yo confío en ellos y no creo que tarden mucho en estar aquí. Pero ten en cuenta que antes de atacar tratarán de localizarnos para que nosotros no suframos las consecuencias de su ataque.

—Es posible que crean que hemos muerto.

—Cris es de los que no abandonan a los suyos hasta que se cerciora de que han sido destruidos y en tal caso, los venga. Tardará más o menos, según se le hayan planteado las cosas últimamente, pero vendrá.

El profundo retumbar de una serie de disparos eléctricos, bien conocidos de ellos, interrumpió la conversación de los dos terrestres, obligándoles a salir. Gra corría en dirección a ellos y señaló hacia un punto no lejano en que se observaban unos recientes desprendimientos y de cuya zona huía un nutrido grupo de hombres vegetales.

—¡Mirad, extranjeros! Van a destrozar nuestro mundo con sus malditos rayos eléctricos. Un buen número de los nuestros han sido alcanzados por los desplomes y han debido morir.

—Añúa tendió una rápida mirada en torno a sí y vio gente gesticulante. Unos parecían acusarle mientras otros se aclamaban en

su dirección, dirigiéndose a él con expresivos e implorantes ademanes.

—¿Ves lo que te decía? —interrogó Anúa dirigiéndose a Carmela. Ya se han enfriado en gran parte los ánimos de lucha y han bastado dos certeros disparos solamente. Hemos de hacer algo, aunque nos hundamos nosotros. ¡Vamos, Gra! —continuó el profesor dirigiéndose al jefe de los hombres vegetales—. Advierte a tu gente para que se retire lo más lejos posible. A ser posible, que se refugien en las cuevas subacuáticas porque hasta allí no llegará el poder de destrucción que voy a desencadenar.

Gra personalmente se lanzó al tambor de señales, repiqueteando febrilmente en él, dando las órdenes según las indicaciones que Añúa le hiciera. Inmediatamente se observó cómo los hombres vegetales salían de sus escondrijos y saltaban a un profundo lago, desapareciendo en él.

Cuando hubo terminado, Gra se dirigió al profesor:

—Ya está. Tendrán que luchar con algunos monstruos, pero siempre es preferible. Como son muchos, vencerán. ¿Qué mandas ahora?

—Vendrás con nosotros. Quiero que veas por tus propios ojos como barrernos un buen montón de enemigos. Así luego podrás referirlo a tus hombres. No te debo ocultar que existe bastante riesgo y que podemos ser vencidos, no por ellos, sino por nuestras propias fuerzas, una vez las hayamos desatado.

—No me importa morir. Seré feliz si veo que les aplastamos, aunque nosotros quedemos aplastados también.

Los dos terrestres y el jefe de los hombres vegetales corrieron entonces en dirección a donde se hallaba su platillo volante, provisto de emisor de ondas ultrasonoras, construido por el profesor Anúa valiéndose de la industria de los «destructores». Estaba bien guardado el aparato para que no fuese alcanzado por los disparos eléctricos de los «destructores» y para evitar que el desplome de algún punto atacado pudiera inutilizarlo, y rápidamente lo pilotaron. Antes de encajar sobre sus cabezas el techo de la carlinga, se aseguró Añúa de que no quedaba ninguno de los hombres vegetales a la vista, de que todo el elemento combatiente de primera línea se había refugiado donde él había indicado y se sintió satisfecho.

Los «destructores», pese al despeje que se había operado en el campo que deseaban conquistar, permanecieron invisibles sin embargo, escuchándose el retumbar de nuevos disparos que produjeron abundantes desprendimientos de los techos del extraño mundo subterráneo.

Añúa y Carmela se miraron y el primero, sin temor a lo que pudiera pensar su primitivo aliado, se manifestó de viva voz:

—Han cambiado de táctica. Tratan de producir hundimientos en

grandes masas para aplastarnos aquí dentro y aislarnos. Ha llegado el momento de jugarnos el todo por el todo. Tú te encargarás del emisor de ultrasonidos que deberá entrar en funciones inmediatamente, pero procurarás graduarlos de tal forma que los vayamos inutilizando a ellos, pero no deberán alcanzar intensidad suficiente para que se produzcan grandes desplomes de estos techos. Tu habilidad será el lograr mantener el límite justo de intensidad para conseguir un efecto y evitar el subsiguiente.

—Te comprendo. Procuraré conseguirlo, aunque no resultará fácil.

Los motores y turbomotores fueron puestos en funcionamiento por el profesor y Gra no pudo evitar un visible estremecimiento al notar que la aeronave iniciaba un ligero movimiento de balanceo, despegando y elevándose lentamente a moderada velocidad.

Al mismo tiempo inició Carmela la emisión de los ultrasonidos, sin apartar la vista del sensible aparato tipo sismógrafo que medía su intensidad. Al contacto con los ultrasonidos, la superficie del lago comenzó a hervir, produciendo nubes de vapor y los «destructores», a la vista del fenómeno, comprendiendo la clase de arma que sus enemigos ponían en juego, arreciaron en sus disparos, tratando de precipitar los desplomes para evitar que el platillo volante pudiera avanzar en dirección a ellos.

Sin embargo, la aeronave de los terrestres fue avanzando al encuentro de sus enemigos, aunque buscando siempre la protección de los robustos pilares de aquel mundo hueco, tratando de eludir los desprendimientos, cada vez más abundantes, que se producían.

En los primeros momentos fue un duelo terrible entre las dos fuerzas y el profesor Añúa, ante los mandos de su aeronave, hubo de desplegar toda su sagacidad para lograr evitar los disparos que se les hacían, tratando al mismo tiempo de irse acercando al enemigo, para que este entrase dentro de la esfera de acción de las destructoras ondas.

En algunos momentos los terribles disparos eléctricos de armas de gran calibre llegaron a hacer peligrar el platillo volante, estallando cerca de él, haciendo que se tambalease al poder de la onda expansiva, mientras los desprendimientos logrados, lanzados con terrible violencia, se estrellaban contra el fuselaje del aparato haciendo que su integridad peligrase.

Gra veía todo lo que se producía en torno a el, sin terminar de comprenderlo, procurando dominar el naciente miedo ante unas fuerzas para él misteriosas, admirando al propio tiempo la serenidad de sus dos aliados y el valor que demostraban al salir al encuentro de un enemigo que tan enorme destrucción estaba produciendo sin responderle a su vez, según él imaginaba. Y no se pudo contener:

—¿Qué haces que no disparas tú también, extranjero?

—Yo estoy disparando hace un rato, aunque mis disparos no se vean. Pero te aseguro que hacen más daño que los de ellos y no tardarás en comprobarlo tú mismo.

Los receptores acústicos del platillo volante recogieron, entre el tronar de los disparos y el ruido de los desprendimientos, el clamor que se había producido en el invisible ejército de los «destructores», cuyos componentes, al tratar de huir a los efectos de los ultrasonidos, comenzaron a dejarse ver. Algunos de ellos, alcanzados por los terribles efectos se desplomaron rodando de los puestos que ocupaban, rebotando sus armas en el duro piso. Al darse cuenta de tales efectos, los ojillos de Gra se alegraron señalando hacia los que caían en su huida.

—¡Tu poder es más grande que el de ellos! ¡Ya no hacen tantos disparos y huyen!

Sin embargo, la realidad les demostró que no podían confiarse demasiado, ya que algunas armas eléctricas emplazadas en lugares lejanos, fuera del alcance de la emisión de las ondas ultrasónicas, les pusieron en verdadero peligro durante unos instantes al lanzar sobre ellos una serie de disparos en vertiginosa sucesión. Al no poder lograr sus tiros directos, los «destructores» tornaron a su primitiva táctica de producir grandes desprendimientos, centrando el fuego de todas sus armas sobre un único lugar y el fuselaje del platillo volante recibió una serie de pesadas andanadas que lo hicieron ladearse, temiendo Añúa verse derribado y logrando salir del trance gracias a un prodigio de habilidad y energía.

Con ello lograron ganar una considerable cantidad de terreno, quedando el platillo a cubierto de nuevos desprendimientos.

—¡Aumenta la intensidad, Carmela! Es necesario alcanzar aquellas piezas que nos están fastidiando, La posición es ahora más favorable.

El regulador fue manipulado por Carmela y pronto se hicieron sentir los efectos de la nueva intensidad, haciendo enmudecer las armas que tan en jaque les habían traído. Pero al mismo tiempo comenzaron a producirse los desprendimientos sobre ellos, en tal ocasión producto de las propias ondas utrasonoras.

—¡Cuidado, Carmela! ¡Rebaja la intensidad!

Al propio tiempo, aprovechaba Añúa para salvar en rápido vuelo otra zona batida, en la que apenas si encontraron oposición, y desde el nuevo refugio pudieron apreciar los efectos del duro castigo que infligían al enemigo. Toda una serie de máquinas yacían paralizadas, algunas de ellas, las más sensibles, estropeadas y sus servidores, que habían tratado de huir del peligro abandonándolas, se hallaban tendidos entre unas y otras, reventados la mayoría de ellos, escapando

la viscosa sangre por entre los resquicios que ofrecían los trajes metálicos.

—¡Muertos! ¡Muchos muertos! —exclamó Gra, señalando con verdadero entusiasmo, añadiendo luego en tono casi doliente: —Pero nosotros no los comeremos.

Pese A estar el profesor Añúa pendiente de las incidencias de la lucha, captó la expresión de Gra y rió interiormente, pero respondió con gravedad y mesura:

—Nunca he dudado de tus buenos sentimientos hasta con el enemigo. Serás siempre un paternal jefe para tu pueblo porque el que es capaz de ser bueno con los extraños, necesariamente ha de ser mucho mejor aún con los suyos.

Los movimientos enemigos hubieron de absorber de nuevo la atención de Añúa, a quien Gra, halagado por el elogio, contempló como a un semidios.

Los «destructores», ante la destrucción de sus armas eléctricas más potentes, intentaron variar la táctica tratando de sorprender al enemigo desbordándolo por varios lugares a la vez y lanzaron contra el platillo volante sus máquinas volantes, que por su carencia de envergadura, podían penetrar en el mundo subterráneo.

De improviso se vio rodeado Añúa por los sorprendentes vehículos aéreos, que penetraron por varios de los accesos, disparando sus armas de rayos eléctricos. En medio de una verdadera tormenta logró Añúa esquivar los diversos enemigos, filtrándose audazmente entre ellos a tiempo que ordenaba a Carmela:

—¡Aumenta intensidad o nos destrozan!

Los aparatos más próximos se desintegraron en el aire, algunos de ellos de forma verdaderamente aparatosa, lanzando sus restos al espacio mezclados con los despojos de sus ocupantes; otros, afectados seriamente, sin llegar a la desintegración, se estrellaron violentamente contra el piso destrozándose contra él.

El profesor Añúa pensó que podía conformarse con la victoria lograda y retirarse a su base, pero la reflexión de que el enemigo se reharía rápidamente y el deseo de llegar a entablar comunicación pronto con los suyos le empujó a continuar luchando.

Frente a él se abría la principal entrada al mundo subterráneo, la más empleada por el enemigo, y se lanzó por ella. Conocía el grave riesgo que encerraba la aventura, pero juzgó necesario correrlo.

Varios cegadores relámpagos le saludaron y la aeronave se tambaleó, pero logró enderezarla, haciéndola avanzar al máximo de rapidez, sin dar tiempo a actuar a sus enemigos emboscados, que fueron quedando inutilizados por la continua emisión de ondas ultrasónicas éstas, a su vez, cerradas en el reducido túnel, provocaron un violento desprendimiento que aún alcanzó en parte a los audaces,

desprendimiento que cegó espaldas de ellos la entrada. Gra, al sentir sobre la aeronave el estruendo de las materias desprendidas creyó llegado el fin del mundo, pero supo contener su miedo contemplando con estupor el terrible espectáculo, viendo como muchos de los «destructores» que habían quedado inmovilizados por la emisión de ondas eran sepultados.

Añúa había logrado cegar la entrada más peligrosa para los habitantes del mundo subterráneo, pero no podía retroceder entonces, por tanto, en su aventura.

—¡Disminuye intensidad o los desprendimientos nos entierran a nosotros también!

Carmela, que había llegado a sentir la angustia del momento estaba deseando recibir la orden y la cumplió rápidamente, notando al propio tiempo una intensa sensación de alivio. Sus músculos se relajaron y pensó que iba a desmayarse, aunque logró rehacerse rápidamente. Cerrada la comunicación acústica con el exterior, en el interior del platillo dominó un silencio casi absoluto, pero no duró mucho tiempo. La voz de Añúa, atento siempre, volvió a gritar:

—¡Emisión ultrasónica!

Se hallaban próximos a la salida y los «destructores», un tanto sorprendidos, enfocaron sus armas; pero el terrestre, a tiempo que daba la orden se lanzaba, al máximo de velocidad contra ellos. A la nueva emisión, el techo y paredes de la gruta sufrieron un brutal choque y se agrietaron rápidamente comenzando a desmoronarse, pero ya el platillo volante enfilaba la salida evitando el grave peligro.

Las reservas del ejército de los «destructores» hubieron de sufrir la acción de las ondas y sin tiempo a nada, sin poder avisar a su ejército aéreo, sucumbieron.

Gra desde la transparente carlinga se sintió feliz al ver los desesperados grupos de «destructores» tratando de buscar la salvación en la huida y como repentinamente eran paralizados por la acción de las ondas que, rápidamente, los desintegraban. Unos «destructores», en su afán de escapar al terrible castigo se lanzaban contra los que ignorantes aún del peligro, trataban de contenerles y el ejercito momentos antes aguerrido se convirtió, antes de desaparecer, en un montón caótico de seres desesperados, sin disciplina y sin valor.

No había peligro, en el espacio abierto, a mantener la emisión de las ondas ultrasónicas y Añúa se dirigió a Carmela:

—¡Deja eso como está y emite nuestra señal! Trata de ponerte en comunicación con los nuestros. No pueden estar muy lejos y es necesario que nos escuchen. Tienen que venir en nuestro auxilio rápidamente.

Con impaciencia febril obedeció Carmela, emitiendo una y otra vez la señal que les debía identificar ante sus compañeros del espacio.

Pero a medida que pasaban los segundos primero y los minutos después, fue sintiéndose ganada por la desesperanza y el desánimo.

—No contestan —dijo al fin con expresión de desaliento.

—¿Cómo es posible? ¿Estará estropeado el emisor?

—No. Todo funciona perfectamente. Los comprobadores electrónicos nos lo dan así al menos.

—Está bien. Volveremos a nuestro mundo subterráneo. No estoy dispuesto a abandonar a estas gentes aunque hayamos de caer con ellos.

Por las mejillas de Carmela resbaló una lágrima silenciosa que el profesor fingió no ver. En su interior llegó a pensar que sus compañeros les habían abandonado, pero sin expresar tal pensamiento maniobró dirigiendo la proa del platillo volante, que se había desplazado bastante, hacia la entrada del mundo subterráneo que consideró más interesante por la cantidad de ejército destructor que había ante ella.

Su reciente desengaño se desahogaría contra aquellos monstruosos seres causantes de todas sus desdichas.

CAPÍTULO V

EL ENCUENTRO

Con gran exposición, tras el aniquilamiento del segundo grupo de ejército de los «destructores» quedo obstruida la segunda entrada al mundo subterráneo. El frente que ofrecía mayor peligro a sus defensores quedo conjurado así y ante el duro quebranto sufrido, los ataques de los «destructores» cesaron casi por completo.

La audaz maniobra había abierto a los terrestres un amplio margen de posibilidades y los que habían iniciado la sucia intriga entre los hombres vegetales hubieron de ceder en sus propagandas y sus presiones ante el temor de que, rehechos por el éxito de los terrestres la parte más combativa de los hombres vegetales, les pudieran perseguir. Era un triunfo de Gra y sus seguidores más adictos, quienes lograron que los cuerpos de sus enemigos muertos fuesen enterrados tal como decían los extranjeros y no devorados como había sido costumbre.

Sentíanse conmovidos los dos terrestres por aquellas muestras de bondad e integridad que los primitivos seres iban dando y sintieron más que nunca la responsabilidad que habían echado voluntariamente sobre sus hombros, el compromiso que habían adquirido ante sí, de elevar a aquellas sencillas gentes a una dignidad superior. Los hombres vegetales debían llegar a ser un auténtico pueblo, no se les podía abandonar en un momento de prueba, en lucha contra tan terribles enemigos y en los umbrales de la civilización.

—¿Y qué podemos hacer ahora, rodeados de un enemigo tan espantosamente superior, numéricamente al menos? —interrogó el profesor Añúa, más dirigiéndose a sí mismo que a Carmela que se hallaba sentada frente a él, descansando de la dura expedición.

—No lo sé, querido, y será preferible que descanses la imaginación un buen rato. Vas a caer destrozado, con los nervios deshechos.

—Eso puede ocurrir si no doy con la solución del problema. No podemos pasamos los días matando enemigos que además son casi tan numerosos como las arenas del desierto. No acabaríamos nunca aunque aniquilásemos por término medio diario un centenar de miles. Hemos de hallar otra solución que de momento no veo. Debemos pensar que si matamos un millón de estos seres, ellos traerán dos millones más de cualquier planeta de los que dominan y esto será no terminar jamás.

—¿Y si lográsemos destrozar su industria?

—Eso no haría más que abrirnos el camino, pero ¿cómo llegar a ella? Su industria es muy amplia, se halla extendida por una cuarta parte del planeta y nosotros no somos más que dos y con no muy abundantes medios.

—¿Y por qué no confiar un poco en nuestros aliados?

—¿Como puedes pensar tal cosa? Viven demasiado atrasados para lanzarlos al sabotaje, si es tal lo que piensas.

—Sí, pienso en ello. Su instinto de defensa puede obrar milagros y si les damos tal posibilidad, se irán creciendo ante sí mismos, llegarán a tener verdadera fe en sus destinos y constituirán un pueblo fuerte y unido. Es la lucha la que mejor puede despertarlos y si les enseñamos a resolverse sus problemas, las etapas de su civilización serán bastante más cortas.

—Tienes razón. Has apuntado con la solución pero no debemos lanzarnos sólo al sabotaje y a la destrucción. Debemos despertar en ellos el sentido político. Deben mezclarse entre sus congéneres esclavizados, despertar en ellos el sentimiento de la especie y de la rebeldía contra sus opresores. Y lo que será más difícil: deberán aprovechar la falta de moral que necesariamente debe existir entre los «destructores» para hacerles ver lo equivocado de su actitud, para que se rebelen contra la crueldad de sus dirigentes sí no quieren sufrir las consecuencias de la derrota que se les viene encima.

—Es un poco complicado todo eso, pero debemos intentarlo. Los hombres vegetales que ha enviado a nuestras filas el Gran Drago a realizar tal labor, han sabido hacerla. Ahora debemos instruir a éstos y lanzarlos; que invadan los dominios de los «destructores», que se filtren entre los que tienen esclavizados tal que si se tratase de una plaga. Con los rudos golpes que están recibiendo y los que les iremos asestando personalmente día tras día, su vigilancia interna se ha de relajar necesariamente y favoreceremos la labor de nuestros aliados. Te confieso, Carlos, que siento verdadera ansia de terminar todo esto, de que cese la amenaza que pesa sobre los humanos, en particular sobre nuestra Tierra y de que podamos regresar y vivir. Al principio esta aventura me resultó tentadora pero ahora, comienza a cansarme. El hogar me llama…

—¡Oh, querida! Yo doy gracias a esta aventura que nos ha permitido…

Pero no pudo continuar porque los tambores de sus primitivos aliados comenzaron a repiquetear furiosa e insistentemente, sembrando la alarma, llamando a los hombres a ocupar sus puestos de lucha.

—¿Cómo es posible que se hayan rehecho tan prontamente? ¿Como no han escarmentado después del duro castigo que han recibido?

—El Gran Drago habrá reaccionado con la violencia acostumbrada en él. Debe haberse convencido de que si no termina rápidamente con nosotros está perdido y habrá lanzado sus fuerzas a la desesperada.

Mientras cambiaban sus impresiones, los dos terrestres se habían levantado y se dirigieron corriendo hacía el lugar en que, debidamente custodiada, se hallaba su aeronave. No se había producido aún disparo alguno, pero sin embargo, pusieron los elementos motrices del platillo volante en marcha.

Añúa presto atención al lenguaje de los tambores y se sintió asaltado por el más vivo estupor. Un gesto de contrariedad se dibujo en su rostro.

—¿Qué sucede ahora? —interrogó Carmela alarmada.

—El ataque o lo que sea, se produce por la parte que consideramos segura, por una zona carente de entradas o que las existentes apenas si dejaban paso al cuerpo de un animal pequeño.

—¿Cómo puede ser eso?

—Es lo que ignoro. Vamos allá. Si ves a Gra, avísame. Me agradará llevarlo con nosotros. Puede sernos de gran utilidad.

El platillo volante se elevó, despegando suavemente. Carmela Garrido, una vez el profesor Añúa se hubo posesionado de los mandos, manipuló los receptores acústicos para, una vez cerrada la carlinga, no perder los ruidos que se produjesen en el exterior. El receptor-emisor de radio estaba a punto de funcionar como siempre, en espera del mensaje que jamás llegaba y Carmela le concedió una mirada en la que se podía adivinar cierto desaliento. Y en aquel momento se produjo el milagro:

—¡Carlos! ¡Escucha esto! ¡Es la señal de nuestra Patrulla Volante! ¡Son los nuestros que tratan de entrar en contacto con nosotros! ¡Parece imposible!

Carmela saltaba en el interior de la cabina, mostrando una exaltada alegría que llegó a contagiar al profesor Añúa.

—Está bien, mujer, pero debes tener calma. Atiende a lo que comuniquen. Respóndeles.

Carmela se serenó rápidamente y respondió a la señal de la Patrulla Volante que se había repetido una y otra vez. Contestó a su vez con impaciencia febril y la respuesta no tardó en llegar.

—¡Es el coronel Cris en persona! ¡Es el coronel Cris y son ellos los que están penetrando en el mundo subterráneo! ¡Piden instrucciones, porque los indígenas se disponen a atacarles!

—¡Diles que se mantengan quietos, por favor! ¡Que señalen exactamente el punto por donde han entrado que vamos a reunirnos con ellos!

Mientras Carmela respondía, el profesor Añúa, que desde su

puesto ante los mandos había divisado a Gra, tomó tierra y lo llamó.

—¡Atención, Gra! ¡Es necesario que te quedes aquí al frente de la gente por si se produjera un nuevo ataque de los «destructores»!

Gra, que llegaba corriendo, le gritó:

—¡Debemos acudir a otro lugar por donde han logrado penetrar! ¡Venía a avisarte!

—¡Cuidado! Esos que han entrado son amigos. Avisa inmediatamente a tus hombres por medio de vuestros «tams-tams» para que no ataquen. Si es posible, que venga conmigo el jefe de poblado del lugar por donde han entrado.

Los tambores comenzaron a repiquetear inmediatamente la orden dada por Gra a los suyos y por su parte Carmela comunicó al coronel Cris que debían mantenerse quietos, aguardando a que fueran a reunirse con él.

—Hemos avisado a los indígenas que se hallan en ese sector para que no les ataquen y ellos obedecerán. Inmediatamente estamos ahí.

No mucho después el platillo volante de Añúa y el vehículo en que el coronel con sus auxiliares viajaba, se encontraron tomando ambos tierra uno junto a otro ante los nutridos grupos de indígenas que habían acudido, ansiosos de contemplar algo que no era corriente en aquel mundo.

Y el encuentro entre los terrestres fue para ellos de una emoción indescriptible, algo que se salió del marco de las relaciones jerárquicas dentro de un mismo ejército. En tal momento fueron, más que compañeros, símbolos de la pujante civilización de un planeta al que representaban a millones y millones de kilómetros, de un alma universal evangelizadora portadora de valores eternos.

—Nuestra fe nos hace invencibles. Estaba seguro de que les encontraría con vida —exclamó Cris.

—La prueba ha sido de una extremada dureza, pero aquí estamos —respondió Añúa con sencillez—. Hemos tenido posibilidades de salir y reunirnos con ustedes, pero no podíamos abandonar a estos seres a los que vamos consiguiendo arrancar a costumbres bárbaras, que creen en nosotros y que llegarán al rango que deben si cuentan con nuestro apoyo. Pero volvamos a lo que constituye el principal frente de lucha. Nuestros enemigos han sufrido una dura derrota y temo que se pueda producir una violenta reacción. Precisamente han llegado ustedes en un momento de crisis. Hasta ahora no hemos hecho más que matar y matar y no es precisamente así como se puede derrotar a un enemigo como el que tenemos enfrente.

—¿Tiene alguna idea concreta sobre como orientar las cosas? La labor que realizó usted en el planeta «D-7» fue muy buena.

—Sí. Tengo ideas. Precisamente, cuando ha cundido la alarma por su llegada, terminábamos de señalar un cauce para tal cuestión.

Ahora, con ustedes aquí y en contacto con el resto de la Patrulla Volante, la tarea resultará más factible. Es una tarea un poco larga que deberemos acometer sin desmayos.

El coronel Cris atendía al profesor Añúa, pero sin poderlo evitar, se hallaba pendiente también de Carmela Garrido que, tras saludar a sus compañeros, se mantenía junto al profesor dando la sensación de que formaba un todo con él. Carmela Garrido aparecía transformada a los ojos de su ex-prometido, quien la encontró más hermosa, más sugestiva, más mujer que nunca; pero con estos descubrimientos llegó también la sensación desagradable de que la había perdido totalmente y para siempre. Cris, que a raíz del momento en que tuvo conocimiento por el teniente Bordón de que ella había quedado en poder de los «destructores», había descubierto que ella continuaba reinando totalmente en su corazón, sintió ahora un profundo desgarramiento; pero supo contener sus emociones que no salieron del marco íntimo de su ser aunque se recriminó duramente a sí mismo, a su carácter intransigente, considerándolo único culpable de la pérdida que ahora, cuando era ya tarde, lamentaba.

Otro de los personajes presentes, Luisa Barrena, supo captar con su fino instinto femenino, con su fina sensibilidad lo que sucedía en el ánimo de Cris y se sintió humillada. En aquel momento no pensó que tal cosa le abría a ella unas posibilidades y aborreció aún más que hasta entonces a la bella sargento, la cual, dichosa en tal momento, aparecía ajena a las pasiones de que precisamente era centro.

Dominaba a los cuatro personajes una tensión oculta, no respondiendo las palabras que se cruzaban a los pensamientos ni a lo que en el momento se sentía y el teniente Bordón ajeno a todo, no tenía ojos más que para Carmela, sintiéndose un tanto avergonzado por haberla tenido que abandonar y gozoso de haberla hallado sana y más hermosa que nunca.

La tragedia colectiva que se vivía había quedado desplazada por unos momentos y fue Cris el primero en avergonzarse de lo que rápidamente calificó como una inconsecuencia e iba a dar la orden de tripular de nuevo los aparatos cuando escuchó el sonoro repiquetear de los «tams-tams» indígenas. Tenía algo de alarmante aquel eco que se extendía por todo el amplio mundo subterráneo, dando la sensación de que lo llenaban todo; y Luisa Barrena, que lo escuchaba por primera vez, se sintió sobrecogida por un temor que no hubiera sabido definir. Las fuerzas primitivas que parecían desencadenarse encontraban eco al mismo tiempo en su ser atormentado e inconscientemente deseó verse convertida en un ser primitivo para empuñar el hacha de sílex y defender con ella su amor.

El jefe del poblado que había acompañado al profesor Añúa, se dirigió e él. Había alarma en la expresión de su rostro y el profesor,

vuelto a la realidad, se dio cuenta que los indígenas que les contemplaban demostraban una viva inquietud.

—Parece que los «destructores» vuelven al ataque, coronel. Nos lo avisa Gra, el jefe de los hombres vegetales y el cual, bastante más inteligente que la media de estos seres, tiene gran fe en nosotros. Pero tenemos algo de interés que preguntar. ¿Cómo ha logrado entrar en nuestro mundo subterráneo?

—Agrandando la entrada por medio de los rayos desintegradores.

—Pues antes de acudir al llamamiento de Gra debemos taponar esa entrada produciendo algunos desprendimientos por medio de los ultrasonidos. No podemos dejar nuestra espalda al descubierto.

El coronel Cris pasó al platillo volante de Añúa y Carmela Garrido, dando orden al teniente Bordón y la capitán Barrena para que les siguiera en el auto volante. Recibieron entonces orden los indígenas de retirarse a las cuevas subacuáticas para que no les pudiesen perjudicar las ondas ultrasónicas y minutos después el pasillo por donde el coronel Cris y los suyos habían penetrado, queda totalmente cegado por los desprendimientos producidos en él.

Seguidamente se dirigieron al extenso frente donde se había producido un fuerte ataque de «destructores», quienes, al no hallar la oposición de los terrestres con las ondas ultrasónicas, se habían lanzado a una violenta ofensiva llegando a dominar un amplio sector hasta las proximidades del lago Mayor, desde cuya isla los hombres vegetales lanzaban sobre los invasores todo tipo de proyectiles, en particular flechas envenenadas, cuyos simples arañazos resultaban mortales.

Pese al heroísmo que desplegaban los hombres vegetales, bien dirigidos por Gra, no tenían más remedio que retroceder. Sin embargo, iban cediendo el terreno con bastante orden, palmo a palmo, logrando desplomes de la bóveda que los cubría, los cuales caían sobre los «destructores» con terrible estrépito, enterrándoles, haciendo que cada metro cuadrado de terreno que conquistaban lo tuviesen que regar con abundante sangre.

Por su parte los «destructores», protegidos por los autos volantes acorazados, tras los cuales penetraban valiéndose de la propulsión de los helicópteros de tipo personal, atacaban con sus armas de rayos eléctricos, logrando con ellas algunos blancos directos sobre los hombres vegetales, pero empleándolas mayormente contra los nidos de resistencia de los hombres vegetales, situados muchos de ellos próximos a la bóveda, en la parte alta de las columnas que unían la bóveda con el piso.

Con tal táctica lograban aparatosos desplomes que costaban bastantes víctimas a los hombres vegetales los cuales hubieron de abandonar las zonas altas para evitar el duro quebranto.

En tal difícil momento llegaron los terrestres, haciéndose rápidamente cargo de la situación de sus aliados.

Gra, al tener noticia de la llegada del platillo volante con sus aliados, ordenó a sus hombres que se refugiaran en las cuevas subacuáticas, como ya lo había ordenado hacer el profesor Añúa en otras ocasiones y rápidamente, por medio de sus «tams-tams», comunico al profesor la medida tomada.

Los «destructores», al ver que sus enemigos desaparecían, pensaron en una victoria, la primera desde que habían iniciado el ataque al mundo subterráneo, y se lanzaron a la conquista de la isla que dominaba el lago y que constituía uno de los puntos clave del extraño mundo. Con sus autos voladores acorazados y sus helicópteros personales se lanzaron a cruzar el lago dispuestos a dominar la isla que emergía en el centro del mismo como una fortaleza natural.

Gra, que había Comunicado con el profesor Añúa desde la isla, se lanzó al agua después de asegurarse de que no quedaba nadie tras él, dando la sensación de que cedía el terreno a sus enemigos, los cuales dispararon contra él sus armas eléctricas, aunque sin alcanzarle.

Los jefes de los «destructores de mundos» se sorprendieron entonces de la facilidad con que habían ganado la batalla y decidieron emplear aquella ventaja inicial para entrar rápidamente fuerzas suficientes y lanzarlas en tromba, dominando rápidamente el amplio sector que se dominaba desde la isla.

Mientras entraban los nuevos contingentes de fuerzas «destructoras», los que se hallaban ya dentro fueron desplegándose, al principio con mucha cautela, temiendo una emboscada, después con mayor tranquilidad.

Un angosto paso fue tornado rápidamente para proteger el avance de las fuerzas y quedó defendido por varios auto-volantes, acorazados y equipados con artillería de rayos eléctricos de pequeño calibre.

Y de improviso se produjo el desastre para los «destructores». El platillo volante de los terrestres, que después de la comunicación de Gra con el profesor Añúa había permanecido agazapado, salió de su escondite, combinando su acción con la del auto-volante, en el cual el teniente Bordón y la capitán Barrena, haciendo uso de sus armas desintegradoras, penetraron audazmente en un movimiento envolvente tratando de lograr que ni uno solo de los que habían penetrado en el mundo subterráneo lograsen escapar de el.

Carmela había empuñado los dispositivos de emisión de las ondas ultrasónicas, manteniendo fija la vista en el indicador de intensidad para evitar que se produjesen derrumbamientos que pudieran serles fatales. Añúa, que se hallaba en los mandos del platillo, indicó a la muchacha:

—Gradúa al mínimo para que los anule sin llegar a matarlos. Será

interesante recoger prisioneros. Los internaremos y que empiecen a palpar las consecuencias de su conducta. A muchos de ellos se les podrá emplear para que siembren luego el desánimo entre los suyos, para que empiecen a quebrar esa disciplina férrea y ese fanatismo que poseen. ¡Adelante!

Un grupo de autos-volantes de los «destructores» salieron al encuentro del platillo volante de los terrestres, pero sin probabilidades, ya que Añúa, buen conocedor del terreno, fue escogiendo para su avance los lugares que mejor le cubrían hasta tener al enemigo dentro del radio de acción de las terribles ondas ultrasónicas.

Las aeronaves, sin casi poder hacer uso de sus armas de a bordo, se desplomaban contra el piso, estrellándose y deshaciéndose contra él mientras los hombres que realizaban el avance a pie o confiados a sus helicópteros, víctimas de las ondas, que aumentaban rápidamente su temperatura, caían como fulminados, muchos de ellos sin vida pese al cuidado de Carmela de que no aumentase la intensidad de las vibraciones.

La operación de los terrestres quedó rápidamente terminada y tan pronto como cesó la emisión de las ondas ultrasónicas comunicó el profesor Añúa con Gra, jefe de los hombres vegetales, para que salieran éstos a hacerse cargo de los prisioneros y a realizar la limpieza del teatro de batalla. En tal momento, las fuerzas de policía que Gra había organizado entre sus mejores hombres y los terrestres, hubieron de mantener una discreta vigilancia para asegurarse de que ninguno de los vencidos iría a parar a los estómagos de los primitivos seres, enseñándoles a clasificar y organizar la vida de los prisioneros, a los cuales, como primera medida, no sólo se les desposeyó de sus armas sino de sus trajes metálicos, muchos de los cuales habían de ser aprovechados por los hombres vegetales en el desarrollo de los planes que los terrestres se hallaban estudiando.

No mucho después, según los planes madurados por el coronel Cris y el profesor Añúa y de acuerdo con Gra, el teniente Bordón se encargaba de instruir a los grupos de hombres vegetales que debían de actuar en sabotajes y operaciones especiales y la capitán Luisa Barrena acometió con la ayuda de Carmela Garrido, la tarea de instruir a los grupos de infiltración que debían llevar adelante la modalidad de lucha psicológica, consecuentes los terrestres en su idea de ahorrar vidas, incluso de sus enemigos.

CAPÍTULO VI

SINIESTRO PLAN

El profesor Añúa, tras analizar la situación y exponer sus ideas para terminar rápidamente con la amenaza que significaban los «destructores», se había dirigido al coronel Cris:

—Necesitamos elementos de combate que protejan a nuestros aliados los hombres vegetales. Nuestra acción sería más efectiva si cuando actuamos con emisiones de ultrasonidos, nuestros aliados, protegidos de la acción destructora de las ondas, pudiesen actuar al mismo tiempo. Tenemos que fabricar gran cantidad de equipos protectores, al menos para los grupos de choque. Debemos producir más aparatos de ultrasonidos que permitan ampliar nuestro centro de acción. Cada uno de nosotros cinco debe ir al frente de un equipo constituido por hombres vegetales. Es necesario también producir subfusiles y pistolas de rayos desintegradores para equipar a nuestros aliados.

—¿Y va a confiar a unos salvajes tales armas?

—¿Y por que no? Es una experiencia no de ahora precisamente. Cuando a los hombres se les da una confianza, se les responsabiliza de algo, se elevan sobre sí mismos y responden magníficamente. Naturalmente, los primeros grupos que armemos, que serán de los más conscientes, estarán discretamente vigilados y controlados, pero tengo la seguridad de que lo mismo que han respondido a la prohibición de comerse a sus enemigos, irán respondiendo a todo lo demás.

—Si. Es necesario que arriesguemos y es muy posible que la prueba salga bien. En cuanto a los elementos de combate que necesitamos, confío en que en el planeta «D-7» estén ya en condiciones de producirlos. Han rehecho rápidamente su industria, pero con un sentido más realista de la vida.

—No debemos entorpecer su labor con pedidos para nosotros. Nos debe bastar con que se defiendan de los ataques que nuestro común enemigo pueda lanzar contra ellos. Debemos tener en cuenta que al sentirse acorralados aquí, tratarán de atraernos a otros lugares lanzando ataques desde los otros planetas que tienen dominados. Por otra parte, los habitantes de «D-7» no deben poseer aún aparatos de transporte capaces de surcar los espacios siderales y nosotros no podemos entretener en tal misión a nuestros propios aparatos.

—Tiene usted razón, profesor. Sin embargo, podemos estar tranquilos en algunos aspectos, pues tengo tan dominada la periferia de este planeta que, al igual que ellos no han permitido que los

mensajes que ustedes nos han dirigido llegasen a nosotros y viceversa, ninguna orden o mensaje salido de aquí podrá llegar a los otros planetas que dominan, y en éstos ignoran en los actuales momentos la verdadera situación. El Gran Drago está totalmente aislado en Acrón, a expensas de los recursos de éste. Cualquier aeronave que interne salir será interceptada y lo mismo ocurrirá con las que intenten penetrar en él. Es una ventaja para nosotros, pero por otra parte no podemos disponer de los efectivos de la Patrulla Volante en nuestra lucha aquí.

—No lo considero necesario y a eso mismo voy. Debemos resolver nuestra papeleta con los elementos que contamos aquí. Lo mismo que nuestros aliados van equipados hoy con armamento del que hemos cogido a nuestro enemigo, debe ser éste el que nos proporcione la producción que necesitamos. La resistencia enemiga quedará muy quebrantada con los sabotajes proyectados contra su industria básica, pero nuestra capacidad de quebrantarlos aumentará si logramos que pase a nuestras manos una parte de esa industria y la empleamos en producir lo que necesitamos. Yo conozco una parte de esa industria y sé de lo que es capaz. Por algo estuve trabajando con ellos unos días y logre producir el aparato de los ultrasonidos y las armas de rayos desintegradores de que hoy disponemos. De la misma forma podríamos producir los equipos que protegieran a nuestros aliados contra las emisiones de ultrasonidos.

Los cinco terrestres habían continuado su cambio de impresiones, su aportación de ideas, sus informes sobre los avances logrados, concretando los planes que debían desarrollarse.

Y no muchos días después habían comenzado a ponerse en práctica. El coronel Cris, valiéndose de las reproducciones en miniatura de los planos logrados sobre Acrón y de un pequeño aparato de exploración y medición por medio de los ultrasonidos combinados con el super-radar, había logrado saber la densidad y composición de las capas geológicas que se interponían entre el mundo subterráneo y las industrias de los «destructores», montadas también la mayoría de ellas en instalaciones subterráneas, naturales unas y logradas por la mano de obra de los esclavos, otras.

Prisioneros hábilmente interrogados facilitaron también una serie de datos y ello permitió reanudar la lucha con las nuevas orientaciones.

* * *

Las pilas de energía atómica de las armas que poseían los terrestres eran de un contenido limitado y no podían volverse a cargar en aquellos momentos, por lo que se veían obligados a reservar tal

energía para las necesidades en que no pudiesen ser empleados otros medios que aquéllos. Por tal motivo, los terrestres, para llegar a las industrias de los «destructores», hubieron de realizar al principio unas minas en las que se hubo de trabajar fatigosamente por procedimientos punto menos que rudimentarios.

El profesor Añúa comenzó por montar una pequeña industria de tipo primitivo, industria de la que salieron herramientas, cuchillos, puntas de flechas. Comenzaron también a extraerse minerales y a trabajar con ellos y hubo de resucitar cosas olvidadas casi, como la pólvora y otros explosivos más potentes desplazados ya en la Tierra, arrollados por los ultrasonidos, la energía atómica en sus diversos aspectos, los gases de alto explosivo y otros inventos igualmente superiores, de poder terrorífico si se comparaban con aquellos de tipo primitivo a que se veía reducido el profesor. Pero con tales productos se volaron grandes cantidades de terreno, haciendo saltar miles y miles de toneladas que se interponían entre el mundo subterráneo y la industria de los «destructores de mundos».

No era tarea fácil, pero bien dirigida por el profesor, que se multiplicaba entregado a bien diversas actividades, pronto sintieron los «destructores» como las entrañas del planeta temblaban bajo sus pies, fenómeno que les llenó de inquietud.

No era Acrón planeta en el que se produjesen seísmos con frecuencia, y menos por la zona en que los terrestres avanzaban a través de las capas geológicas; y el Gran Drago destacó a muchos de sus mejores técnicos y algunos nombres de ciencia para que estudiasen los fenómenos que tanto habían llamado la atención e hiciesen un informe sobre ellos. Pero la etapa de progresión por medio de los explosivos había sido superada ya por los terrestres y el informe recibido por el Gran Drago no pudo ser lo concreto que el hubiese deseado. Sus hombres de ciencia y técnicos le advertían en él que el grosor de las capas geológicas, en uno de los puntos de la zona en que se habían producido los fenómenos, había bajado sensiblemente de espesor. Algunos de ellos se limitaban al informe escueto de sus observaciones; otros, sin embargo, intentaban bucear en el futuro señalando el peligro de que graves conmociones al estilo de las que se habían iniciado, llegasen a producir el desplome de la bóveda del inmenso mundo subterráneo sobre el que habitaban arrastrándoles a ellos y a sus potentes industrias en el terrible cataclismo. En torno a tal posibilidad y a sus causas, se entabló una verdadera discusión entre los científicos, discusión a la que en ocasiones asistía personalmente el propio Gran Drago. Alguno de los científicos llegó a apuntar que tal fenómeno podía haber sido producido por el empleo de los ultrasonidos por parte de los terrestres y otros llegaron a achacarlo a lo mismo y al empleo por parte de los «destructores» de

los rayos eléctricos que tan terribles desplomes habían producido.

En general reinaba una profunda desorientación entre los altos medios de los «destructores» y a esta desorientación se iba añadiendo la labor de zapa que realizaban, entre el elemento bajo, entre las castas de menor categoría y los esclavos de diferentes razas, los hombres vegetales que habían sido rápidamente preparados y lanzados por Luisa Barrena y Carmen Garrido.

La discusión en torno al problema presentaba las características de no terminar nunca e incluso degenerar en una batalla de tipo dialéctico que amenazaba con escindir la unidad que había existido siempre entre los «destructores». Pero el Gran Drago no era hombre que se dejase llevar a tal situación y cortó la discusión. Sin embargo, pese a la brusquedad de que siempre había hecho gala, en tal ocasión demostró sumo tacto, procurando dar una satisfacción a todos los científicos y técnicos que se hallaban afectados. El Gran Drago se había dado perfecta cuenta de que su pueblo atravesaba por la más grave crisis de su historia y que no podía indisponer con nadie ni herir sentimientos si quería salvar tal situación.

—Respeto todos los criterios y en su día, cuando hayamos vencido a nuestros enemigos, poseeremos mayores elementos de juicio y se podrá dictaminar con acierto absoluto. Así, pues, debemos vencer antes que nada pues tengo la convicción de que son ellos los responsables de lo que está sucediendo. Hemos llegado a una situación en que los disimulos no sirven de nada y debemos rendirnos ante una evidencia. Los seres de la Tierra han logrado asestarnos golpes muy duros. Últimamente hemos perdido casi la mitad de nuestra flota aérea conjunta. Y lo peor de todo es que tal cosa la han logrado únicamente un puñado de hombres. Algunos de estos, los de más prestigio entre ellos, se hallan en la actualidad en el mundo subterráneo de Acrón, dirigiendo la batalla contra nosotros. Pues bien, si queremos vencer, se ha de eliminar a estos dos hombres. A ellos y, si puede ser, a los otros que les acompañan.

En las mentes de los reunidos en torno al Gran Drago y tal que si se hubiesen puesto de acuerdo, surgió el pensamiento de que tal cosa se podía haber realizado sin peligro alguno y no veían sin embargo el medio de realizarlo ahora; y el Gran Drago, por su parte, pareció penetrar en el pensamiento de ellos.

—Sé lo que pensáis; sin embargo, en las dos ocasiones se ha obrado con arreglo a lo que más convenía a nuestros intereses, pero los terrestres han sido hábiles y más audaces y nos han logrado vencer. Y esto ocurre porque los mejores de nosotros van cayendo. Os noto, a muchos de los que quedáis, faltos de fe, de valor y de energía. Imagináis que es imposible matar a los terrestres y sin embargo no lo es. Basta querer, estar dispuestos al sacrificio. Necesito ocho o diez

voluntarios de las castas superiores, de entre vosotros o de entre los guerreros. Hombres que por su significación pueden llegar hasta los jefes terrestres. Los voluntarios que sean, al frente de un grupo guerrero, simularán un ataque y se dejarán coger prisioneros. Los terrestres desearán interrogarlos y no les resultará difícil llegar hasta ellos. Bastará con que uno de nuestros voluntarios elija a uno de los terrestres y se abracen a ellos al tiempo que hagan estallar un par de cápsulas de «radio-kraft» que llevaréis en la boca. Los que realicen tal cosa, caerán; pero los terrestres, pese a lo protección de sus trajes metálicos, no podrán salvarse tampoco.

Había un frío gesto de triunfo en el gesto del Gran Drago cuando termino la exposición de su idea y pasó su vista sobre el grupo de hombres que tenía en torno a él. Algunos, al sentir la mirada del jefe sobre ellos, se sintieron invadidos por un espantoso frío interno y desearon hallarse a millones de kilómetros de allí para no resultar elegidos. Era costumbre que los que escuchaban una idea de tal clase se ofreciesen inmediatamente como voluntarios para llevarla a cabo; de lo contrario, eran tachados de cobardes y hasta de desleales y corrían peligro de ser desplazados de los lugares que ocupaban en la organización del Estado. Luego era el propio Gran Drago o la suerte los que decidían.

El plan que ofrecía ahora el jefe de los «destructores» parecía seguro, y en otra ocasión, cuando aún no se habían experimentado las terribles derrotas sufridas a manos de los terrestres y el fanatismo de los «destructores» era extremado, se hubiesen volcado incondicionalmente todos los reunidos, pero en esta ocasión el Gran Drago vio vacilar claramente y sintió por ellos un profundo desprecio.

—Está bien. Ya no quedan hombres de valor en nuestro pueblo por lo que noto. Yo taché a los terrestres de débiles, pero nosotros también lo somos y no merecernos vencer. Por suerte, estoy yo aquí. No necesito de nadie. Dirigiré la expedición personalmente y seré quien se enfrentará con los terrestres, quien los exterminará. Es mi obligación sacrificarme por mi pueblo.

El Gran Drago estaba muy lejos de hallarse dispuesto al sacrificio pero sabía que ello obligaba a los que le rodeaban, los cuales hubieron de reaccionar, ofreciéndose todos ellos como un solo hombre para la misión. Hallábanse presentes no sólo hombres de ciencia y técnicos, sino jefes militares de la escolta personal del Gran Drago y éste eligió entre todos a los que considero más aptos. Sus esperanzas estaban en la extremada idea y no estaba dispuesto a que se pudiese producir un fracaso.

Realizada la elección, se quedó el Gran Drago con el grupo suicida y se dispuso a prepararlos personalmente.

—Nuestro gran pueblo sabrá agradecer el sacrificio de vuestras

vidas que vais a realizar por un bien común y personalmente os considero como mis mejores amigos. El ejemplo que ofrecéis a nuestro mundo se reflejará en nuestra brillante historia, una de cuyas más hermosas páginas estáis dispuestos a escribir…

Continuó el Gran Drago hablando, preparando el ánimo de los que corrían a una muerte cierta; pero éstos, que en otra ocasión le hubiesen atendido con verdadero entusiasmo, aunque no lo mostraban sentíanse indiferentes, pensando que el sacrificio que iban a realizar era estéril. No obstante, se lanzarían a la arriesgada aventura con el sentido fatalista de la raza y procurarían llegar al fin y que los osados terrestres desaparecieran aunque estaban seguros que detrás de ellos vendrán otros y otros. Los suicidas llegaron a pensar que lo que habían tenido como una insoslayable misión histórica que nada ni nadie podría frenar, tenía algo de mito…

* * *

Un numeroso grupo de hombres vegetales, equipados con los helicópteros de tipo personal y con los subfusiles de rayos eléctricos que habían sido arrebatados a los grupos de «destructores de mundos» vencidos, aguardaban dispuestos a lanzarse por el orificio que se practicaba trabajosamente por medio de las armas desintegradoras de los terrestres.

Dirigía los trabajos el profesor Añúa, valiéndose de los planos y los elementos de medición que el coronel Cris le había proporcionado, y al llegar a la última fase de la perforación en que se hallaban, no se atrevía a usar los explosivos como anteriormente, desarrollando las operaciones dentro del mayor silencio posible, tratando de evitar que los «destructores de mundos» pudiesen darse cuenta de lo que preparaban.

Los hombres vegetales, debidamente instruidos por el teniente Bordón, que se hallaba junto a ellos, no parecían demostrar la menor impaciencia. Daba la sensación de que la guerra, a la que tan aficionados habían sido, al no serles permitido comerse a sus enemigos, había perdido aliciente para ellos. Ahora se sentían más responsables e iban a ella por un concepto de independencia, sintiéndola como un penoso deber.

El coronel Cris se hallaba también presente en aquellos momentos en los que se aguardaba vencer rápidamente la última capa geológica, actuando con su propio subfusil desintegrador desde el auto-volante en el cual se acercaba a los puntos donde la acción de los rayos era más necesaria.

Una amplia circunferencia había sido dibujada por los rayos desintegradores en la dura capa que atacaban y los esfuerzos de todos

los emisores de rayos desintegradores era lograr desprender el círculo señalado.

Desde donde se trabajaba se escucharon en tal momento las señales de llamada propias de cuando se sufría un ataque y el coronel Cris hizo detener por el momento los trabajos para enterarse de que sucedía. Gra, por medio de sus «tams-tams», comunicaba que se había producido un nuevo ataque de los «destructores», el cual estaba tratando de detener al frente de sus hombres.

A una indicación del coronel, el teniente Bordón pilotó el platillo volante y escogió a una sección de hombres vegetales de los equipados con helicóptero y los hizo avanzar. Informóse por el camino del punto en el cual se luchaba y se lanzó velozmente en tal dirección, dejando atrás a la sección de hombres vegetales, imposibilitados para seguir la velocidad del platillo volante. En contacto con el puesto de radio que se había instalado en la isla del Gran Lago, que continuaba siendo base de la defensa del mundo subterráneo, dio orden Gra para que las fuerzas que había enfrentado a los «destructores» se retirasen a las cuevas subacuáticas, fuera del alcance de las peligrosas ondas ultrasónicas.

Deseaba Bordón terminar cuanto antes con el esporádico ataque de los «destructores», ansioso de tomar parte en el asalto a las industrias de sus enemigos, y tan pronto como se vio próximo al lugar invadido por los «destructores» y se aseguró por Gra que los hombres vegetales se habían retirado, se lanzó contra el enemigo a tiempo que abría la emisión de ondas ultrasónicas a una intensidad suficiente para anularlos sin llegar por ello a provocar peligrosos desprendimientos.

Bordón estaba acostumbrado a que los «destructores» le presentaran una dura resistencia, a que los rayos eléctricos de sus armas pesadas pusiesen en peligro la integridad del platillo volante y se sintió vivamente impresionado al notar que, retirados los hombres vegetales y lanzado con su aparato hacia las formaciones de «destructores», éstos, lejos de hacerle frente o de intentar huir a las peligrosas ondas, se quedaban como paralizados por el terror y, tirando sus armas al suelo, levantaban las manos en señal de que estaban dispuestos a entregarse.

Pese a ello, Bordón inició su emisión de ondas, viendo como caían sin sentido algunos de los «destructores», tratando de provocarlos para la lucha, deseando hallar ante sí un motivo justificado para destrozarlos; pero los «destructores» persistieron en su actitud de vencidos y el teniente no tuvo más remedio que cortar la emisión y sin dejar de volar en torno a las cabezas de los vencidos, aguardar a que llegase la sección de hombres vegetales con sus helicópteros personales, dando instrucciones al propio tiempo a Gra para que saliesen los hombres de las cavernas subacuáticas y se hiciesen cargo

de los prisioneros y sus armas.

La sección volante de hombres vegetales cayó sobre los prisioneros, asegurándolos, volviéndose a restablecer los servicios de vigilancia en las entradas del mundo subterráneo, vigilancia que se había visto obligada a abandonar sus puestos en las primeras fases del ataque de los «destructores», ante el empuje demostrado por éstos. Y el teniente Bordón, tras tomar tierra en el platillo volante, se dirigió hacia donde los prisioneros, no demasiado bien tratados por los hombres vegetales, se hallaban.

Al ver acercarse al terrestre, uno de los que parecían jefes de la desgraciada expedición, se dirigió a él con ademán suplicante mientras sus dispositivos luminosos de expresión se producían con rapidez.

—¡Por favor, que no nos maten! Si nos hacen gracia de la vida procuraremos compensarla con algo que les será de mucha utilidad. La última espantosa derrota ha impresionado mucho a nuestro pueblo y allí arriba reina un gran desconcierto. Entre los nuestros no existe la moral combativa que reinaba tiempos atrás y muchos desean que termine esta contienda que tanto daño nos está haciendo. Tú que eres un gran jefe de hombres de la Tierra entenderás todo esto.

—Yo no soy un gran jefe ni entiendo nada de lo que dices. Y creo que lo mejor será que se os ejecute a todos. No merecéis otra cosa por la cantidad de barbaridades que lleváis cometidas en los diversos planetas.

—¡No! Nosotros no somos culpables. Es el Gran Drago quien nos empuje, quien nos obliga. El, allá arriba, es punto menos que omnipotente. Si tú no me entiendes, yo y los otros jefes que me acompañan, deseamos hablar con vuestro Gran Jefe.

El prisionero, al referirse a los otros jefes que le acompañaban, señaló a un reducido grupo formado por nueve «destructores» más y los cuales destacaban netamente del resto de la masa de prisioneros, tanto por la brillantez de sus uniformes como por su apostura y las insignias que cada cual lucía.

Por su parte, Bordón sentía una instintiva desconfianza por aquellos seres que, si antes le eran repulsivos, ahora que los tenía en aquel plan de humillación, le inspiraban repulsión y desprecio. No obstante, no se atrevió a decidir por sí y se puso en comunicación por medio del radio-teléfono con el coronel Cris.

—¡Atención, coronel Díaz! ¡Le habla el teniente Bordón! He logrado hacer un buen montón de prisioneros y los jefes de ellos pretenden hablar personalmente con usted. Aseguran que tienen que hacerle importantes revelaciones. Debo comunicarle que se han entregado casi sin lucha.

—Está bien. Desármelos y tráigamelos para aquí. No tardaremos

en iniciar el asalto a las primeras instalaciones industriales y pueden sernos de alguna utilidad.

—Sí, señor. A la orden.

En realidad, la orden de Cris había contrariado a Bordón, pero disciplinado se apresuró a cumplirla, separando al grupo de suicidas elegido por el Gran Drago del resto de los prisioneros. Estos fueron acondicionados en una especie de almadías e internados en el mundo subterráneo por el Gran Lago. El grupo suicida quedó ante Bordón y éste hizo que los hombres vegetales les despojasen de sus trajes metálicos y sus escafandras, registrándolos minuciosamente y sometiéndoles además al ojo eléctrico y otro tipo de detector, pero no se registró nada anormal y les permitió que volviesen a vestir sus trajes, pero no las escafandras, de las cuales se apoderó.

Seguidamente los hizo subir a la carlinga del platillo volante, manteniéndola abierta, e inició el vuelo en dirección al lugar donde el coronel Cris y el profesor Añúa se hallaban.

Los diez prisioneros no se atrevían a mirarse los unos a los otros por temor a descubrirse. No habían esperado que las cosas se les resolviesen tan fácilmente y estaban asombrados de la credulidad de que los terrestres daban prueba. Cada uno de ellos llevaba en la boca un par de ampollas de «radio-kraft», la cual les bastaría lanzar por la trompa contra el terrestre elegido o simplemente hacerla explotar dentro de su boca para que con ello quedasen destrozados el que la hiciese explotar y cuantos se hallasen en las, cercanías dentro de un círculo de dos metros de radio. Y cada uno de los «destructores» suicidas llevaba la orden y el propósito de hacer explotar la ampolla a tiempo que se abrazaban a la víctima elegida. Ni aun los trajes de «zirconio-G» de los terrestres serían capaces de resistir la terrible fuerza explosiva del «radio-kraft», el cual los reventaría sin que les valiese protección alguna.

Si el explosivo fuese de fácil transporte o lograsen emplearlo en proyectiles, cosa que se estaba estudiando entre los «destructores», la suerte de la lucha cambiaría radicalmente, ya que unos torpedos aéreos de tal explosivo serían algo terrible, verdaderamente demoledor.

CAPÍTULO VII

EL ATENTADO

El coronel Cris, tras comunicar con el teniente Bordón y dar instrucciones a Gra, se entregó de nuevo a su tarea de provocar el desplome del círculo señalado. Ante la inminencia de que el hecho se produjera, había hecho retirar de las zonas que podían considerarse peligrosas a los hombres vegetales, señalándoles los lugares que debían ocupar y colocando al frente de ellos a la capitán Luisa Barrena y a la sargento Carmela Garrido. Ambas, al igual que los hombres vegetales preparados para el asalto, disponían de helicópteros personales, lo mismo que el profesor Añúa, el cual se mostraba impaciente, deseoso de terminar cuanto antes. Con el helicóptero personal y el subfusil atómico de que disponía, atacó también la masa geológica completando el círculo que trazaba continuamente el coronel Cris y de improviso observaron que la espesa capa se quebraba por el centro, desmenuzándose y luego se desprendía totalmente arrancada del lugar a que había estado unida posiblemente millones de siglos.

La enorme masa desplazada cayó con fuerte estrépito, levantando verdaderas montañas de polvo que impidió la visión en los primeros momentos; pero el profesor Añúa había previsto tal cosa; y casi no había tenido tiempo de desprenderse la masa cuando ya las bombas de agua que tenía estratégicamente situadas habían iniciado su labor de limpiar el aire, cargándolo de la humedad suficiente para que el polvo cayese y pronto quedó a la vista de los presentes el terrible hueco practicado, de más de treinta metros de diámetro. La comunicación entre el mundo subterráneo y las instalaciones industriales de los «destructores de mundos» quedaba establecida.

Aquello era en realidad un arma de dos filos, ya que podía ser una puerta directa para la invasión del mundo de los hombres vegetales por los extraños seres del Gran Drago; pero los terrestres tenían necesidad de atacar rápidamente, sin pensar en que sus decisiones podían volverse contra ellos. No podían pensar más que en vencer. El coronel Cris se lo había dicho al profesor Añúa:

—Ellos nos han cogido tres subfusiles atómicos y debemos destruirlos antes de que logren penetrar en el secreto de cómo se domina la energía atómica. Les he desanimado en este sentido, pero ellos no retrocederán.

Y al verse los dos hombres ante el enorme boquete practicado, sintieron una muy explicable emoción. El platillo volante, tripulado

por el teniente Bordón, no estaba allí para lanzarse al frente de las fuerzas asaltantes según estaba proyectado y ellos no podían aguardar a su llegada. Entre los materiales desprendidos habían caído algunos «destructores de mundos», a los que había pillado la sorpresa, y con toda seguridad la alarma habría sido dada y las huestes del Gran Drago no tardarían en acudir a tratar de taponar la brecha abierta.

—¡¡Vamos, adelante!!

La voz del coronel Cris dominó el tumultuoso ruido del agua y de los últimos desprendimientos y sin cerrar la cabina del auto volante que tripulaba se lanzó en dirección a la brecha. El profesor Añúa le siguió inmediatamente, empuñando el subfusil de rayos desintegradores. Él conocía bastante bien los departamentos a los que según sus cálculos debían haber salido y deseaba evitar en lo posible el destrozo de las instalaciones, que podía producirse si no se las protegía adecuadamente.

Luisa Barrena y Carmela Garrido, cada una al frente de las secciones que les habían sido asignadas, se lanzaron también en dirección al boquete, dispuestas sus armas desintegradoras y dando a los helicópteros el máximo de velocidad.

La aparición de los terrestres fue saludada por violentas descargas eléctricas de los «destructores», descargas que detonaron espantosamente en los espacios cerrados, haciendo retemblar los tabiques, dando la sensación de que todo se iba a desplomar, a desaparecer por el enorme orificio practicado.

Las secciones de hombres vegetales, confiados a los helicópteros, se habían elevado tras sus jefes, penetrando por el orificio unos tras otros, lanzándose, una vez dentro del recinto enemigo, en dos direcciones, abriéndose en un movimiento de tenaza para cerrarlo a espaldas del grupo de «destructores» que intentaban resistir.

Los hombres vegetales, lanzados con el formidable ímpetu de sus naturalezas primitivas, imponían terror con sus gritos y con los certeros disparos de sus armas eléctricas, apoyadas por las desintegradoras de los terrestres que se habían situado estratégicamente para proteger el avance.

Los primeros grupos de resistencia de los «destructores», cogidos punto menos que de sorpresa, fueron arrollados, no logrando salvarse ni los que viendo la enorme superioridad numérica del enemigo, trataron de huir.

Las armas eléctricas dejaron de funcionar pronto por parte de los hombres vegetales, los cuales, medio dominado el enemigo, les destrozaban con sus recién fabricadas porras metálicas, erizadas de agudas púas. Capaces de dividir un cráneo aunque éste tuviese una escafandra.

Las fuerzas dirigidas por los terrestres fueron extendiéndose más y

más, y el profesor Añúa, una vez en terreno conocido, fue taponando los puntos que le interesaban para evitar ser atacados por ellos y reducir las posibilidades del enemigo.

La alarma había cundido en tanto en el mundo de los «destructores», llegando hasta el propio Gran Drago, cuyo furor, al conocer la noticia de la audaz irrupción, no conoció límites.

—¡Torpes! Ese era el motivo de las explosiones y de la disminución de espesor de la capa geológica que nos separaba del mundo subterráneo. ¡Coronel «B-29.718»! Póngase al frente del Regimiento Presidencial y corte el avance enemigo. Debemos arrojarlos antes de dos horas al mundo subterráneo o les haré ejecutar a todos ustedes.

Silenciosamente, sin detenerse a recibir más instrucciones, desapareció el aludido, dispuesto a morir. No tenía la seguridad de poder realizar lo que se le pedía, pero sí la de que, si no lograba por lo menos contener a los terrestres, no podría volver a presentarse ante el Gran Drago, al cual, ni aun cuando tuvo conocimiento de la derrota de la poderosa armada aérea que había enviado contra los terrestres, no había visto tan furioso como en aquellos momentos.

El jefe de los «destructores» había estado tratando de comunicar con los otros planetas bajo su dominio para que le enviaran refuerzos de hombres y armamento, pero no lo había logrado. Tampoco había recibido comunicación alguna desde que las aeronaves terrestres se habían situado en la periferia de la atmósfera de Acrón, y tantos grupos como había enviado a luchar contra ellos habían sido destrozados.

El choque del Regimiento Presidencial con los hombres vegetales dirigidos por los terrestres, fue algo espantoso. El profesor Añúa había taponado los accesos que podían resultar más peligrosos y la iniciación de la nueva fase de la batalla tuvo como escenario la angosta entrada a una amplia nave donde los hombres vegetales, al abrigo de las máquinas, se hallaban bien parapetados.

El coronel designado por el Gran Drago había hecho apagar todas las luces, quedando sumida la zona afectada en la mayor oscuridad, siendo destrozadas también las instalaciones de radiotelevisión para evitar ser localizados por medio de ellas. Pero los hombres vegetales y los terrestres que les dirigían tenían la ventaja de que la zona elegida para su penetración no admitía un gran despliegue de fuerzas y el coronel enemigo se hubo de someter a las condiciones locales, llegando a agrupar sus hombres silenciosamente a ambos lados de la entrada de la sala de máquinas. Y cuando los tuvo dispuestos hizo destrozar rápidamente un lienzo de pared, agrandando considerablemente la entrada y lanzó por ella las fuerzas de que disponía en forma de verdadero alud.

Las primeras secciones del Regimiento Presidencial avanzaron sin encontrar obstáculo alguno, disparando un tanto al alzar sus armas eléctricas que iluminaron fugazmente la vasta estancia. El no hallar respuesta a sus ataques les sorprendió, haciéndoles vacilar; pero el coronel, lanzado al frente de la furiosa acometida, los hizo avanzar de nuevo, tratando de dominar con su enérgica acción al enemigo que adivinaba agazapado. Necesitaba el coronel de los «destructores» llegar hasta la primera fila de máquinas, dejar a sus espaldas el amplio espacio pelado que se veía obligado a salvar a pecho descubierto. Algunos de sus hombres, situados en los extremos, dispararon sus armas eléctricas, concentrando el fuego en el centro de las primeras filas de máquinas, con intención de protegerlos en el difícil avance. El coronel de los «destructores» vio como ante él saltaban algunas piezas de máquinas y se escuchó el alarido de muerte de un hombre vegetal, un alarido espeluznante, estremecedor. Podían haber pensado los «destructores» que aquello debía ser un presagio de victoria, pero había algo de siniestro que les sobrecogió; y como respuesta a el se escuchó una sucesión de leves chasquidos y la proyección de unos rayos de violáceas livideces. Fue la última impresión que el valeroso coronel de los «destructores» recibió de la vida, ya que quedó desintegrado, y con él todas las filas de atacantes. Así, cuando el coronel Cris lanzó una especie de bengala luminosa que debía mantenerse en el aire un par de minutos, los restos del Regimiento Presidencial se sintieron ganados por el mayor pavor al ver que del grupo que primeramente se había lanzado al ataque no quedaban más que unas leves nubes de humo, habiendo desaparecido sus compañeros misteriosamente.

El coronel había desaparecido y el jefe de uno de los batallones se hizo cargo de la situación y dispuso a sus hombres para lanzarlos al ataque. Sólo esperaba que la bengala lanzada por Cris se apagase, y tan pronto como se hubo extinguido fue el primero en lanzarse, dando con su arrojo ejemplo a sus tropas, ejemplo que éstas, acuciadas por los jefes de compañía, intentaron seguir, pero que quedó rápidamente cortado por la acción de las armas atómicas de los terrestres que desintegraron a cuantos se pusieron a su alcance.

Aquello era más de lo que podían resistir los «destructores», un tanto desmoralizados ya, y pese al acoso de sus jefes que les incitaban a lanzarse de nuevo, se negaron a seguir. Cris, desde el lugar en que se hallaba apostado con su auto-avión en marcha, iba calculando los efectos que su acción debía producir sobre el enemigo y para desmoralizarlos más tornó a lanzar otra bengala, disparando seguidamente una emisión de rayos sobre un gran lienzo de pared, tras el cual se refugiaban los «destructores». Una parte del material de que el lienzo estaba construido, quedó desintegrada, pero el resto se

desplomó cayendo sobre la desmoralizada gente y ya no fueron bastante sus jefes para contenerles, tras el fracaso de intento de lanzarlos al ataque.

Se produjo la desbandada, arrollando los soldados a los jefes que trataban de evitar la huida, llegando a disparar contra ellos, produciéndose una terrible confusión, un caótico desorden. Se oyó el trompetilleo de los furiosos jefes, de los que caían arrollados por la inesperada reacción, y Cris vio que era el momento psicológico para actuar y destrozarlos rápidamente sin exposición apenas de las vidas de los suyos.

Los grupos de hombres vegetales se pusieron entonces en movimiento, aullando como energúmenos, saltando sobre las máquinas, apareciendo como apocalípticos fantasmas para caer sobre el desorganizado ejército, persiguiéndolo, cebándose en él.

Aunque el coronel del Regimiento Presidencial había destrozado las instalaciones de radiotelevisión, los medios de detección secreta de que disponía el Gran Drago le permitieron descubrir prontamente la espantosa derrota que su regimiento preferido había sufrido.

Comprendió que algo no funcionaba bien o que, posiblemente contra lo que había creído hasta entonces, a pesar de todo su enorme poder repartido entre los planetas que dominaba, no estaba en condiciones de hacer frente a la dominación del Universo. Comenzó a pensar que la misión que se habían abrogado de borrar al que consideraban «enemigo» por antonomasia y a la que se le había dado un carácter religioso, era una auténtica farsa. Comprendió en unos momentos que los poderes divinos no estaban con ellos, no podían estar alentando la barbarie, la guerra, el destrozo de su propia obra.

Sin embargo, en la situación que se hallaba, no tenía más remedio que continuar adelante. En tales momentos el Gran Drago había despertado de un sueño alimentado por el odio y la soberbia; pero como él mismo había sido forjado en la crueldad y la soberbia, decidió que no debía retroceder aunque todo su pueblo ardiese, que ya procuraría él que no fuese así. Le quedaban aún recursos que procuraría explotar. Si llegaba a comprender que no tenía salida, destrozaría el propio planeta Acrón con las superbombas atómicas. Lo «secaría», haciéndolo inhabitable y con los restos de su pueblo caerían los esclavos de diferentes puntos del Universo que se hallaban allí, en particular los hombres vegetales y caerían también los odiados terrestres, la raza que él consideraba maldita porque se le había opuesto, asestándole los duros golpes que había sufrido.

El Gran Drago comenzaba a sentirse como una fiera acorralada y sus ideas, sus reacciones, eran como las de una fiera en tal situación, salvajemente criminales. Afortunadamente los terrestres tenían a su favor que en las decisiones del Gran Drago estaría presente el deseo de

vivir, de salvarse; un deseo impreciso aún, más instintivo que razonado, pero que iría aplazando las decisiones extremas.

La rápida sucesión de ideas, de impresiones, de ocultos terrores, impulsaron al fin al jefe de los «destructores de mundos» a saltar de su trono, y el grupo de incondicionales que le rodeaba, al ver que salía de la amplia sala donde se hallaban sin decir nada, se apresuraron a seguirle, cambiando entre sí significativas miradas. El Gran Drago, sin preocuparse de que se acercaba al área donde se combatía, se dirigió en uno de sus veloces autos volantes al laboratorio donde sus científicos atómicos trabajaban. El Gran Drago había enviado nuevas unidades al combate contra los terrestres con la orden de que no les permitieran progresar aunque hubiesen de producir derrumbamientos e incluso aunque hubiesen de taponar entradas a fuerza de cadáveres. Aún quedaban en Acrón fuerzas suficientes para realizar tales cosas y no era de los que retrocedían ante nada.

Al irrumpir en el laboratorio donde los científicos trabajaban, todas las miradas convergieron en el Gran Drago, que había hecho su entrada de una forma violenta, aparatosa, según acostumbraba en sus peores momentos.

En el laboratorio se percibía el estruendo de las explosiones de los rayos eléctricos, de los derrumbamientos y las destrucciones que se producían en la lucha entre «destructores» y terrestres y los científicos hubiesen deseado hallarse a unos cuantos miles de kilómetros de allí, temiendo verse destrozados en cualquier momento, ya que, con más frecuencia de la deseable, las paredes y el piso trepidaban espantosamente y hasta habían llegado a producirse algunos desprendimientos del techo. Pero el Gran Drago había ordenado que continuasen allí y ni uno solo de los reunidos se atrevía a contravenir la orden.

El Gran Drago, al notar que a su entrada se paraban los trabajos para saludarle y rendirle homenaje, indicó con el ademán que debían continuar trabajando y se dirigió rectamente hacia el jefe del laboratorio, lugar en el que había situado al que consideraba más apto y al cual había hecho entregar los subfusiles atómicos que habían sido arrebatados a los terrestres.

—¿Cómo va el estudio de las armas cogidas a los extranjeros?

—Están los trabajos francamente adelantados. Aseguraría que el problema está ya resuelto porque cuando estuvo aquí el profesor terrestre seguí bastante de cerca sus trabajos. Pero hasta dentro de un par de días no podré realizar las pruebas.

—¡Hay que realizarlas antes!

—Imposible. Sin dejar de trabajar un solo instante, no estarán preparadas hasta entonces. Esto sin contar que aquí no puede trabajar con tranquilidad.

—Temo que estáis todos tocados de cobardía, cosa que antes se desconocía entre nosotros. Sin embargo, continuaréis aquí hasta que esto se derrumbe sobre vuestras cabezas que, a fin de cuentas, no nos sirven demasiado. Comprenderás que no podemos perder tiempo en traslados. Hay que resolver como sea y rápidamente.

Las explosiones hicieron oscilar algunas lámparas; algunos pequeños aparatos cayeron al suelo desde los lugares en que se hallaban y uno de ellos produjo una pequeña explosión, llenando de un humo acre y denso la parte del local donde se había producido, produciendo bastantes molestias entre los que se hallaban próximos y que, no obstante, no se atrevieron a moverse de sus puestos considerado como puestos de lucha.

—¡Pronto! ¡Los ventiladores!

Mientras tanto, los terrestres, dirigiendo la acción de los hombres vegetales, se debatían en una dura lucha en la que iban encontrando una fuerte oposición cada vez más cohesionada, más eficaz a pesar de haber barrido núcleos muy importantes de «destructores» y de haber infiltrado grupos especiales de saboteadores que iban logrando sorprendentes resultados, sembrando el pánico, la destrucción y la desmoralización entre los «destructores». Algunos de tales grupos de hombres vegetales habían sido aniquilados y sus componentes destrozados, bárbaramente maltratados, pero otros iban logrando objetivo tras objetivo, desbaratando débiles oposiciones y logrando ayudas de sus esclavizados congéneres, logrando producir el desorden en la retaguardia de los «destructores», cuyo poder se tambaleaba ya hasta en sus cimientos, comenzando a presentar fisuras lo que había sido base fundamental, como eran su Policía Interior y su poderosa organización que podía reputarse hasta entonces de perfecta.

Sin embargo, el coronel Cris y con él, Añúa vivían momentos de inquietud.

—Se agotan las reservas atómicas de nuestras armas, profesor.

—Sí. Ya me he dado cuenta, pero no puedo reponerlas. Hemos de llegar al laboratorio y lograr tomarlo por sorpresa para que no lo destrocen. Una vez allí, antes de una hora habría repuesto las pilas y todo marcharía perfectamente.

—Están haciendo una dura oposición que, sinceramente, no esperaba y lo peor del caso es que no podemos emplear aquí los ultrasonidos. Si no, ya hubiera hecho que el teniente Bordón se hubiese incorporado con el platillo volante. ¿Conoce exactamente el lugar del emplazamiento del laboratorio que interesa, profesor?

—Sinceramente, no. De saberlo, hubiera empleado la última energía atómica de mi subfusil en llegar hasta allí y no me queda suficiente para avanzar a tontas y a locas.

—No había pensado hasta ahora en el ardor de la lucha… —

respondió el coronel como hablando consigo mismo—. Al iniciar la lucha, el teniente Bordón me habló de que había hecho unos prisioneros, que eran gente de rango y por lo visto se hallaban dispuestos a hacer revelaciones, a servirnos. ¿Por que no los llamamos? Ellos habrán de conocer forzosamente el emplazamiento del laboratorio que, según lo que usted imagina, no puede estar lejos.

—Es una buena idea. Que los traigan rápidamente.

Los dos hombres hallábanse en el auto-volante pilotado por el coronel y hasta ellos llegaba la violencia de las explosiones, el humo de algunos incendios que eran inmediatamente sofocados, los lamentos de los heridos y los gritos de guerra de los hombres vegetales que peleaban como verdaderos demonios, envalentonados por la superioridad que el armamento y la dirección que llevaban les daban.

Carmela Garrido, mostrando evidentes señales de la violencia con que se luchaba, llegó volando en su helicóptero personal.

—¡Coronel! Hemos logrado penetrar en otra vastísima sala de máquinas donde se fabricaban subfusiles de tipo eléctrico. Cuando hemos llegado a ella la habían abandonado ya y se hallaba medio destrozada, pero ha caído en nuestras manos una buena cantidad de subfusiles terminados y otros en diversas fases de su producción.

—Eso está bien, pero no es precisamente lo que buscamos. Si logran dar con un laboratorio, avise inmediatamente. Nosotros vamos en seguida.

—Si, señor. A la orden.

El coronel Cris se dirigió por radioteléfono al teniente Bordón.

—Teniente. Tráigame inmediatamente a esos prisioneros de que me habló antes y Gra que disponga de doscientos hombres más. Tengo armamento para ellos y me van haciendo falta.

El teniente Bordón recibió la orden con evidente satisfacción. Le había fastidiado llegar tarde cuando la acción ya había comenzado y tenerse que mantener en la reserva. Dio a Gra las instrucciones recibidas del coronel y se dirigió a los diez prisioneros:

—Vamos. Vais a ser interrogados por el coronel y ya podéis prepararos a decir la verdad de lo que se os pregunte y a no defraudarnos, de lo contrario, yo conozco algunos tratamientos capaces de ablandar hasta las piedras.

El grupo de suicidas no exteriorizó la satisfacción que sintieron, antes bien, dieron la impresión sus componentes de que se hallaban un tanto apesadumbrados y se mantuvieron estrechamente unidos mientras Bordón los conducía en el platillo volante hacia el lugar donde el coronel Cris y el profesor Añúa se hallaban.

Por fin podrían llevar a cabo la misión que el Gran Drago les había encomendado y colaborarían a detener el desastre que se había iniciado sobre su pueblo. Cada uno de ellos movió las ampollas de

«radio-kraft» en su boca, situando una de ellas en condiciones de ser lanzada fuertemente por la trompetilla, usándola en forma de cerbatana. Era imposible que ninguno de los terrestres que se hallasen cerca se salvasen.

Bordón llegó en el platillo hasta el lugar más avanzado posible dadas sus dimensiones y una vez en el dejó a los prisioneros bajo custodia, llegando hasta donde se hallaban sus jefes.

—Ya tenemos aquí a los prisioneros que desea interrogar, coronel. ¿Los traigo hasta aquí o prefiere venir usted hasta donde los he dejado?

—Prefiero ir yo allí. Tendremos más tranquilidad. Aquí hay mucho ruido, demasiado movimiento.

Efectivamente, aunque no estaban en el punto de fricción máximo, se hallaban lo bastante próximos a él para que molestasen los ruidos y las explosiones y estuviesen expuestos a los contratiempos de la lucha. Bordón tendió rápidamente la mirada en torno a sí buscando a Carmela y la vio dirigiendo serenamente a uno de los grupos de asalto que con más violencia se empleaban contra el enemigo. La muchacha, aunque procuraba disimularlo, daba muestras de cansancio, y el coronel, comprendiendo que se hallaba al punto de su resistencia, dio orden al teniente Bordón de sustituirla.

—Vaya a ocupar el puesto de la sargento Garrido. Ha batallado demasiado y la noto cansada. Que se reúna a nosotros y nos acompañará hasta donde se hallan los prisioneros.

Partió el teniente Bordón y el coronel continuó, dirigiéndose al profesor:

—Estoy asombrado de ver la evolución que se ha producido en esta muchacha. Por más que usted la conoce tan bien como yo. Era tímida, miedosilla. Y ahora... Hoy se está comportando como bueno entre los buenos y no la he visto volver la cabeza una sola vez. Es extraordinario el poder de adaptación de los humanos.

No tardó en reunirse la sargento Garrido a los dos hombres y los tres se dirigieron en el auto-volante hacia el lugar donde había quedado el platillo volante y en él los prisioneros.

Al llegar a la vasta sala donde se hallaba el platillo, el coronel tomó tierra y se apeló del auto-volante. Habían quedado a cierta distancia del platillo volante y se dirigió a los hombres vegetales que escoltaban a los prisioneros:

—¡Traed a los prisioneros!

El grupo de suicidas, apenas escucharon la orden, saltaron ágilmente de la carlinga del platillo volante, iniciando su avance hacia donde se hallaba el coronel con Carmela y el profesor, cuando éste, que les observaba atentamente, ordenó en violento tono de voz:

—¡Alto! ¡No se muevan de donde están!

A tiempo que daba la orden, el profesor apuntó a los «destructores» con el subfusil de rayos eléctricos de que se había apropiado.

—¿Qué ocurre? —interrogó Cris extrañado.

Pero antes de responderle, el profesor se dirigió a los hombres de la escolta:

—Sepárense de ellos. Deben quedar aislados en donde están. ¡Rápido!

Los hombres vegetales se habían apresurado a cumplir la orden, separándose de un salto; pero los «destructores» suicidas, temiendo que sus propósitos podían haber sido descubiertos, con lo cual no podrían ponerlo en práctica a menos que aprovechasen precisamente aquel momento, se lanzaron a la carrera en dirección a los tres terrestres, dispuestos a aniquilarlos y a morir con ellos. Ya que no podían deshacerse de los cinco, caerían al menos los dos jefes, los dos que consideraban auténticamente peligrosos, y con ellos aquella valerosa muchacha que los acompañaba.

Salvaron rápidamente los primeros diez metros, casi la mitad de la distancia que los separaba de los terrestres y consideraban seguro el triunfo, cuando se produjeron sendos disparos por parte del profesor y Carmela. Dos de los hombres fueron alcanzados y las ampollas que llevaban en la boca explotaron, haciendo explotar inmediatamente por el choque con la onda expansiva las ampollas que llevaban los otros componentes del grupo, quedando destrozadas las diez cabezas y reventados los cuerpos pese a la protección de los trajes metálicos. Los terrestres sufrieron también la violencia de la explosión, viéndose lanzados por el espacio, librándose de sufrir daño alguno gracias a la protección de sus escafandras y sus trajes metálicos. En cuanto a los hombres vegetales, más resistentes por su constitución, se vieron también lanzados por el espacio, no sufriendo al caer más que la rotura de algunas púas de las que cubrían sus cuerpos y que fueron las que recibieron el violento choque.

—¿Cómo ha podido suceder esto, profesor? ¿Cómo adivinó...?

—Muy fácil. Uno de los que constituían el grupo era un científico de bastante talla y muy adicto al Gran Drago. Había descubierto un poderoso explosivo líquido, conocido con el nombre de «radio-kraft», cuyo inconveniente era la dificultad para emplearlo, ya que su transporte era difícil por su gran sensibilidad a cualquier movimiento. Sólo se puede emplear como lo han hecho, encerrándolo en pequeñas cápsulas bien llenas para que no tenga movimiento alguno dentro de ellas y cuidando su transporte. Los que le acompañaban, entre ellos tres hombres de ciencia más, eran todos allegados del Gran Drago y era muy extraño que estuviesen reunidos todos en la dirección de una vulgar acometida, de un simple golpe de mano. Ello me hizo pensar

rápidamente que les traía un fin determinado contra nosotros, pensé en las cápsulas de «radio-kraft» que había visto y en que en un cacheo no pueden ser detectadas y obré rápidamente, también con arreglo a tal proceso de pensamientos. Y me felicito, porque de no haber sido así, en estos momentos no contaríamos ya entre los vivos. Ha sido un atentado bien preparado, estoy seguro, por el propio Gran Drago. Esto quiere decir que nos teme y que está dispuesto a todo.

—Hubiera preferido lo otro, profesor. Necesitamos llegar cuanto antes a sus laboratorios para que usted pueda comenzar a producir y por evitar que ellos lleguen al control de la energía atómica que les permita fabricar armas como las nuestras. Esto alargaría la lucha considerablemente y requeriría el empleo de muchas más fuerzas por nuestra parte y morirían muchos más hombres.

La capitán Luisa Barrena comunicó en aquel mismo momento que había llegado, por sorpresa, al asalto de un lugar que luego había resultado un importante laboratorio.

—Debe ser el que ustedes, buscan, pues estaba en él nada menos que el Gran Drago, quien ha escapado a nuestras zarpas por nada. Pero he logrado aprisionar algunos de los científicos que trabajaban en el laboratorio.

La noticia llenó de júbilo al coronel.

—¡Vamos allá, profesor! ¡Si no está excesivamente cansada nos puede acompañar, sargento! Ya tenemos el laboratorio en nuestro poder y es una pena que no hayan cazado al Gran Drago. Estoy seguro de que, con su captura, se hubiera derrumbado toda la resistencia.

Corrieron los tres terrestres hasta el laboratorio, al extremo del cual aún se luchaba y Añúa se dirigió al director del mismo, que se hallaba entre los prisioneros y al cual conocía de su paso por allí.

Interrogó brevemente y analizó con rapidez los trabajos que se estaban realizando y a continuación se dirigió a Cris:

—¡Hemos llegado a tiempo aún! Se puede decir que habían logrado desentrañar el secreto, pero no habían podido efectuar las pruebas. Y las pruebas no se efectuarán ya —añadió con gesto alegre.

—Y las cabezas que han llegado a tal descubrimiento serán alejadas de aquí para que no pueda nuestro enemigo aprovechar sus conocimientos —dijo Cris.

—Los enviaremos a la Tierra tan pronto se presente la menor ocasión.

CAPÍTULO VIII

LA TIERRA EN PELIGRO

Vencida la resistencia a la salida del laboratorio, las fuerzas de los hombres vegetales se desbordaron, saliendo a los edificios, entre ellos al palacio ocupado hasta entonces por el Gran Drago y el cual encontraron totalmente desierto, ofreciendo muestras evidentes de que había sido abandonado precipitadamente. Legiones de esclavos de diversas procedencias, diferentes razas, de planetas situados los unos a millones y millones de kilómetros de otros, iban surgiendo al no tener sobre sí la vigilancia directa de los «destructores de mundos», asaltando los departamentos de viveres y de armas y los terrestres se vieron enfrentados entonces a un nuevo problema: el de organizar a aquellas gentes y evitar las violencias entre ellos. Y lograron prontamente imponer el orden controlando rigurosamente los armamentos, señalando a los esclavos de cada raza una zona para que la habitaran y responsabilizándolos directamente en las labores de policía e higiene, prometiéndoles además evacuarlos a sus planetas de origen tan pronto como estuviese todo bien organizado.

Los «destructores», con una presteza que decía bien a las claras de su organización, habían dejado un ejército de contención frente a los terrestres y los hombres vegetales, y habían abandonado el planeta Acrón con todas sus instalaciones industriales punto menos que totalmente destrozadas para que los que lo ocupasen después no se pudiesen servir de ellas. Afortunadamente, la misma rapidez con que habían tenido que realizar la huída no les había permitido destrozar en su totalidad ni llevarse consigo la producción bélica tal como hubieran deseado. Pero sí se habían llevado a sus mujeres y a los niños menores que residían en el planeta, ya que cuando llegaban a cierta edad, eran arrancados a las madres y entregados a los centros de educación, que radicaban en el planeta más alejado. Antes de partir, el Gran Drago se había dirigido a su pueblo:

—Nos vemos obligados a abandonar Acrón, pero volveremos. La marcha triunfal de nuestra historia se quiebra porque hemos encontrado en nuestro camino a un ser poderoso: el hombre de la Tierra que nos ha ido destrozando nuestros mejores elementos de ataque y nos ha arrebatado las avanzadas que teníamos logradas en las partes apenas conocidas aún por nosotros del Universo. Toca a nuestras generaciones, y en particular a mí, recibir el golpe y realizar el mayor sacrificio; ofrecer nuestra vida a toma y daca. De acuerdo con el Gran Consejo Central de Gobierno, os hago salir de aquí porque

no quiero que ni uno solo de nosotros caiga prisionero en manos de nuestros enemigos y de los que hasta ahora han sido nuestros esclavos. El que cayera en sus manos correría una suerte bastante más espantosa que la muerte liberadora, por eso, a sabiendas de que os expongo a morir, os arranco de aquí. No ignoro que la periferia está vigilada por nuestros enemigos, pero está todo dispuesto para que, mientras unos se sacrifican por los demás haciendo de cebo, atrayendo al enemigo, pueda el resto salir y buscar el refugio de nuestros otros planetas. A otros nos cumple una misión más penosa, pero más gloriosa a la vez, una misión de la cual depende el futuro de nuestro pueblo y continuación de nuestra misión histórica. Los mejores de entre nosotros tenemos que llegar hasta las guaridas de nuestro enemigo, un lejano planeta llamado Tierra, donde nadie nos espera, donde ellos no imaginan que podemos llegar, para «secarlo» con nuestros torpedos «superatómicos», borrando de él todo rastro de vida. Si regresamos de tal misión, cosa que dudo, continuaremos dirigiendo nuestro pueblo y si caemos en la empresa sabemos que nuestro pueblo sabrá elegir a quienes lo deben dirigir en el futuro. Nada más, Que nuestro «Taoté» os bendiga y os proteja y nos ayude a nosotros con sus fuerzas de gigante.

Las palabras del Gran Drago habían sido transmitidas a todos los aeródromos de Acrón, donde ya los «destructores» se hallaban dispuestos para la partida, tripulando los diversos tipos de aeronaves siderales, desde las más ligeras de combate hasta los grandes transportes, en los que se había embarcado a las mujeres y a los niños. Los receptores de los aparatos hicieron que llegaran a oídos de todos y muchas mujeres arrojaron lágrimas de dolor ante la despedida del que consideraban como un ídolo.

Pero todo debía realizarse con rapidez y orden si deseaban salvar algunos restos de seres y las aeronaves fueron cerradas herméticamente, poniendo sus motores en marcha, disponiéndose a salir en el momento preciso y en la dirección que les fuese señalada por los organizadores de la evacuación.

Los primeros grupos de combate se elevaron majestuosos. Iban en busca de la muerte. Su misión era salir limpiamente al encuentro de los terrestres, absorber su atención y entretenerlos en la batalla la mayor cantidad posible de tiempo para que el resto de los aviones que irían saliendo ordenadamente de los diversos campos pudieran escapar libremente. Era una operación de gran envergadura, digna del Estado Mayor que la había dispuesto rápidamente. Aún no habían entrado los primeros grupos de aeronaves en contacto con los terrestres, cuando ya otros se lanzaban al espacio, tomando diferente rumbo. Su misión era exploradora y de combate, en caso de necesidad. Las salidas se fueron sucediendo debidamente cronometradas.

Apenas los primeros aviones chocaron con los terrestres y con las minas sembradas por éstos en torno a la periferia del planeta, salieron los primeros transportes conduciendo a las mujeres y niños. Iban en grandes grupos, pero todos ellos con suficiente protección, y apenas si hacían quince minutos que habían despegado los primeros cuando había en el aire más de setecientos mil aparatos.

Y uno de los últimos grupos en salir había sido precisamente el grupo capitaneado por el Gran Drago, con lo más saliente de su Estado Mayor político y militar, especialmente del aire, cargados los aparatos especialistas con los torpedos «superatómicos», firmes en su propósito de destruir la Tierra. Supieron elegir el momento de la salida, cuando en torno al planeta, en particular en la zona que al Gran Drago le interesaba, era más dura la batalla.

Y el grupo del Gran Drago eligió su salida por la zona más difícil, por donde menos se les podía esperar. El rodeo que debería dar para eludir las vigilancias y los detectores era tremendo, pero no era la rapidez lo que en tal momento le interesaba, sino la seguridad. Desde su salida no mantuvo el grupo contacto con nadie. Les interesaba conocer el resultado de la batalla que se estaba librando, la cantidad de aparatos que podían haber escapado a la vigilancia de los terrestres, pero se imponía la seguridad propia y el comunicar con los aparatos en lucha podía atraer sobre ellos la atención del enemigo.

Apenas la gravedad del planeta Acrón quedó vencida, dentro ya el grupo capitaneado por el Gran Drago en el espacio interplanetario, lanzados al máximo de velocidad que permitían sus medios de propulsión, los motores, turborreactores y demás maquinaria fue parada completamente, dejándose llevar las aeronaves de los «destructoras» del impulso. En tales momentos solo deseaban zafarse de la vigilancia establecida por los terrestres en torno a Acrón. Más tarde podrían volver a poner en marcha los medios de propulsión, pero a su vez debían de evitar cuidadosamente las rutas de «D-7» y «D-3», los planetas donde sabían que se hallaban presentes los hombres de la Tierra. Más adelante, cuando penetrasen en el sistema solar, debían esquivar también los planetas ocupados por los terrestres y esquivar vigilancias; pero tal cosa no les resultaría difícil contando con la sorpresa, el factor que tantas victorias proporcionaba.

* * *

Después de las duras etapas porque había pasado la lucha, la rápida victoria, el inesperado, abandono del planeta por parte de los «destructores» sumió en la perplejidad a los cinco terrestres que se hallaban en él.

Rápidamente se había organizado la vida entre los recién

liberados esclavos, y Gra, como jefe del pueblo al que por derecho propio correspondía el dominio de Acrón, se había instalado con los terrestres en lo que había sido centro del planeta y que por sus condiciones debía seguir siéndolo, ya que la organización montada, bien aprovechada, podría permitir a Gra dirigir desde tal centro y acudir personal y rápidamente allí donde su presencia fuese necesaria. Así, pues, el hombre vegetal ocupaba los mismos lugares que anteriormente había ocupado el Gran Drago y los terrestres se consideraban a sí mismos sus huéspedes.

Gra no salía de su asombro al ver la serie de útiles cuyo uso desconocía, y pese a la austeridad de los «destructores», el lujo relativo en que su jefe vivía. Y fue asimilando rápidamente las lecciones que Luisa Barrena y Carmela Garrido le daban, sobre todo en el orden técnico y en el político.

Y mientras, el coronel Cris, el profesor Añúa y el teniente Bordón cambiaban impresiones, hacían conjeturas sobre los propósitos que podían abrigar los «destructores» al abandonar tan inesperadamente el planeta que era su centro de combate y uno de los más fuertes puntos de producción.

—Se han visto aislados y perdidos por nuestro acoso. Han comprendido a tiempo que no tenían nada a hacer aquí y se han marchado a los otros planetas que dominan, seguramente dispuestos a continuar la lucha desde allí. La prueba de ello es que se han llevado a sus mujeres y a los niños. Les ha debido desmoralizar mucho la pérdida de su laboratorio en los momentos en que llegaban al dominio de los secretos atómicos que tan afanosamente habían buscado.

—Yo pensaría así también —afirmó Añúa— si no conociese la tortuosa mentalidad del Gran Drago y la de sus consejeros, los componentes del Gran Consejo Central de Gobierno, a los cuales hace caso únicamente cuando le conviene, cuando las ideas de él concuerdan con las de ellos o las de ellos si sugieren cosas terribles o le halagan. El Gran Drago es un verdadero monstruo y más bien opino que debe haber evacuado a las mujeres y los niños con el fin de engañarnos, de hacernos creer precisamente lo que usted ha expuesto, teniente. El Gran Drago sabe de sobra que escasamente tendrán probabilidades de escapar un diez o un quince por ciento de las aeronaves que tratan de salir. Eso, desenvolviéndose con mucha habilidad, sacrificándose unas mientras otras huyen. Y yo tengo la seguridad que el Gran Drago será de los que se salven a costa del sacrificio de los que sean. A él no le importan mujeres ni niños y, sin embargo, él no se halla dispuesto a morir. Se lo indica el hecho de que, disponiendo de torpedos «superatómicos», no haya lanzado ninguno contra Acrón una vez fuera de la atmósfera del mismo. No lo ha hecho porque necesitaba pasar desapercibido, porque tiene sus

planes. El nos hubiera aniquilado a gusto y pudiéndolo hacer no lo ha realizado. ¿Qué objetivo puede interesarle a él más que nosotros?

La pregunta del profesor Añúa quedó como flotando en el espacio, martilleando en los cerebros de sus compañeros de lucha y fue el coronel Cris el primero en responder, casi por intuición:

—Lo que nosotros representamos: la Tierra.

—Exactamente, coronel. Usted ha puesto el dedo en la llaga. Es la Tierra, es nuestro planeta lo que se halla en peligro. Tengo la seguridad de que el Gran Drago se ha llevado una buena serie de torpedos «superatómicos» con la esperanza de que, al menos uno, pueda penetrar en la atmósfera de la Tierra, provocar en ella la reacción en cadena y dejarla sin un átomo de hidrógeno, es decir, completamente seca, sin vestigio de vida. Es la suerte que puede correr la Tierra si nosotros nos dormimos en nuestros laureles o si, como pretende el Gran Drago con su maniobra, nos dirigimos contra sus otros planetas a fin de dominaros y exterminarlos a ellos totalmente.

El silencio se impuso entre los tres hombres, y al fin, el coronel, siempre dinámico, se levantó.

—No hay duda. Esa es la idea del Gran Drago. Voy a comunicar inmediatamente con los nuestros para que nos informen de lo que sucede allá arriba y para que, tan pronto sea posible, vengan a recogernos. Mientras permanezca aquí estaré como sobre ascuas.

—No debe impacientarse tampoco, coronel. La distancia que separa al Gran Drago de nuestra Tierra es muy grande para que no le podamos ganar, muy lentamente, la ventaja que nos llevan. Además, quedan a nuestro favor los medios de comunicación para advertir el peligro y que les salgan al encuentro.

Los primeros informes de la Escuadrilla Volante situada en torno a la periferia de la atmósfera de Acrón, y en lucha aún con las unidades aéreas del Gran Drago, no tardaron en ser recibidas por el coronel, quien se dirigió al profesor:

—Cada vez me convenzo más de que tenía usted razón, profesor. El comandante Barcia también se ha dado cuenta de que muchas unidades de las que han salido de Acrón llevaban la misión de sacrificarse para que unas pocas pudieran pasar desapercibidas. El informe dice que han intentado la salida más de setecientas mil unidades de todos los tipos y tamaños, pero que escasamente lo han logrado unas sesenta mil, en su mayoría grandes transportes que han rehuido la batalla. Seguramente, los que transportaban a las mujeres y los niños. No sé si el Gran Drago iría entre ellos, aunque no lo creo, Por de pronto, he dado orden a Barcia que venga a recogernos inmediatamente un rotoavión. La verdad es que estoy ante un verdadero dilema. No podemos abandonar a estas gentes en este

estado. Debo dejar aquí a alguien que les guíe y que los devuelva a sus planetas de origen, y sin embargo, ni me agrada dejar a nadie en condiciones de inferioridad ni puedo debilitar la Escuadrilla Volante, desprendiéndome de aeronaves y gente. Eso sin contar que todo el mundo tiene ganas de regresar a la Tierra, a sus hogares. ¿Cuánto tiempo llevarnos ausente de ella, profesor? Parece que fue ayer cuando salimos.

—No puedo concretarle exactamente, coronel. Para hacer los cálculos con justeza, necesitaría de las calculadoras electrónicas que poseemos en la *Numancia*, pero aproximadamente, sí se lo puedo decir. Llevamos ausentes de la Tierra alrededor de doce años, según el cómputo del tiempo que se debe hacer allí. Sin embargo, para nuestras naturalezas, apenas si habrán transcurrido seis meses.

—Es decir, que si usted no se hubiese metido en esta aventura, sería en estos momentos un cincuentón.

—Exactamente. Y usted un cuarentón largo, y el teniente Bordón no sería casi un chiquillo que es aún. En cuanto, a la capitán Barrena y a la sargento Garrido, posiblemente estarían ya cargadas de hijos aunque no se decidiesen a cargar muchos años, Ya sabe usted lo que son las mujeres allá. Lo malo será cuando lleguemos y pese a nuestra edad real, nuestra edad natural, tropecemos con nuestra edad civil. Es un verdadero problema y un lío bastante gordo…

* * *

La solución al problema la halló el coronel Cris poniéndose en contacto con los dirigentes de los planetas «D-3», al cual había liberado de manos de los «destructores de mundos», y con los dirigentes de Bradiland, país del planeta «D-7», al cual había librado de que cayera asimismo en manos de los «destructores». Ambos planetas, con la industria en auge, en parte gracias a los técnicos terrestres, se prestaron a realizar la labor de ordenar el planeta Acrón y repatriar a los esclavos, muchos de los cuales eran del propio planeta «D-3». La dirección de tales planetas se comprometió también a encauzar la civilización en Acrón, montándoles industrias y enseñándoles a hacer uso de ellas y a abandonar el planeta tan pronto como los hombres vegetales estuviesen en condiciones de marchar solos, cosa que se debía lograr en un plazo no superior a los diez años.

Comprometíanse también las direcciones de los dos planetas a vigilar los movimientos de los «destructores de mundos» y al combatirles unidos tan pronto dieran la menor señal de agresividad. De todo ello mantendrían a los terrestres informados por medio del centro establecido por los terrestres en Ganímedes, el satélite de Júpiter.

Tales gestiones se llevaron a cabo rápidamente y la Patrulla Volante de los terrestres pudo abandonar la periferia de Acrón, dejando al planeta bien defendido por las fuerzas aéreas de «D-3», a las que más tarde se añadirían las recién construidas en Bradiland.

El coronel Cris se volvió a ver de nuevo en la *Numancia* la majestuosa isla interplanetaria y junto a el la capitán Luisa Barrena en su puesto de capitán ayudante. En la lucha de los últimos días en el mundo subterráneo de Acrón, codo a codo las dos mujeres en la línea de choque, el odio de Luisa hacia Carmela había desaparecido, sustituyéndolo un fuerte sentido de solidaridad y compañerismo. Además, la sargento, no sólo le había dejado el terreno libre al comprometerse con el profesor Añúa, sino que ni en una sola ocasión se había permitido la más leve coquetería con su ex-prometido.

Una vez en su cabina de mando, el coronel se dirigió a su ayudante:

—Tan pronto lleguemos a la Tierra la propondré para su ascenso al grado inmediato superior.

—Temo que nos estamos armando un lío, coronel. Si las cosas del tiempo han transcurrido tal como el profesar Añúa dice, lo menos me corresponderá ser teniente coronel o tal vez coronel y usted, general de división cuando menos. Vamos a despertar demasiadas envidias entre los que habrán envejecido. Supongo, coronel, que también propondrá para el ascenso inmediato superior a la sargento Garrido. Ha sido una brava muchacha, no creí que cuajara de la forma que lo ha hecho.

—No creo que le interesen demasiado los ascensos. Ella, en cuanto lleguemos a la Tierra, contraerá matrimonio con el profesor Añúa.

—Y lo siente, ¿verdad, coronel? Tengo entendido que ella había sido su prometida.

—Sinceramente, sí, lo he sentido. Pero ya pasó todo. La culpa no ha sido más que mía y les deseo mucha felicidad. Supongo que al fin también yo encontrará mi media naranja.

El coronel Cris se detuvo, mientras la capitán ayudante, que se hallaba situada fuera de su línea de visión, le contemplaba con expresión de ansiedad. Al fin continuó Cris.

—En ocasiones he llegado a pensar que podía usted ser esa media naranja. Me gustó desde el primer día, cuando la conocí en Ganímedes y me ha continuado gustando luego. Temo que me va a resultar difícil separarme de usted y…

Pero fueron interrumpidos por la presencia del comandante Barcia que venía a entregar a su jefe un resumen de la situación del personal y unidades de la Patrulla Volante, así como de las existencias, tanto de material bélico como de víveres con que se contaba.

—No es mucho de lo que podemos disponer. Convendría que repostásemos en «D-7», pues para llegar a «D-3» nos debemos desviar bastante de nuestra ruta.

La imagen de Frieda la joven damoana enamorada de Cris, pasó por la mente de Luisa Barrena y temió...

—También nos desviamos mucho si nos acercamos a Bradiland, sin tener en cuenta con que habremos de hacer frente a los muchos agasajos que pretenderán hacernos. Esto nos haría perder mucho tiempo y resultaría peligroso. Caso de necesidad podríamos repostar en Ganímedes, que nos coge más en ruta, sería peligroso perder un tiempo que puede resultar precioso en último instante. Desconocemos la ruta seguida por las fuerzas del Gran Drago, así como el modelo de las aeronaves que lleva, aunque debemos suponer que son de las más veloces y no podemos descuidarnos.

Tanto Cris como Barcia se inclinaron ante las razones de la capitán ayudante.

Y no transcurrió mucho tiempo sin que se demostrara que tales razones habían sido justas. Se había llegado a la periferia del sistema solar sin hallar rastro de los «destructores de mundos», llegando a pensar los terrestres, en particular el profesor Añúa y el coronel Cris, que se habían equivocado en sus deducciones. En comunicación con los puestos avanzados de Ganímedes, con las Patrullas Volantes de la Tierra y con esta misma, nadie había localizado el grupo, que se suponía numeroso, de los «destructores». Al fin, una aeronave civil, ocupada por exploradores que se habían lanzado a la aventura por sus propios medios, al cruzarse con la Patrulla Volante dirigida por Cris, les comunicó que se había encontrado a un numeroso grupo de aeronaves de modelos totalmente desconocidos y que, pese a detectarlas a suficiente distancia, había sido agredido, teniendo que huir precipitadamente. La aeronave, ocupada toda ella por científicos, comunicó que desconocían la naturaleza de los proyectiles con que se les había agredido y dio la dirección y número de aeronaves que constituían el grupo: unas seiscientas, las cuales viajaban sin producir el menor ruido, con los motores parados.

—Han cometido un gran error al agredirles. Un error inexplicable teniendo en cuenta su intento de pasar desapercibidos.

—Posiblemente sus aparatos registrarían las emisiones de ondas del radar del aparato solitario y al saberse descubiertos trataron de eliminar a un tan molesto testigo. No tiene otra explicación. Afortunadamente, el incidente nos ha puesto a tiempo sobre su pista y nos demuestra que no tenemos tiempo que perder.

Con los datos facilitados por la solitaria aeronave, la Patrulla Volante inició la caza del grupo de «destructores», lanzando al espacio las escuadrillas de «golondrinas» y de rotoaviones, abriendo la

formación para abarcar el máximo de espacio, formando un amplio semicírculo.

Durante los primeros millares de kilómetros que se recorrieron no se logró detectar el enemigo y el coronel Cris comunicó a todos los puestos y Patrullas Volantes los datos que conocía sobre ellos para que convergieran sobre los lugares por donde necesariamente debían pasar.

—Es posible que hayan variado de rumbo —comentó el coronel Cris dirigiéndose al profesor Añúa—. Ellos han sacrificado la rapidez a la seguridad de lograr su objetivo. No me extrañaría que incluso hubiesen descendido a un plano bastante inferior al que ocupamos y ocupa la Tierra para elevarse luego, en el momento preciso.

Siguiendo tales ideas, las veloces «golondrinas» se movieron en todas direcciones, volando por todos los planos, tanto superiores como inferiores, realizando una agotadora labor, sintiendo al mismo tiempo la angustia de saber la amenaza cada vez más cerca de la Tierra.

Y al fin los esfuerzos realizados resultaron coronados por el éxito. Una de las «golondrinas» localizó un numeroso grupo, pero formado únicamente por doscientas aeronaves.

—Está bien. Procuren que no les localicen pero no pierdan contacto con ellos. Cualquier novedad que produzca no dejen de comunicarlo.

El coronel se dirigió entonces a Barrena, Añúa y Barcia que se hallaban con él:

—Se han disgregado y se disgregarán más aún. A ellos les basta con que un solo torpedo llegue a explotar en la atmósfera de la Tierra. Pueden lanzarlos incluso sin acercarse demasiado. Es necesario que se vigile estrechamente en torno a la periferia de la atmósfera de la Tierra.

Cris se puso en comunicación con la jefatura en la Tierra. Las noticias del inminente peligro que se corría soliviantaron a los habitantes de la 'Tierra, los cuales exigían a sus dirigentes que saliesen al paso del peligro.

—¡Hay que destrozarlos antes de que puedan hacer daño! —le habían dicho a Añúa desde Madrid.

—Eso trato de hacer, pero ustedes vivan prevenidos y vigilen.

Finalmente fueron detectados el segundo y tercer grupo en que se habían dividido los «destructores» y Cris dividió su Patrulla Volante, iniciando el ataque. Los torpedos de gases explosivos surcaron el espacio dispuestos a dejar la mortífera carga en los lugares donde las unidades «destructoras» debían pasar; pero la experiencia de las tácticas empleadas por los terrestres los había hecho cautos y las formaciones se abrieron para ofrecer menos blanco a tal peligro.

Y no tardaron en comenzar los duelos entre las unidades de

ambos bandos, empleando los «destructores» sus rayos eléctricos de largo alcance, dejando atrás algunas unidades para entorpecer el avance de los terrestres mientras el resto de ellos continuaban su inexorable marcha hacia el objetivo.

En todas las mentes, las de los que estaban en ella y las de los que se acercaban con ansias de ver a los suyos, de pisar el suelo patrio, sólo vivió una idea: ¡LA TIERRA ESTA EN PELIGRO!

Algunas unidades de otras patrullas habían salido al encuentro de los «destructores», pero su falta de experiencia en la lucha con tales seres y las armas que empleaban los había conducido al fracaso. El peligro aumentaba y el pánico en Madrid y otras principales capitales de la Tierra, donde las noticias se seguían paso a paso, cundía. Había comenzado la evacuación, sobre todo, de los grandes centros urbanos, buscando refugio en las entrañas de la Tierra. Las órdenes dirigidas a Cris eran cada vez más apremiantes. Él, con sus conocimientos, era el único que podría salvar la Tierra.

Un golpe de audacia, en el que acompañó también la suerte, permitió a Cris romper una serie sucesiva de barreras que le había ido poniendo el enemigo. La *Numancia* marchó entonces en vanguardia, dejando muy atrás a los dos superdestructores, a las «golondrinas» y a los rotoaviones, empeñados en duras batallas parciales en las que, con su experiencia, iban llevando la mejor parte. Las fuerzas «destructoras» habían sido reducidas a una sexta parte, si bien las que quedaban en pie eran las más peligrosas por su capacidad combativa. Por parte de los terrestres, sólo uno de los superdestructores había sido averiado y marchaba en retaguardia, sin casi poder actuar.

El peligro se acentuaba y Cris Comunicó nuevas ordenes a sus unidades. Debían hacer frente al enemigo mientras el se les adelantaba.

De la Tierra le ofrecieron mil aeronaves para conjurar el peligro y las rechazó. No quería que pagasen su impericia con la vida y que las victorias sirviesen de aliento a los «destructores».

Al máximo de velocidad se fue acercando a la periferia de la Tierra. Los tripulantes, al saberse cerca, se sintieron dominados por una viva emoción. Pero Cris les hizo ver que debían desterrarse sentimentalismos y que debían disponerse a luchar. La velocidad debía ser su primer aliado,

Las minas protectoras inventadas por Añúa y perfeccionadas más tarde por otros técnicos, fueron sembradas en torno a la periferia de la atmósfera del planeta. Se realizó la tarea en un tiempo récord, y dispuestas las defensas, el coronel, que no había dejado de mantener contacto con las unidades de su patrulla, salió al encuentro de su enemigo. A más de cuarenta mil kilómetros, llegó aún a detectar a las sesenta aeronaves «destructoras» que quedaban útiles. El enemigo

también se dio cuenta de la presencia de la *Numancia* y saludó su aparición frente a ellos lanzando varias series de torpedos superatómicos, en todos los planos, deseando cubrir la Tierra con ellos y envolver a la Numancia.

El Gran Drago se consideró vencedor en la dura prueba y llegó a pensar que posiblemente llegaría a salir indemne con un par de aeronaves.

Los dos titanes frente a frente iniciaron un violento fuego, maniobrando con rapidez para evitar los disparos, los torpedos. Por su parte, la *Numancia* iba destrozando los torpedos superatómicos que se acercaban a la Tierra mientras el enemigo lanzaba más y más. Existía el peligro de que absorbieran todas las minas y de que aun alguno lograse penetrar. Sabían que desde la Tierra les contemplaban millones de seres presas de la mayor angustia.

Al fin, medio estabilizada la batalla, volvieron a ser lanzados los torpedos de gases explosivos, pero no solamente contra las unidades enemigas, sino también contra los supertorpedos atómicos, y Cris, manipulando directamente las emisiones de rayos complementarios, sintió el placer de ver explotar unos tras otros los peligrosos artefactos. La lucha resultaba titánica, cada hombre se hallaba en su puesto, pendiente de sus armas, actuando según las órdenes que se sucedían con vertiginosa rapidez.

Al fin un violento resplandor inundó el espacio, y el resto de las unidades «destructoras», entre ellas la del Gran Drago, desapareció desintegrado. Los torpedos que se filtraban fueron cazados rápidamente; algunos llegaron hasta las minas, que se pegaron a ellos magnéticamente, destrozándolos. Era la victoria y Cris se sorprendió celebrándola, abrazando estrechamente a su capitán ayudante.

—¡Victoria, querida! ¡La Tierra está salvada! ¡La pesadilla de los «destructores de mundos» ha desaparecido!

—Por favor, coronel, que nos están viendo.

—Pues que se fastidien. Y si no, que se hubiesen adelantado —respondió Cris, señalando luego para Barcia:— El que saldrá perdiendo es el comandante, que se encontrará con una novia cuarentena.

—Por favor. ¡Supongo que habrá tenido el buen gusto de casarse con otro! —respondió el aludido—. Y supongo que no se habrán acabado en nuestro Madrid las chicas jóvenes y bonitas, pero auténticas jóvenes, no como las de aquí —añadió sonriendo con sorna al ver que Carmela Garrido se abrazaba también con el profesor Añúa —. Y menos mal que se termina el viajecito, porque si no, esto se iba poniendo empalagoso.

FIN

TIP. ARTÍSTICA *Precio:* 5 *pesetas*

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura